

POL-41222

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MÁLAGA



6189874325

Diario

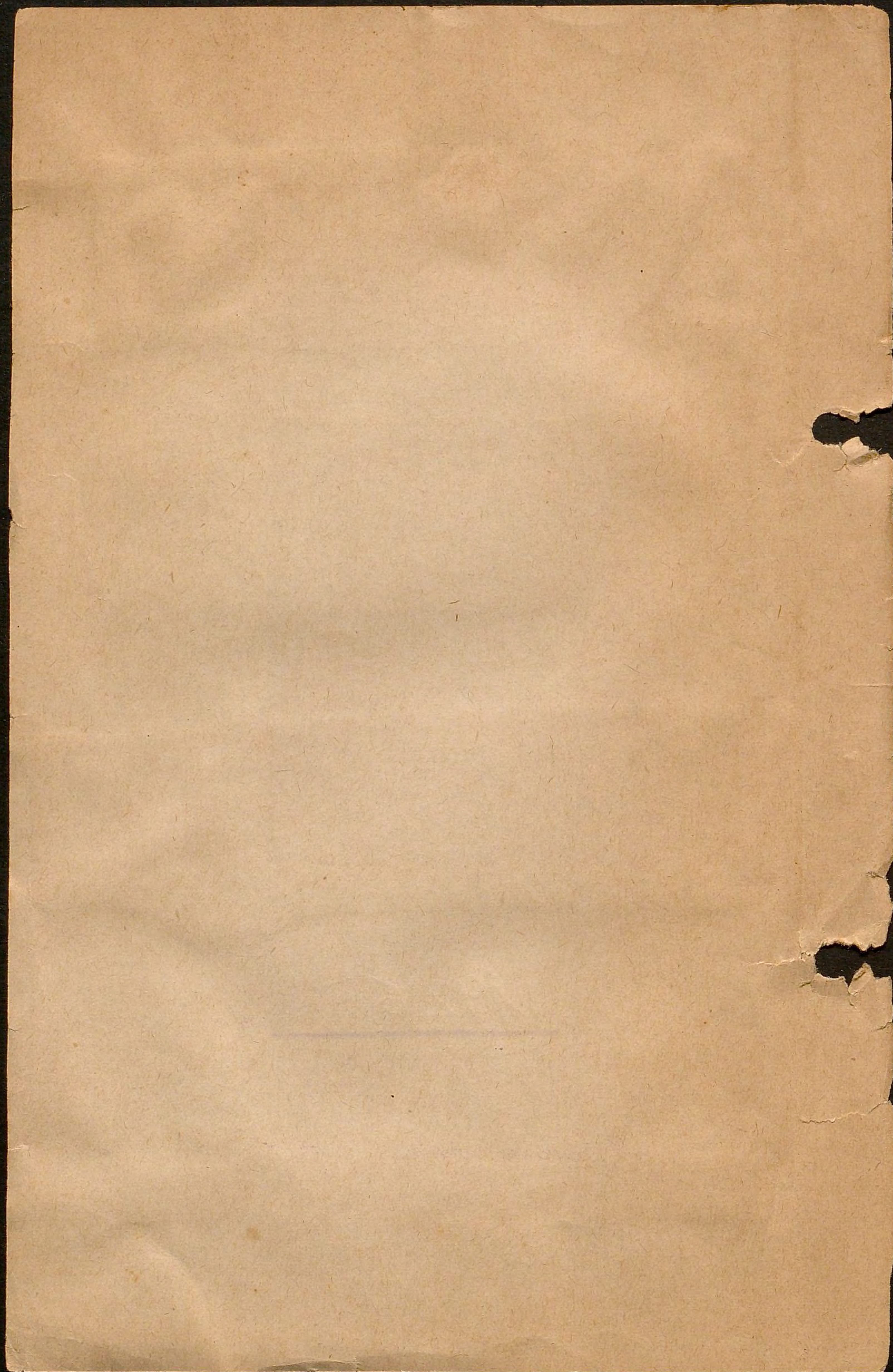
de

Málaga

1926

PERIÓDICO DE LA TARDE

id. 2337394951

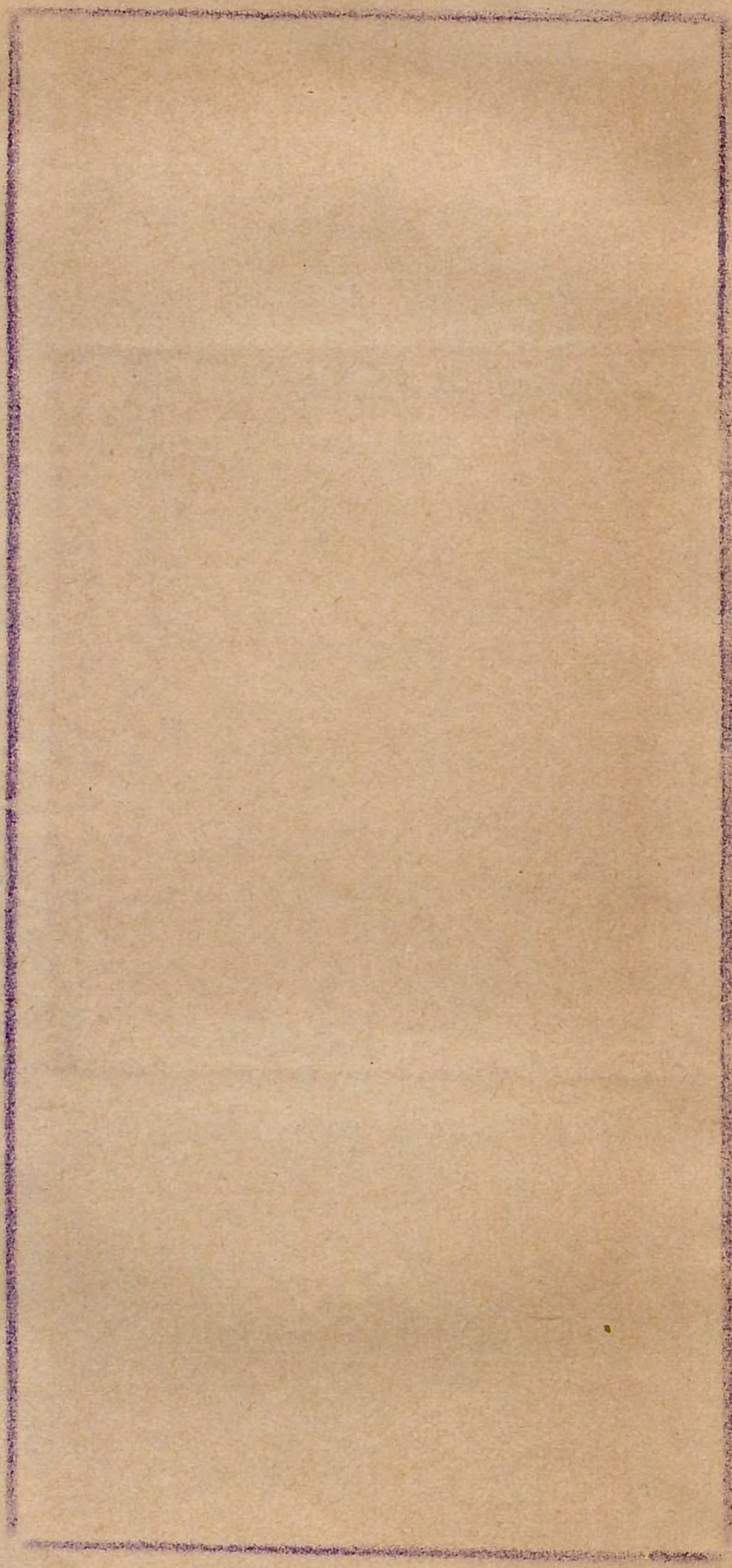


Nuevo compañero

Desde hace unos días comparte con nosotros los trabajos periodísticos, el competente e ilustrado escritor, don Francisco de P.^a Laso de la Vega.

Tan estimado compañero de desempeñará en esta Redacción el cargo de Secretario.

Al hacer público su ingreso en DIARIO DE MÁLAGA nos complace-mos mucho en saludarle cariñosamente.



Acuarelas malagueñas

Las Verbenas

Las noches de verano, iluminadas por la luna, impregnada la atmósfera de alientos de flores, sonando en todos los ecos las voces de la alegría, parece que multiplican sus encantos, cuando las hojas de rosas y bombillas de color, esparcen su suave perfume y su claridad regocijada. Las verbenas son así, por su animación y sus luces, algo como una evocación del día, sin los calores caniculares y con las serenas miradas de los astros nocturnos.

En estas noches, los ojos dorados del cielo, miran con el franco fulgor de una pupila de virgen. El amor, de este modo, reclama el papel principal en estos espectáculos al aire libre.

La gente joven, se consagra al placer del baile, a la carcajada que estalla detrás de la gustosa declaración de amor, a la labor de las esperanzas, que se tejen en el telar de las quimeras. Las noches del porvenir, son para ella noches de

verbena, siempre tapizado el cielo de gasas azules, respunteado de botoncitos de luz.

La tierra, rellena de plantas aromáticas, de flores irisadas, parece un lecho; el firmamento, las inmensas cortinas de esa cama nupcial, siempre preparada por la Naturaleza, para recibir a los desposados por el amor.

La vejez se ríe de estas cosas, de estos horizontes de dicha, demasiado lejanos, para sus pies temblorosos y sus manos esqueletadas. A lo sumo, se contenta con desleir en la boca, los caramelos que no pueden triturar sus dientes. Oye con envidiosa fruición las conversaciones de los enamorados, olvidados de todo lo que les rodea; suspira con lágrimas en los ojos, con agonías en el alma, por los años perdidos en la ambición, en la persecución de honores, que no todas las veces producen honra.

Generalmente la vejez murmura en un rincón; su charla de silbidos, es la única nota discordante de la armonía de las verbenas, compuestas de risas y besos, compases de danza y chasquidos de vasos que chocan con los brindis.

En suma; las verbenas malagueñas, en las noches de verano, son como un beso sobre otro beso, como dos notas que se unen en una explosión de armonía.

F. DE P. LASSO DE LA VEGA

28 de Agosto de 1926

EL VERANILLO DE SAN MIGUEL

El calor que disfrutamos estos días, nos tiene trastornados.

Sobre todo a la hora de la siesta, que es el momento más sugestivo, en la época de los calores; la hora del reposo, en medio de la luz; la hora del sensualismo, en medio de la extraordinaria vibración de la Naturaleza.

Durante la siesta, todo calla; diríase que es la muerte de la vida, si la muerte no fuera cosa que se representa en la imaginación, con los colores más sombríos. Pero, tanto

mata la anémia, como la apople-
gía; y en la siesta, el calor llega a
límites congestionantes. Séres ani-
mados y vegetales, sufren sus efec-
tos. Los pájaros se recogen en sus
nidos, o se refugian entre el folla-
je. Las flores se desmayan, langui-
decendo en sus tallos caldeados,
abatiendo sus cabecitas perfuma-
das. ¡Cuán deseada es entonces una
gota, una sola gota de agua!

¡Que horrible es, en cambio, la
siesta, para los pobres segadores y
para los periodistas! Para ellos,
puede decirse que no existe. Unos
y otros, van a destajo, a concluir
pronto la obra; aquellos, a abatir
un ejército de mieses en poco tiem-
po; éstos, a llenar las columnas del
periódico. Y con el cuerpo encorva-
do, unos con la acerada pluma, y
otros con la afilada hoz, caminan,
ris-ras, bajo el látigo de la necesi-
dad y los ardores de la implacable
canícula.

La humanidad adinerada ha he-
cho, por el contrario, de la siesta,
como de todas las contrariedades,
molestias y azotes del mal tiempo,
un placer más. Ha cubierto de ár-
boles los parques y jardines; ha cu-
bierto de toldos de lona, los patios
de las casas; ha inventado muebles

aéreos, como la voluptuosa hama-
ca, para dormir la siesta. Y la sies-
ta que, para el periodista, para el
obrero de la ciudad, para el opera-
rio del taller, para el trabajador del
campo, suele ser tan fatigosa, es
para el rico ocioso, motivo de re-
creo y deleite.

¡Qué se le ha de hacer! Así va el
mundo.

FRANLASSVE

14 de Septiembre de 1926

EL LIBRO DE TEXTO

Lo tenía delante, cara a cara,
abierto sobre la mesa. Miraba al li-
bro, y el libro le miraba a él tam-
bién. Mirábale el libro con sus le-
tras negras, con aquellos millares
de ojos pequeñitos, tras de los que
se escondían enmarañadas ideas.

El libro de texto para Ricardo,
era un compañero odiado de aque-
lla prisión del colegio. Reconocía,

si, que la ciencia hace a los hombres ilustres. Pero, ¿los hace felices? Presentía que no. Y él solo quería en la vida ser dichoso.

En las largas noches de estudio, a la luz melancólica de la lámpara, en medio de un silencio conventual, substituía al cabo Ricardo el libro por algo mas risueño. Habíase llevado una fotografía de su novia, y este era el principal atractivo de sus miradas y cavilaciones.

Era su mejor libro de texto. No se cansaba de estudiarle. Con él ante la vista, evocaba Ricardo, los gustosos recuerdos de su pueblo natal, de su casa, de su familia, de sus amigos; de toda aquella existencia pletórica de alegrías, y de todos aquellos lugares henchidos de encantos, que hubo de dejar al trasladarse a la triste y solitaria celda del colegio. Y su imaginación vagaba, vagaba alrededor del campanario de su pueblo, yendo y viniendo, con inmenso desconsuelo, como golondrina que busca su nido perdido.

—¡Está vistol—decía.—Yo no sirvo para esto.

Y cerraba el libro, arrasándosele los ojos de lágrimas.

Abandonó al fin, los estudios y se casó. Ya tiene dos hijos, varón y hembra. Viven en una casita rodeada de jardines. Los árboles dan sombra, y las flores perfumes. Y allí, en medio de sus dos polluelos, del rapaz que juega con caballos de cartón y de la mocita que juega a las muñecas, Ricardo, sentado en un banco rústico, se entrega blandamente a la lectura.

No hay periódico que no compre, ni libro de algún valor, que no vaya a recrear sus horas de paz y amor. Admira a los sabios, a los escritores, por lo mismo que nunca pretendió serlo.

Y dice sintetizando su vida:

--Para mí el libro del amor. Para los estudiosos el libro de la gloria.

FRANLASSVE

16 de Septiembre de 1926

El suicida

¡Qué obscuro es el destino del hombre! ¡Qué abismo tan sombrío el del humano corazón! ¡Qué misterio la existencia!

¡Pobre existencia, que no es otra cosa, sino una interrumpida sucesión de amarguras y sobresaltos, de agitaciones y luchas! ¡Infeliz corazón que late para desear, y solo desea sufrir, y en sus sufrimientos, cuando no se rompe, se gangrena!

¡Sarcástico destino del hombre el del hombre en la tierra, no creada para él como mansión de ventura y bienandanza, sino como accidentado y áspero camino de fatigosa peregrinación, hacia lo desconocido y lo incierto! ¡Pero bendita la tumba, que es el descanso después de la cruenta jornada! ¡Bendita la muerte, que es, a la vez que paz y reposo, redención y olvido!

Al contemplar el cuerpo de un suicida, que ideas tan crueles, que resultados tan desconsoladores, que consecuencias tan abrumado-

ras he deducido de la comparación de aquella existencia rota, con la movilidad incesante de una risueña y vária, del contraste que ofrece la paz inalterable y augusta del cadáver rígido y helado y los furrores de anatemas que lo reprueban y condenan.

ga existencia de ignominia y apróbio: más infame es soportar con cinismo y desvergüenza, los desprecios de todos.

FRANLASSVE

18 de Septiembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

! !

Si difícil es siempre, escribir para el público, más difícil es todavía para mí, en las circunstancias presentes, que cruzamos una época endiablada, en la que es preciso andar con pies de plomo para no *caerse*, como diría un mi amigo, a quien no nombro por razones de prudencia. Créanlo mis lectores; lo menos media hora he estado, con las cuartillas delante de los ojos, cigarro vá, cigarro viene, sin poder dar caza a un pensamiento engendrador, de un asunto que desarrollar.

¿De qué hablaré?... ¡Ah! Del mosquito, que es un personaje muy interesante.

—Es en vano que me ahuyentes — dice el mosquito al hombre. — Yo sigo cumpliendo inflexiblemente mi misión. ¿Cual es? Picar. Y pico sin tregua las venas, extraigo tu sangre, perturbo tu reposo. No te sirven de nada, o te sirven de muy poco, las artimañas que para defenderte de mí has inventado. ¿Querías disfrutar en paz del sueño, delicia de los sentidos? No; mi destino es

ese: producir dolor, hacer la felicidad completa, imposible. Soy, en verdad, una gran enseñanza.

Soy diminuto, pero mis armas son temibles, demostrando con ello que nada hay despreciable en el mundo. Además, no carezco de importancia, y hasta de cierta belleza. Soy aéreo, sutil, elegante. Mis alas son un sueño de luz. No hay hilo que sea más delgado que mis patas. Sólo la araña, si me quedara cojo, podría construirme una nueva. Y en las noches calurosas, en medio del silencio de la madrugada, me interno en las alcobas, para que el antipático estruendo de los prosáicos ronquidos sea suavizado, y tenga una nota fina entre sus cadencias, con la graciosa musiquilla del zumbido de mis élitros,

¡Y quién sabe también si mi oficio de pequeño vampiro no es profesión de sangrador! Ya vendrá algún sabio descubriendo mis beneficios desconocidos hasta ahora. Nada existe insignificante en la Naturaleza. ¿Quién me dice que yo no sirvo sino para ser un ejecutor de molestias, rouchas y escozores? Tal vez se emplee mi lanceta, en la higiénica obra de la purificación de la sangre.

Desde luego, ya que no otra cosa mejor, soy un buen plato para el pico de algunas aves. Ese suele ser mi vulgar fin. También suelo perecer aplastado sobre una mejilla, bajo el bofetón de una mano airada. Pero la muerte que más me gusta, es la que acostumbra a escoger mi hermana mayor, la mariposa. Esto es, pasar a mejor vida, en medio de la hoguera dorada de la luz de una bujía.

Los mosquitos serían intolerables si no existieran los pájaros, los murciélagos y las arañas. Sin cacarear el bien que nos hacen, tienen guerra declarada a nuestros pequeños y repugnantes enemigos. Ellos se los tragan librándonos de tan miserable plaga.

¡Quien pudiera hacer otro tanto con los infinitos *mosquitos* de la raza humana!

FRANLASSVE

21 de Septiembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

ES MENTIRA TODO

Con los brazos apoyados en la mesa, y las manos sosteniendo un libro, de encuadernación primorosa, Carmela Trini, humedecidos de lágrimas los ojos, se entrega a la lectura. ¿Por qué llora tan dulcemente? ¿Te habla de amores el poeta?

Retrata unos amores celestiales, de eterna venturanza, en que la dichosísima pareja pasa las horas con las manos enlazadas, los ojos en los ojos, cruzando lagos azules en esquifes de oro, arrullada por música de pájaros, de brisas y de ondas. Suspira el poeta por esos amores supraterrrestres y proclama esos amores como los únicos dignos de su corazón.

Pues bien. No lo creas. Su amor puro es sólo creación de su fantasía. Es una mentira.

¿Te habla de sueños? El mundo que sale de su pluma, nada que envidiar tiene al primitivo paraíso. Allí, el cielo siempre está dorado por el sol. Allí, la atmósfera nunca es portadora de miasmas de muer-

te. Allí, ni los reptiles tienen veneno, ni odio los hombres. Y el poeta se goza recreándose en aquel mundo, coronadas las sienes de laurel, pulsando en su lira cánticos divinos.

Pues bien. No lo creas. Cuando trazó esos versos, pensaba en cosas más positivas. Pensaba en la fortuna mundana. Su ambición era el poder, la popularidad, el dinero. Su deseo de gloria es una farza. Es una mentira.

¿Te habla de dolores? Escuchándolo, no hay ser más desgraciado. Su vida es un erial, sembrado de espinas, entoldado de dudas. Nunca en sus párpados se agotan las lágrimas. No hay pesares como los suyos. La existencia es, para él, un martirio. Por eso, siempre está invocando a la muerte.

Pues bien. No lo creas. Aunque compone esas fúnebres cadencias; aunque tantas veces llama a la sombría Parca, hermoseándola como a su Ángel salvador, no hay cuidado de que lleve la punta de un puñal contra su pecho. Los placeres le seducen. Él los busca, y, al hallarlos, se embriaga con ellos, como ningún mortal. Es, pues, fingida su pena. Es una mentira.

No creas, en quimeras de poetas.
Cree sólo en tu novio. Pero no. No
creas tampoco en él. No creas en
nadie. No creas en nada. Ni en tí
misma creas. Es mentira todo, todo
mentira.

Y si alguna vez tu frente ma: fili-
na, siente el impulso de poseer una
creencia, una tan sólo, no olvides,
la verdad que te ha denunciado mi
pluma.

«No hay más verdad, sino que no
hay más que mentiras».

Y a mí sí que puedes darme cré-
dito. Porque he soñado mucho, he
amado mucho y he sufrido mu-
cho.

FRANLASSVE

23 de Septiembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La familia de antaño

La escena representa, el interior de una casa de provincia.

Se acaban de plegar cuidadosamente los manteles. Aún una raspa de pescado hiere con lastimoso picor, las sensibles encías de la dueña hidalgota. Es ésta una señora ochentona, de venerable faz, ojos con relampagueces, rizos canos, algo gibosa y temblona de pierna, mano y barba.

Entre los dedos estira un rosario, largo como un pecado o una esperanza. Besa la cruz de coral que gira engarzada entre dos cuentas. Se inclina en un sillón de baqueta claveteado, y recomendando devoción, empieza, con un suspiro, un Padre Nuestro.

Rodéanle sus hijos y nietos. La sirviente ha dejado para luego el penoso fregotear, y amoldando todo lo posible su cara alegre al piadoso acto, aguarda con las palmas de las manos en las mejillas y los codos en los muslos, el momento de replicar con un Ave María.

No maldigáis a la señorita de la casa por que esté cavilosa. Ya han transcurrido tres minutos y no viene su prometido. Por fin, oyense pasos en el zaguán; brinca el corazón; se alarga el cuello para ver quien entra... ¡Es es! La señorita pone un dedo lindísimo en la rosa que tiene por labios, ordenando, al pérfido, silencio a toda cosa profana.

Ruedan granos y más granos sobre los pulpejos de la abuelita; y, por último, el rosario vuelve otra vez a la cruz, fin y principio, a la par, de aquella oración de familia.

Yo no sé si los amores que prosperan bajo las serenas alas del rezo estarán excomulgados; lo que no ignora es que muchos de mis amigos que empezaron diciendo el rosario con sus novias, han concluido casándose con ellas. Yo creo que así como queda algo de divino en las ropas sacramentales, por rotas y desfiguradas que estén, de igual manera toda afección humana conserva un resto de lo que le acompañó al nacer.

El amor que surgió en un baile, será tal vez un amor que danza. Y, al revés, aquel que tejió su nido

bajo el techo de nuestros abuelos,
sin obscuridades ni astucias, ten-
drán, quizá, raíces como el ciprés,
flores como el azahar, cantos como
la golondrina.

FRANLASSVE

24 de Septiembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

El drama del sábado

A las cinco, con las manos endu-
recidas por el trabajo, sueltan el pi-
co, la pala, la carretilla, para tomar
los cartuchos de monedas de cobre
en que se ha convertido el sudor de
la semana. La semana del trabaja-
dor, del jornalero, sólo cuenta seis
días. Queda, pues, un día para el
hambre. El día de descanso, o lo
que es igual, de despilfarro.

Para el pobre, la ociosidad es un
asunto terrible. Huelgan los brazos,
pero el estómago también huelga.

En fin, el sábado es rico el obrero. En su bolsillo hay algo que pesa, contante y sonante. ¡Qué gozo!

Se puede entrar en la taberna y beber unas copas, sin que las paguen los amigos. La generosidad toma entonces forma de derroche. Aquel puñado de *perras*, aquella porción de pesetas en calderilla abultan enormemente. No importa que cada moneda equivalga quizá, ¿qué quizá?, sin duda, a una gota de sangre menos en los músculos, lacerados por el esfuerzo diario. Es aquel un tesoro que parece inagotable.

Joseito así lo cree, a lo menos. Es mozo, alegre, rumboso, muy fiel a sus amistades. ¿No es, además, dueño de su dinero? El vino le atrae. Vaso tras vaso, ya una botella, dos, tres, se han quedado secas. Joseito paga, y sale a la calle.

Apenas puede sostenerse. Va borracho. Entonces recuerda vagamente que se casó hace un mes. Recuerda que tiene una mujercita que le espera en su sala, muy pobre, pero muy limpia, con el importe de la semana. Trini, al llegar, le registra los bolsillos. ¡Ni un céntimo!

Joseito ríe entretanto como un idiota. Trini llora entretanto como una Magdalena. La mujer de Joseito ha pasado una semana de apuros. Le queda otra semana de miserias. Pero ella no se enfada. Le ama, y sabe que se enmendará, que olvidará sus costumbres viciosas de soltero.

Y, además, si no se corrige, a ella no le dará vergüenza. Hará como otras esposas, también desgraciadas. Otro sábado irá por su marido, que realmente la quiere mucho, a la hora del cobro.

Y se lo traerá a casa. Estad seguros de ello. Se lo traerá entre abrazos y besos, y, si no basta, entre arañazos y mordicos.

FRANLASSVE

25 de Septiembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Stella vespertina

Uno de los primeros cantos que balbucea la incipiente musa de un poeta, suele estar inspirado por la estrella de la tarde.

Es la estrella de la tarde la estrella de la melancolía, y la melancolía, con sus dulces tristezas y sus vagas sonrisas, es la aurora de toda alma soñadora.

La luz de esta estrella, en la muerte del sol, parece brillar envuelta en lágrimas. Lloro, en efecto, por los esplendores acabados, por las cosas que se sumergen en la sombra perdiendo formas y colores. Mas, al través de su fulgor luctuoso, adivínase un rayo de esperanza. Viene la negrura nocturna; mas tras esa estrella surgirán millones de estrellas.

Colocada entre el día y la noche, como un guión de plata en una página azul con letras doradas, indica que la vida, obscura o luminosa, nunca se interrumpe en la Na-

turaieza. Llega serena y tranquila, sin miedo a los océanos de tinieblas que avanzan a su espalda. «¡Ten fé, mortal!—creyérase que dice.—No desmayes en la batalla que se prepara».

Y el poeta, que se halla vacilante en el principio del calvario de la gloria, dirige su mirada hacia esa estrella, tomándola por su símbolo. Es un breve punto de luz delante de un infinito abismo; pero le basta. Y nada podrán contra él las tempestades de las pasiones, los temores de los desengaños, las frialdades de las indiferencias. Él seguirá peleando, teniendo por enseña aquel signo radiante, trazado en el cielo.

Para los que sólo miran hacia abajo, es muy poca cosa una estrella: es una lucecilla lejana que pasa sobre nuestras cabezas; mas para los que miran hacia arriba, no sólo con los ojos, sino con el pensamiento, una estrella es un infinito que atrae, que fascina, que hace soñar y temblar, que quizá nos dirige y nos ama.

FRANLASSVE

Un cuadro notable

El competentísimo profesor de la Academia de Artes y Oficios de Málaga, don Leopoldo Guerrero del Castillo, es de aquellos artistas, cuya pujanza para el trabajo, cuya inefable aptitud para crear, no conocen los espacios de la pereza.

Hay en la cotidiana pincelada, en el empaste cotidiano de color, en el burilado integérrimo de la línea de dibujo, el renovado aliento hacia un ideal nuevo, que cada día florece en el espíritu del singular artista.

El cuadro de hoy acusa una nota que no siendo la habitual y característica del señor Guerrero del Castillo, sirve para contrastar la flexibilidad del talento pictórico de éste.

En el retrato de S. M. el Rey, Don Alfonso XIII, el juego de colores está tratado y resuelto con un fin decorativo y ornamental. Destinado este cuadro para el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, todo todo es en él armónico y suave. Así, al componerlo, el pintor, al mismo tiempo que servía un deseo, daba a su paleta ocasión para explayarse en un cromático sóbrio.

El señor Guerrero del Castillo, dibuja bien, demasiado bien y pinta empastando con maestría. Ante una figura humana que ha de retratar, el ilustre profesor de la Academia de Artes y Oficios, planta su lienzo, y, requiriendo pinceles y pata, copia lo que vé, pero avalorando los rostros, concentrando en ellos su interés y rebajando el valor cromático y lumínico de los fondos, alcanzando considerable altura.

La firmeza portentosa y la seguridad absoluta del artista se revelan en este cuadro asombrosamente, por lo que felicitamos al ilustre maestro.

Lara

Con la delicada comedia de los Quintero, «Cancionera», debutó el sábado en este teatro, la compañía de Adela Cantos que dirige el primer actor Fortunato García.

El público respondió a la fama de la obra, llenando todas las localidades y premiando con sus aplausos, la meritísima labor de los artistas, que sin las pretensiones de *emí-nencias* hacen las obras muy acopladas y muy bien.

Ayer domingo, se puso en escena por la tarde «El amigo Carvajal», obteniendo un éxito de interpretación, las señoras Garcés, Lorente y Coronado, y los señores F. García, Lorente y Ledesma. Los demás intérpretes coadyuvaron al conjunto admirablemente.

Por la noche se pusieron en escena «La mala Ley» y «Soltero y solo en la vida», en cuyo desempeño obtuvieron muchos aplausos Adela Cantos, Navas, Garcés, Coronado, señorita Lorente, Espinosa y los señores Fortunato García, Infantes Lorente (J. y E.), Gabaldón y en una palabra todos los que en dichas obras tomaron parte.

El público, muy bien en todas las secciones.

27 de Septiembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Hojas caídas

Ya ha llegado la estación de la nostalgia, de la negra y mortal melancolía, de la caída de las hojas mustias, de los vagos y hermosos horizontes. Cuando sobre el mundo extiende su manto, parece que las almas también se revisten del fúnebre color de la Naturaleza. Con sus primeras brisas, comienzan a doblar las cabecitas hacia el suelo, las tiernas flores, que agostadas muestran sus cálices de miel y exhaustas sus corolas de perfumes.

Enmudecen en sus cantos las aves, o si ensayan tímidas melodías, son tan sólo ayes de desconsuelo. Las fugaces y locas mariposas, no revolotean con bulliciosos juegos por los prados, hoy áridos y ayer verdes y frescos. El árbol, de repente envejecido, alza su calva y amarillenta copa, mientras que el bóreas, despiadado, lo desnuda del espeso ropaje de sus hojas, cuando más necesitaba abrigo.

Idéntica es la suerte lastimosa de

nuestras ilusiones, que también cobijan nidos y producen flores en las almas. Pero las secas hojas de los campos, tras sus remolinos vertiginosos, se extienden a nuestros pies como alfombras. Más, las ilusiones, ya marchitas, esas pálidas hojas del terrible y frío desencanto, tras las recias tempestades del mundo, en nuestras sienes punzadoras se agrupan, como férreas espinas de opresora corona.

¡Venturosos, mil veces, los que logran recoger el rico fruto, de algunas de sus quimeras sonrosadas! Pero la mágica ficción que empezó alegre, como cándida aurora circundada de esperanza y de luz, pronto se abisma en las profundas simas escabrosas de las impuras realidades. Muchas perecen al nacer. Más también ¡cuantas, y no las menos queridas, fascinando con esos seductores espejismos que surgen en los tenebrosos desiertos de la humana existencia, no prosiguen deslumbrando falaces!

Pero todas, todas, como las hojas que cayeron al fin, se arrastran y pierden sepultadas en la nada o en el olvido. ¿Y, quién preságia que, como ellas, tendremos oculta

fosa o, para mayor dolor, no hallaremos ninguna?

FRANLASSVE

Lara

Anoche debutó con la comedia de los señores Contreras, Camargo y López de Shaw, «La Muerte del Ruiseñor», el tenor José de Luna.

El debutante, tiene una bonita voz y muy bien timbrada, se mueve en escena con soltura y compone perfectamente el tipo que representa. El público premió su labor con repetidos aplausos, viéndose obligado a bisar la jota y el número de «La Africana».

Contribuyeron al mayor éxito de la obra, todos los intérpretes, y especialmente Adela Cantos, que hizo una «Lucia» inmejorable, Fortunato García, muy justo en su papel del «Tío Geroncio», y José Infantes en el de «D. Hilarión». Los demás artistas, tanto ellas como ellos, coadyuvaron al conjunto de la obra que fué un verdadero éxito.

28 de Septiembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Buscando el cielo

Una mariposa de alas blancas. salió una mañana volando por el campo. El campo estaba cubierto de flores. La mariposa iba triste, muy triste. Era una flor más, una flor del aire, una flor del cielo, que buscaba otra flor hermana.

Plegó su vuelo sobre una flor de la tierra. Era una amapola. ¡Cuánto gozo! La campestre desposada estaba vestida de rojo, color de la alegría. Más, ¡ay! ¡Qué corazón tan amargo!

Posóse después la mariposilla sobre el perfumado seno de una rosa. Aquella rosa era la flor más arrogante de un jardín. Era la emperatriz de las corolas multicolores y embalsamadas, que rodeaban aquel palacio aristocrático. Sintió embriaguez deleitosísima la mariposa. El néctar bebido mecía la en un sueño de dioses. Pero de pronto se alejó con espanto. Negra y asquerosa

oruga, roja uno de los labios de la rosa.

Cerró luego la mariposa sus alas blancas dentro del cáliz de un lirio. El lirio crecía solitario en el rincón del huerto de un convento. Era un lirio del color de las túnicas nazarenas. La iglesia estaba al lado. Allí debía percibirse el místico aroma del incienso. Pero no. La mariposa se dió a la fuga. Era aquel un lirio marchito.

Vino la noche. En el cielo se escondieron las estrellas. La mariposa vió aquellas plateadas florecillas, y suspiró por alcanzarlas. Entonces alzó el vuelo entre las sombras. Y aún continua volando, volando en busca del cielo. Vá muy cansada ya. Su camino es para arriba...

Yo sé, sin embargo, de una mariposa que ha encontrado el cielo aquí abajo. Es el alma de un poeta, de un estudiante soñador que, al asomarse a su pobre ventana del último piso y dirigir los ojos hacia el balcón del principal de enfrente, queda cegado por una celeste irradiación.

¡Allí está su cielol! Es una niña
que empieza a ser mujer.

FRANLASSVE

29 de Septiembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Vendimia

Llegó el otoño. Ya los frutos, madurados por los ardores del estío, penden de los tallos, próximos a caerse. Apresuraos labradores; no dejéis que el frío invierno, con sus vendavales y sus hielos, malogre todas vuestras esperanzas.

No es un sueño, no. Las promesas de las flores primaverales, se han convertido en realidades óptimas. La naturaleza no os ha mentido. Podeis alargar la mano sobre la vid, que allí os aguarda, con ansia de luz, la dorada uva.

Allá van las mujeres, recogidas las faldas, a guisa de pantalones, y circundando, en alegre y afanoso corro, cada sarmiento, *ordeñan* las

verdes y ensortijadas plantas, depositando en anchas cestas el jugoso grano.

¡Qué hermosa es la vendimia! Entre las diversas faenas del campo, con ser todas ellas alegres y bulliciosas, la vendimia es la más bulliciosa y alegre. Es una verdadera fiesta de la jocundidad. Mucho contribuye, sin duda, a darle este carácter regocijado, la época en que se lleva a cabo,

También contribuye, ciertamente, a prestarle animación el mismo fin de ella. La uva es vino, y el vino es jocosidad y bulla. La borrachera empieza en los vendimiadores.

Si, seguid trabajando alegremente, recolectadores de mosto. Cantad y reir. ¿No veis como desciende el dios Baco por aquel valle, acompañado de su corte de desenfrenadas bacantes?

Mirad bien, porque este dios no ha muerto todavía, pues afortunadamente para el triste mortal, aún hay vino, y con el vino, placer, algazara y vida.

FRANLASSVE

30 de Septiembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La apertura del curso

El estudiante y el libro Son inconcebibles uno y otros separados. Del libro nace el estudiante. En pos de él, acostumbra a dejar el escolar la casa paterna. Vá ya a salir del lugar nativo el estudiante. Para el futuro sabio, tienen los parientes ricos, un regalito de dinero; los pobres tienen un beso, un beso muy largo, muy apretado, siempre en compañía de una voz ahogada por la pena.

Todo motivo de dolor, parece para él agotado. Ya ha abrazado estrechamente a su padre. Ya se ha derretido de ternura al sentir, bañada en llanto, sobre su mejilla, la mejilla materna. Pero, allí, entre las últimas casas que lindan con la carretera, surge de pronto un rostro, triste como la noche, y bello como la aurora.

¡Bien conoce el escolar aquellos ojos, aquella boca, aquella frentel
¡En aquellos ojos, en aquella boca, en aquella frente, ha depositado él,

cuando niño, tantos besos! Pero, ahora fuerza es despedirse de tan queridas prendas, con una sola mirada.

¡Mirada honda, desesperada, reveladora de un afecto potente! Es la mirada que dirige, quien abandona a su espalda, a la dulce niña que fué su amor primero.

El estudiante desearía quedarse allí, con su amor, sin otra felicidad. Pero le espolea ahora la ciencia. ¡Lo lleva volando entre las alas de sus hojas el libro.

Lo arrastra, en fin, la ambición, en forma de un chofer despiadado, que a golpes de pedales y palancas y dando vueltas al volante, hace andar el coche, en el que el estudiante emprende su primer viaje por la vida.

FRANLASSVE

1.º de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Castañas asadas

Con precisión matemática, como un astro, aparece, en este tiempo, en las esquinas de las calles y en las puertas de las tabernas, el farolillo de la castañera.

De ella han trazado ya los dibujantes innumerables siluetas, más o menos embellecidas. De ella han escrito los cronistas de periódicos multiplicadas frases, más o menos pintorescas. El *tema* creyérase agotado. Y si observais despacio, aún quedan rasgos por copiar, de tan popular modelo.

Aquí la realidad se impone. Nada tiene de poético, sino de muy prosáico, el oficio de tostar el fruto castáneo. Considerado desde el punto de vista de industria explotadora, es un negocio como otro cualquiera. A pesar de los impuestos municipales; a pesar de la carestía de las materias de consumo; a pesar de todos los pesares, la *roticastería* da de sí saneados productos.

Con ellos suele mantenerse una familia. No os admireis. Es que las castañas son, y lo digo sin equívoco, el alimento, engañoso sin duda, de muchos desdichados. Los niños indigentes, sobre todo, hacen un consumo exorbitante de la castaña asada.

Pasan en retahilla, agarrados de la mano de la madre. La cena que espera en casa es nula. El hambre clava sus dientes desgarradores en las tiernas entrañas. ¿Con qué se remedia todo esto? Con una miserable, aunque en tales momentos, providencial moneda de cobre.

Los muchachos, regodean el paladar con la dulce y sabrosa carne dorada de la castaña. ¡Y ay, amigos míos! No son solo los niños quienes bendicen la castaña. ¡También los hombres! ¡Cuántos aventureros, al principiar o al terminar sus proezas, no han acudido, en instantes apremiantes, a este manjar pastoril y frugalísimo!

FRANLASSVE

2 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Jabegotes y Marengos

Miraflores del Palo, está de fiestas. Jabegotes y marengos se divierten, y es justo que así sea. Porque la vida de esos obacuros y heroicos hijos del trabajo, es una silenciosa pero esforzada epopeya, que sólo tiene término en aquel punto en que lo tienen todas las cosas, en la muerte. Y el que entró en una barca de niño, concluye en la misma de viejo, si durante las interminables travesías sobre el pérfido elemento, le han perdonado hasta la edad caduca, las irritadas y siempre engañosas olas.

No sabeis, no, ricos sibaristas, a cuantos riesgos se exponen los que sacan del mar el exquisito pescado pue os comeis. Ignorais, o dais al olvido, que acaso aquél pescado, puede haber costado la vida a un puñado de hombres, tan modestos como valientes. Y en todo caso, mientras que vosotros devorais los mar exquisitos, ellos, los humildes

pescadores, sólo llevan a su boca, el sobrante de la pesca barata, la morralla.

Si hubiera justicia en este mundo; si los salarios se pagaran a proporción de los sudores y de los peligros, serían los pescadores los que alcanzarían más ganancia. Pero no sucede así. Pobres nacen y pobres mueren. Y su labor eterna, de todos los días y de todas las noches, en perpétuo combate, casi no tiene otra tregua que la que impone tiránicamente, la despiadada tempestad. Más no; ni entonces permanecen ociosos los pescadores. Apenas oyen un grito de angustia de algún naufrago, allá se lanzan en busca de la desgracia, ansiosos de coronar su existencia, con el laurel del valiente o con la palma del mártir.

Hay que proteger a los pescadores, porque ellos son buenos, honrados, sufridos. Aman a su familia con noble pasión humana. Aunque son fuertes, refrenan su fuerza cuando habla la insolencia. Y en sus corazones puros y sencillos, sin alardear ellos de sacerdocio sagrado alguno, tienen un altar permanente,

la veneración a lo divino, con manifestaciones sinceras y hermosas.

FRANLASSVE

5 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La tormenta

Anoche descargaron sobre Málaga, las furias del Averno. Las nubes se descongestionaron, como queriendo ahogar a la tierra. Las leyes físicas no tienen entrañas. No respeta el torrente, formado y fustigado por las furias diluviales, ni al niño que sueña con los ángeles, que ningún daño ha sembrado aún en la vida, que es sólo en el mundo un reflejo del cielo.

Su distribución de maldades alcanza por igual a todos. Si acaso, como sarcasmo cruel de la suerte miserable del hombre en este valle amarguísimo, castiga al inocente y perdona al malvado. Sorprende al que es dichoso, quizá en su primera ventura. Economiza la existen-

cia del que era un estorbo, y se la arrebató al que era una ayuda.

Desmiembra a las familias horriblemente. Si marido y mujer se adoraban, uno sobrevive al otro, para dolor y llanto eterno. En un hogar pobre, donde el brazo del padre y el corazón de la madre, son el único sostén y consuelo de los hijos pequeños, da entrada a la orfandad, que en este caso, es como abrir la puerta a la más desastrosa de las miserias.

En un pueblo que parecía un rincón del paraíso, la tormenta presentase como monstruo destructor de casas, talador de campos y devorador de vidas. En las escenas mil de muerte allí desarrolladas, no suele faltar ningún episodio del más trágico drama humano.

La lluvia no cae allá, para que surjan las flores. Lloran las nubes entonces, presagiando el llanto que ha de verter también la tierra.

FRANLASSVE

6 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

PLACERES DE OTOÑO

No; no todo es tristeza cuando llega el otoño. En él resucitan las fiestas aristocráticas, aletargadas en verano. Los salones sacuden el polvo del ocio; los muebles artísticos retiran los disfraces de sus fundas; los caballeros visten el frac, y las damas desnudan el cuello; el baile enlaza, al cadencioso ritmo de los *charlestons*, parejas distinguidas; se reanuda amor que interrumpió la dispersión del verano.

Y las irisadas arañas vuelven a brillar como vivísimas constelaciones; y los espejos de lunas venecianas, de áureas molduras, tornan a reflejar en su tersa superficie los bustos de gallardas beldades; y circulan las bandejas de plata con los humeantes vasos del ponche, o se abren los *buffets* con sus pastas delicadas y sus licores exquisitos.

La vida malagueña, después de sus momentáneas prácticas campestres, se reintegra en su centro.

Deja el rústico sombrerillo de Galatea, por el elegante de fieltro o de terciopelo, de moda; la sombrilla que amortigua los rayos solares, por el calado abanico de nácar; el tosco traje de balneario, por la vaporosa blonda.

Ha sonado la hora del terciopelo, de las costumbres suaves, de los sueños aéreos. El muelle auto, el empingorotado Teatro Cervantes, el *boudoir* alhajado como oriental camarín. He ahí lo que trae el otoño para esos seres tenidos por semidioses, porque, al alcance de sus ambiciones y de su fortuna, la felicidad acerca sus dones más aparentes y más disparatados.

FRANLASSVE

7 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

LA FIESTA DEL LIBRO

No todo ha de ser en España corridas de toros, juegos de pelotas, riñas de gallos, ejercicios brutales del cuerpo, en los que el alma toma escasa parte. Afortunadamente, la actitud fierísima de nuestro pueblo, ante vejaciones extranjeras, hizo concebir que esta tierra hispana, no estaba perdida por completo.

Su suelo todavía es feráz en heroísmos y grandezas. Y como si tan halagüeña señal, no fuera bastante a resucitar al espíritu dormido, y a teñir el porvenir de colores más rosáceos que los que hasta hace poco, ennegrecían el horizonte nacional, la llamada *fiesta del libro*, ha venido a poner en nuestros labios una sonrisa de gozo, y hacer que nuestros pulmones respiren más tranquilos.

¿Qué es la fiesta del libro? La conmemoración de la fecha, del natalicio del príncipe de las letras españolas, Miguel de Cervantes Saa-

vedra. Es la fiesta de la cultura y del talento. Es la fiesta de la confianza en el cielo. Es la fiesta del trabajo; no ese trabajo hosco y abrumador de los talleres, de donde salen, por estar juntos el capital y la miseria, todos los rencores sociales; sino ese otro trabajo paciente y risueño, de inculcar la idea de Patria.

Es una fiesta conmovedora. Es un idilio de paz intercalado en la tragedia de nuestras desventuras. Con esta fiesta, que se dirige principalmente, a los años que aún no han sido descontados por el tiempo parece querer demostrarse la inmortalidad de la Patria. Muere el hombre; pero el suelo es eterno. Esto hace creer en el porvenir.

Para entonces, tendremos hijos que amen a España, como madre y la sirvan como reina, poetas que canten sus glorias, artistas que simbolicen sus grandezas, héroes que por ella se sacrifiquen, soldados que defiendan su honor sacrosanto; y que al rendirla el generoso tributo de sus vidas, encuentren en el corazón agradecido, cual ninguno y siempre amantísimo de la Madre, piadosas oraciones para sus almas,

honrosa sepultura para sus cuerpos, laureles inmarcesibles para sus nombres.

FRANLASSVE

8 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

¡ VALENTE NOCHE !

Oí las campanadas de un reloj, y detuve la pluma, que durante toda noche, había corrido sobre el papel. Pitos de los llamados de «carretilla», sonaban en la calle. ¿Qué ocurre? Arroyos que se desbordan; casas que se inundan; pequeños industriales, que pierden sus mercancías; familias humildes que ven inutilizarse su pobre menaje. La monotonía de las canales, vaciando a chorros el agua de los tejados, hacíase insoportable.

Truenos y relámpagos se suceden con rapidez. El espectáculo pluvioso, ha perdido sus encantos. No ofrecía la porfiada lluvia, esa agradable perspectiva de trenzados de cristal, ni ese refrescante gustillo del ambiente, que le son característicos, cuando viene después de deseada, tras de calores asfixiantes y de sequedad infecunda.

Mostrábase cruel, en su terrible terquedad, porque borra de los anuncios las fiestas que debían celebrarse al raso. El empresario y el espectador, abominarán de la lluvia, por lo que pierde cada uno de ellos.

¿Qué les importa a esos seres, que toman la vida como una perpetua carcajada, que por falta de agua se paralicen las industrias, y se queden sin pan miles de familias? Y sin embargo, ha causado mucho daño, la tormenta de anoche.

FRANLASSVE

9 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

El suicidio de la muñeca

—Ya no me amas—dijo con su boquita muda, la muñeca al niño.

—Ya me olvidas, me desdeñas, te causo risa. Me has separado de tí, me has separado de tu pecho y de tu cara. Ha sido como haberme quedado sin sueños y sin cielos. ¿Por qué, al abandonarme en un rincón, no me has pisoteado? Fui hecha, sin embargo, para tu recreo.

Mi tez, es de cera; mis ojos, de cristal; mis labios, carmín; mi pelo, estopa dorada. Yo fui la envidia de muchas mujeres bonitas. Lamentaba no tener corazón para poder amarte más. Pero ahora veo que si lo tuviera, se habría roto con tus ingratitudes. Sólo un corazón de roca, lograría resistir los puñales del menosprecio.

¿Es posible, que hayas pasado tan pronto del amor al odio, del entusiasmo al fastidio, de la caricia de los besos a la brutalidad de los golpes? Cualquiera diría que eres

un hombre tú y una mujer yó. ¡Tan-
to me aborreciste después de haber-
me adorado tanto! ¿Tan lejano es-
tá el momento en que caí enamo-
rada en tus brazos? Recuerda.

Yo te sonreía, te miraba, te obe-
decía como una esclava. Oí tus pa-
labras más tiernas. Te acompañé a
todas partes. Me hiciste lado en tu
lecho. Me sentaste contigo a tu me-
sa. Exhibiste mis galas por los pa-
seos. Era yó tu gloria y eras tú mi
Dios. Otras veces, cuando me aso-
mabas al balcón, yo quería volar.
Era feliz, y me sentía con alas.

Hoy soy desgraciadísima, y quie-
ro lanzarme a los abismos, a la
destrucción a la nada. Sí. Quiero
volver a ser polvo. Tómame en tus
manos. Arrójame. Soy yo quien
me mato. Tú serás mi instrumento.
¿Quién mejor, puesto que has sido
mi verdugo? ¡Hartas veces fui tu
juguetel! Tírame a la calle. Quiero
volver a ser polvo.

Y al morir, tornando a formar
otras vidas, quizá llegue a ser flor,
nube, mariposa. Cualquier cosa,
mejor que muñeca—y que mujer—
que no es más que la muñeca que
gusta para sus placeres el hombre...

FRANLASSVE

11 de Octubre de 1920

Una impresión diaria

España, Colón, América

¡Colón! ¡El gran Colón! ¡Pobre, doliente,—de fama hambriento, mendigando, acaso—de reino en reino, con incierto paso,—iba buscando, noble aventurero,—quien comprendiera su ambición!... ¡Inmenso—era su abatimiento! ¡Y no encontraba —un pedazo de pan, el que llevaba—en su cerebro un mundo más extenso—que el viejo continente carcomido—por los siglos, que al peso agonizaba—de la miseria en el terror sumido!

¡La vil Calumnia, la cobarde Intriga,—cual famélicos lobos le acosaban;—de su constancia y de su fé implacables—e inícuas se burlaban—la Ignorancia y la Envidia miserables,—negras serpientes que

la tierra abrigal ¡Dadme un barco no más! ¡Seré el primero—que desafie al turbulento Océano!—en sus santos delirios exclamaba.—Y el hombre, siempre torpe, siempre vano—que entender su lenguaje no lograba,—escuchando su acento lastimero—con el desdén del necio se reía—y, ¡Es un loco! ¡Es un loco! repetía.

Un día, al fin, el noble aventurero—en la Rábida entró. ¡Noble y austero—un fraile, luz y orgullo de la ciencia,—le escuchó con genial benevolencia—y le ofreció su protección sincera!—La Católica Reina sus pendones—a Granada cercandotremolaba,—de bizarros guerreros las legiones—escalaban el último baluarte—del poder africano.—Isabel, con la cruz por estandarte—la gloria del imperio castellano—tenaz y valerosa perseguía..

¡Boadil en los calados minaretes—de la Alhambra gentil débil gemia—y de impotencia y de dolor rugía—la valerosa turba de zene-tes! ¡Y allí, en medio del humo y del estruendo—del sitio y del asalto formidable—Marchena, al cabo, con paciencia rara,—a Isabel convenció! ¡Grande, admirable,—la

angusta reina al coruñés ampara,
—y sus sueños brillantes compren-
diendo—ofrécele sus joyas... *¿Glo-
ria anhelas?*—dijo al oír su temblo-
roso acento.—*La tendrá por la fé
que me revela.*—¡Y tres naves al lí-
quido elemento—gallardas lanzan
sus latinas velas.

¿Adónde van a la merced del
viento—y al sordo arrullo de las
negras olas—las débiles y errantes
carabelas?—Van a llevar las glo-
rias españolas al mundo nuevo que
Colón *el loco*—ha ofrecido encon-
trar. Ni el mar ni el rayo—a aque-
llos hombres les infunden miedo...
—¡Hay en sus venas sangre de Pe-
layo!—¡Son nietos de Viriato y Re-
caredo!—Dos abismos de quier.
¡Arriba el uno—por tempestuosas
nubes entoldado;—abajo, revolcán-
dose irritado—el líquido elemento
de Neptuno!

Y pasan días y transcurren no-
ches... —¡Sorda inquietud mortal
brota en el seno—de los errantes
barcos. Ya murmura—el marinero
de ignorancia lleno,—que es seguir
ade ante una locura!—Colón duda
también. Solo, sombrío, pensando
en su destino sobre el puente—de
la nave zotada rudamente—por el
zarpazo del huracán bravío,—y en

lo contraria y triste de su suerte,—
vió presentarse ante él, siniestro y
frío,—el pálido fantasma de la
muerte.

Y las horas se pasan y ya siente
—que su ardoroso corazón se ater-
ra—cuando escucha gozoso de re-
pente,—al despuntar la pálida ma-
ñana,—a Rodrigo de Toscana,—que
grita desde el mástil: *¡Tierra! ¡Tie-
rra!*—Y la tierra está allí; verde, lo-
zana—a través de los velos de la
bruma—se levanta brillante y so-
berana—surgiendo del encaje de la
espuma.

América está allí. De pie saluda
—tu nombre con amor, tu augusto
nombre—que debiera llevar, y que
en la ruda—lidia con el destino
quiso el hombre—usurparle tam-
bién. De tu memoria—la ilumina la
antorcha de la gloria;—jamás olvi-
da tu envidiable hazaña,—y hoy
que justa bendice tu osadía,—en
rudos himnos su cariño envía—has-
ta las playas de la madre Española

FRANLASSVE

12 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

EL REY DEL UNIVERSO

¿Quién no me conoce? ¿Quién no ha sentido alguna vez mis flechas? ¿Quién no ha deseado vivir, siquiera una hora, bajo mi encantado imperio? ¿Quién no ha solicitado la muerte, después de mis dulzuras, creyendo, y creyendo acertadamente, que no hay felicidad en la tierra, superior a la felicidad, conque yo brindo a todos los seres?

Mi poder es inmenso. Mis hazañas son infinitas. Soy el más alto de los reyes, el único rey del Universo. Son mis súbditos todos los vivientes. Es verdad que suelo levantar tempestades. No todos los poemas que yo sugiero son idilios. Resultan, a veces, tragedias. Pero, es por que siguen mis huellas, o me acompañan de cerca, mis dos más encarnizados enemigos. ¡El demonio del hastío o el de celos!

Más a uno y otro, concluyo por vencerlos. Mis esogidos pasan, co-

mo todo lo perecedero. Yo continuo comunicando mi aliento a aéres y cosas. Yo no muero nunca. Y, en fin, para que no me confundáis con otras potestades de la tierra, voy a daros mi retrato.

Soy joven, muy joven, casi un niño, pues gusto de la inocencia y me complazco en regocijados juguetes. Voy desnudo, porque detesto toda supercheria. Llevo un arco tendido entre mis manos, para estar siempre dispuesto a disparar mis inagotables flechas. Mi cabeza se mira rodeada de laureles, en señal de mis infinitos e incontestables triunfos.

Suelen pintarme plantado de pies «sobre el mundo», porque domino en él, como ningún soberano ha dominado en los siglos de los siglos. ¿Y el marco de este retrato? No puede estar formado sino por una aureola deslumbradora. Pues, aunque estoy veodado, significando que hiero a mis víctimas, a ciegos y a capricho, yo soy la luz de las luces, el sol de los soles, el astro de los astros.

En torno mío, no existe la noche. Yo ilumino con mi antorcha incendiaria, hasta las cavernas más pro-

fundas. No tengo más que presentarme por doquiera, y aparece el día. ¡Soy el amor!

FRANLASSVE

14 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La modistilla

Todas las mañanas, encuentro en mi camino, un grupo de alegres muchachas, oficialas de un taller de modista. Al preguntarle hoy, a una de ellas: —¿Al trabajo? Me ha contestado, llena de enojo: *Al trabajo, si, señor. ¡Qué ganas tengo, de perder de vista al taller!*

Yo te digo, que no sabes lo que deseas, le contesté. Comprendo que es ruda tu faena. No es nada agradable, levantarse al amanecer, en los crueles días de invierno, y, aún con el carlocillo de la cama en el cuerpo, echarse a la calle, cubierta

de lodo, y dirigirse al taller, con paso apresurado. Tampoco tiene nada de dulce, estarse ocho o diez horas, dale que dale a la aguja, empujada por el dedal, para ganar una modestísima comida.

Sí, comprendo tus fatigas, tus heroicas y silenciosas torturas. Tu abnegación es inmensa. Se necesita nacer con vocación de mártir, para no renegar de la tristísima suerte, reservada a las muchachas de tu clase. Ser bella, jóven, alegre y vivir como una vieja, recluida entre las cuatro paredes del taller, encorvada sobre la penosísima labor, es, en verdad, acción digna de una corona. Corona, si la tienes; pero no de flores, sino de espinas.

Regocijate, no obstante. Ese dedal, que crees hoy que constituye tu infelicidad, es, sin embargo, el mágico talismán que te preserva de mayores y más horrorosos infortunios. Merced a él, aún no ha hecho presa, de esa tu alma, el envenenado diente del vicio. Merced a él, tu sueño no es atormentado, por remordimientos implacables. Merced a él, encontrarás mañana la ventura, en el amor de un esposo.

No, no maldigas tu dedal. ¿Dón-

de hay un espectáculo más hermoso, como una mujer cosiendo? Cuando soltera en el taller, cuando casada, junta a la cunn. Canta mientras coses. Ríe y canta, y tu trabajo te parecerá un recreo delicioso. Las penas pasarán junto a ti, sin tener nada en qué posarse. Cuando estés cosiendo, no envidies ni a una reina, porque tu también lo eres, pues tienes tu silla por trono, y tu dedal, como emblema gracioso y puro, de eterno poderío.

FRANLASSVE

16 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

UN JEREMÍAS

Hoy hace años, que murió un pobre amigo, poeta por más señas, y que se llevaba grandes temporadas sin poder salir a la calle, por no tener pantalones que ponerse. ¡Cuánta envidia me causan aquellos eremi-

tas,—me decía, en una de éstas ocasiones;—que con las carnes al aire, vivían como reyes absolutos del desierto!

Y condoliéndose de su suerte continuaba:—Desengáñate, chico. A un hombre bien vestido, se le presta dinero; a un desarrapado se le vuelve la espalda, o se aprietan con temor los bolsillos. Un génio sin ropa, es expulsado de todas partes; un sastre, puede presentarse en palacio.

Se concibe a Cervantes, escondido en su buhardilla, terminando en mangas de camisa el *Quijote*; pero no se concibe a un lacayo, sin un botón en la casaca. Para ser estimado del mundo, es forzoso tener los puños bien planchados, crujientes las botas, nuevo el patalón, alisado el sombrero, cortada la americana a la moda.

No con libros, sino con gabanes, se hace uno ilustre. A fin de ser respetado, es preciso equipararse respetablemente; nadie saluda con el sombrero, al que no puede responder del mismo modo. Parecen exageradas estas y otras razones; sin embargo, haga la prueba el que dude; despójese de la librea de lu-

jo y vistase la hopa del pordiosero. Con este atavío, lo tomarán, a lo menos, por un loco, por un extravagante, por un hombre indigno del trato de la gente.

¡Mundo singular, en que un traje de buena estofa es un talismán, con el cual poseemos la gloria, la consideración, el amor, el derecho de pasear por las calles, sin que la vergüenza, como lepra purpúrea, nos roa el rostro!

FRANLASSVE

19 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Al salir de la Redacción

Cuando el sol, en ocaso, lenta y tristemente se le vé desaparecer tras de los tejados, y a iluminar con alegres claridades de aurora, se retira a otros pueblos, aquí, en este vasto laberinto de casas y de hombres,

que se llama Málaga, todo conspira a infundir melancolías.

Es la noche, para el desgraciado, un abismo de negruras inmensas. El auto que cruza, salpicando con sus rápidas ruedas, el lodo del suelo, sobre la cara del transeunte, inspira arranques de odios. Dentro lleva a algún afortunado; y, cuando no de envidia, deja en pos de sí, a manera de rastro, sombríos ensueños de ambición o de maldad. Al corazón desengañado, es la opulencia, sin embargo, indiferente.

El curioso, admira los escaparates provocativos de las surtidas tiendas. Aquí, la joya que engalanaría a la mujer bella y deseada; allí, el succulento manjar, lujo del estómago y orgullo de la mesa del rico. Más, nada de esto sucede a quien ha gastado, como los últimos cartuchos de un combatiente, sus postreras ilusiones.

¡Qué mezquino es todo ello! ¡El oro! ¡El poder! ¡Nombres sonoros, que encierran venturas vacías! Pero hay en estas primeras horas nocturnas, algo que refresca el alma, y regocija los ojos, y despierta en la memoria dulzuras de idilios, cantados y representados por nosotros

mismos, en la inolvidable edad de los juveniles goces.

Durante el día, reina tiránicamente el trabajo. La frente suda y la boca maldice. Parece la vida un castigo, del que solo puede librar-nos la muerte. Créese que la poesía ha huido del mundo. Más llega ese momento de insuperables nostalgias, cuando el sol desaparece tras los tejados; y hallamos que aún existen delicias en la tierra.

Un poema viviente anda por las calles. Allá van los enamorados, ciñéndose a hurtadillas el talle, buscando los lugares oscuros, murmurando al oído la eterna canción de los divinos éxtasis. La noche es el día de los enamorados.

FRANLASSVE

21 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

LA SIRENA

—Voy a matarme—me dijo anoche, mi amigo Fernanvilla; por-

que el principal encanto que me ligaba a la vida, se ha desvanecido. Me mato, porque he amado a una mujer hermosa. ¿Hay mayor tormento? La primera vez que se la ve, se sufre una conmoción inmensa. Es una aparición deslumbradora, que produce el efecto de una amenaza de muerte.

Es el deseo, que se hace carne de pronto, y que, aún estando cerca, está tan distante! Yo, al mirarla, quedé como si sobre mí, se hubiera desplomado un rayo. La seguí a todas partes, durante mucho tiempo, como un esclavo. Ella llenó todos mis pensamientos, dirigió todos mis pasos, impregnó, con su ardoroso recuerdo, hasta la última gota de mi sangre. No obstante, yo padecía en silencio, resignado, gustoso. Confiaba en que acaso tendría término algún día mi martirio.

Al fin se dignó elevarme a la altura. Imaginate un misero insecto, que sube hasta una rosa. Es la rosa su ansiedad suprema. La rosa, arriba; él abajo. Ella perfumada y luminosa; él obscuro y rastrero. Lo mismo sucedió conmigo. Cuando mi labio llegó a tocar su labio, temí volverme loco. Mejor dicho deseé

morirme.

Vinieron después los celos. El aire que respiraba ella, que penetraba en su seno, era rival mío. ¿Dónde encerrarla, para que nadie la viera, para que nada la profanara? Era un absurdo. He comprendido que mi vida se ha hecho imposible. No debo, al morir yo, obligar a esa mujer a morir, pues conozco que ella, tan hermosa, tan dulce, tan alegre, ama la existencia. No quiero esperar la hora del hastio.

Ni quiero aguardar el momento terrible del bostezo, tras del que viene el desdén y después la huida. Por eso he resuelto matarme yo solo. Y todos me disculparán. Mi desesperación no reconoce consuelo. He amado a una mujer hermosa y he sido amado por ella.

FRANLASSVE

22 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Por besar a un policía

En un telegrama de Nueva York, encuentro la noticia, que la señorita Mary Jones, de 28 años, se arrojó al cuello del policía Jack O'Connor, diciéndole: ¡Te amo! y besándolo repetidas veces. El policía, que estaba de servicio, se vió obligado a detenerla, y el juez, le ha impuesto la pena de 30 días de trabajos forzados.

Aunque la Naturaleza humana en el fondo, es siempre y en todas partes la misma, tiene, sin embargo, diversas formas de expresión, según la atmósfera en que se desenvuelve. No se ve el aire que se respira. A pesar de ello, en el aire, en esa cosa tan sutil, parece ir el germen, de los temperamentos diferentes. No son las flores del Norte, donde la nieve cubre la tierra, iguales a las flores del Sur, donde el sol dora los campos.

El flemático inglés, no ama de idéntica manera, que el árabe vehementísimo. Las pasiones, pues, son

cuestión de clima. Diré más. Las pasiones se ajustan exactamente, al marco de la localidad que las circunda. El amor en una ciudad no es como el amor en una aldea. En Málaga por ejemplo, el amor es algo que pasa. Es una mirada, que se cruza al azar con otra. Es el choque repentino de dos corazones, y muchas veces de dos caprichos.

Es una cadena aérea, que enlaza de acera a acera, dos voluntades. Es la ilusión de un momento que se encuentra andando por las calles, entre la gente que camina a sus negocios, al lado del fango que salpican las ruedas del coche del poderoso, junto a la miseria que se desliza, vestida de andrajos, henchida de lágrimas, errante, en pos del suicidio.

El amor en los pueblos es una cosa miserable. En torno de él cuántas tragedias de reptiles se desarrollan! Los espíritus poéticos, en qué aventuras necesitan empeñarse, para sacar libres y sin manchas, las altivas e inmaculadas alas de sus esperanzas celestes! Más, en fin, el amor consigue tocar al matrimonio. Y cuando, con la posesión del deseo, parecían haber

concluido todos los sinsabores, empieza el disgusto más espantoso, el terrible hastío, hijo de la monotonía de la vida.

Menos mal para el hombre, que puede recrearse en el casino, emplearse en el campo, olvidarse de su cadena en el trajín de los negocios. Pero, ¿y la mujer? Allí en su morada permanece toda su vida, convertida, no en señora de casa, sino en criada de todos: de sus hijos, de su marido, de sus mismos sirvientes.

FRANLASSVE

23 de Octubre de 1926

Bibliografía

Apuntes breves y útiles para las contestaciones al programa mínimo, único para ingresar en los Ayuntamientos y Diputaciones provinciales de España, por Jos^é M.^a Cañizares de las Heras.—Un tomo de 136 páginas de 14'5 por 20'5 cm.—Málaga, 1926.

En los tiempos porque atravesamos, toda manifestación del saber, se encuentra impulsada por dos tendencias: es la una centripeta, de selección, aristocrática, pudiéramos decir; es la otra centrífuga, de difusión, democrática en fin. A dar satisfacción a esta última tendencia, responden toda clase de manuales.

Pero entre los manuales de Administración Municipal y Provincial, de que aquí nos ocupamos, podríamos distinguir, a lo menos tres tipos. El uno, aspira a dar a conocer de la manera más clara y más sucinta, la legislación vigente, en una provincia determinada, exponiendo, quizá también, los principios fundamentales que han servido de norma voluntaria o inconsciente, en la evolución legislativa de la referida provincia.

Otro tipo de manuales de Administración, es, aquél en que el autor, partiendo de una idea central, busca su aplicación y desarrollo en todas las ramas de tan amplia disciplina. Y, por último, otro tipo de manuales, de carácter científico, es aquél que trata de exponer de una manera clara, sucinta y lo más ob-

jetivamente posible, las opiniones y doctrinas más importantes, sobre los principios o cuestiones fundamentales de una rama del saber humano. A su vez, dentro de estos tipos, se podrían señalar diversas variedades.

Compréndese fácilmente, y la experiencia nos lo dice a diario, que el hacer un manual, es una de las cosas más difíciles, sin duda alguna, porque el don de reducción, es privilegio de los seres que están impuestos en la cuestión que traen entre manos. Quién se haya comprometido íntimamente con un problema, por difícil e intrincado que éste sea, contad que tiene facultades para dároslo a conocer en diez minutos.

Los manuales de los dos últimos tipos, que hemos señalado, tienen aún otra dificultad, y es que cuando el autor ha llegado a formar una opinión, no siempre puede llegar a exponer objetivamente la de los demás. Suponiendo que haya penetrado en la esencia de teorías o doctrinas, que él mismo no sustente, no siempre puede expresarnos esas doctrinas, en armonía con el punto de vista, que sirve de norma

a su autor, sin poner algo de su propia cosecha o de su crítica, comparando a veces conclusiones que son resultados de punto de partida, completamente divergentes.

Hechas estas consideraciones, restamos decir que el manual o *Apuntes breves y útiles* de que nos ocupamos, es bueno dentro de su estilo. La obra del señor Cañizares de las Heras, ha venido a satisfacer una necesidad ha tiempo ya manifestada. Encaja dentro del primer tipo de manuales, que hemos mencionado. Y esto que en sí es un mérito, se encuentra además avalorado, por incluir unos gráficos de parentesco y consanguinidad, según las Leyes de Partida, de aplicación por el artículo 133 del Estatuto municipal y otras disposiciones vigentes.

El libro del señor Cañizares de las Heras, extracta lo más importante y práctico que en materia tan compleja como la Administración municipal, se ha hecho. No es pequeña ventaja, no sólo para los que desconocen los asuntos municipales y provinciales, sino también para los que posean dichos conocimientos, al encontrar, en un redu-

eido libro, los conocimientos necesarios para el mejor desempeño de su cometido.

Hombre versado en estas cuestiones e infatigable en el trabajo, el señor Cañizares de las Heras, ha sabido seleccionar, comentar y explicar con la brevedad conveniente, los temas de Derecho político y administrativo; la división económica, universitaria, judicial, eclesiástica, militar y marítima de España, las dos lecciones de Contabilidad municipal y todo lo referente a los cuatro temas del ejercicio práctico.

Agrega también algo sobre mecanografía, contratos de obras y servicios públicos y breves datos históricos sobre el municipio, cargo de Alcalde, secretario de Ayuntamiento y significación y nombres con que se conocían ciertos arbitrios e impuestos de tiempos remotos.

Los maestros, los que a la enseñanza se dedican, encontrarán, en el libro del señor Cañizares de las Heras, una sana y moderna orientación, en el difícil arte de educar, por lo cual no dudamos recomendarlo con todo encarecimiento.

Y como DIARIO DE MÁLAGA cree, que tratándose de un funcionario de la altura del señor Cañizares de las Heras, las frases rituales de aplausos, deben estar proscriptas por respeto y por decoro, acabamos esta nota bibliográfica, suplicándole al autor publique cuanto antes las obras que tiene en preparación.

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Una contestación

He recibido, por correo interior, una carta soez, indigna de persona, que se precia de bien educada y culta, vituperando mi opinión, sobre el amor en los pueblos, que hice patente en la *impresión* del sábado, que llevaba por título, «Por besar a un policía». La tal carta, viene sin firma, pero como sé de dónde viene el tiro, y conozco por demás la incierta puntería del corsario, voy a contestar por una sola vez, a mi *anónimo* comunicante.

En los pueblos, *querido amigo*, el amor nada tiene de repentino. Empieza por un juego de niños y concluye por una cuenta de aritmética. Un muchacho y una muchacha, fueron a la escuela juntos soñando en los juguetes. Un hombre y una mujer van al altar, pensando en olivares y viñas. Aquí no caben las sorpresas. Aquí los efectos teatrales de la vida, se deslizan inadvertidos. Aquí la chispa eléctrica de la simpatía, no salta de pronto entre una mirada y otra.

Se ven crecer los cuerpos y hermosearse las caras. La murmuración, nacida del ocio moral y fomentada por la felicidad material, lanza sus dardos hasta el rincón más escondido de los hogares. Se despoja de todo misterio, y, por consiguiente, de toda poesía, al ser amado. El amor en los pueblos no lleva vendados los ojos. Es una desilusión, pero es verdad. Se llega desde las grandes capitales, a las localidades pequeñas, con sed de idealismo. Pero al punto se tropieza con la realidad grosera.

Ese amor purísimo tan decantado del pueblo, es un mito. Es en

vano, que los lugares se revistan de los adornos más bellos, para servir de escenarios a los amantes. Las cartas de amor, que se cambian entre los novios, parecen cartas comerciales. Los coloquios, que debían ser inspirados por el fuego de las pasiones infinitas, resultan algo así, como los preliminares de un contrato. ¡Es un desengaño! ¡Es una desdicha!

No faltan sin embargo corazones candorosos que, rompiendo la ley de la costumbre, siguen sus inclinaciones naturales. Entonces, se da el caso fabuloso, del príncipe que se casa con una pastora. Pero los que se unen por amor, como si cometieran un crimen, o como si merecieran un reproche, son víctimas de las iras generales. ¡Harto cruelmente pagan su pecado!

¡Pobre muchacha de pueblo! Es lozana como un fruto silvestre. Es sencilla como las palomas, a quienes da de comer con su mano. Es virtuosa en extremo, con una virtud que araña, como flor nacida en una zarza. Se levanta con las alondras y se acuesta con las gallinas. Viste de pobre, siendo rica, con una tela cualquiera. Anda como una fámula.

la más, entre los quehaceres domésticos.

Y si lleva guardado en su corazoncito de miel, un ideal superior a cuanto le rodea, allá en lo interior déjalo podrirse, o se muere de vieja, no habiendo conocido jamás, las sublimes delicias de dos corazones, que se comprenden y se junta para siempre en la tierra. Ella no puede escoger la ventura. Tiene que aceptar el amor, entre los pocos hombres que conoce, y con quienes va, en forzosa compañía, en el reducido recinto del pueblo, durante el fatigoso viaje de su mezquina existencia.

FRANLASSVE

25 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Felicidad terrena

No hay que negar, desde luego, que esta tierra no es tan detestable, como algunos desesperados la pintan. El amor, el vino, el dinero, la

mesa, las galas, el arte, son placeres indudables, flores de fragantísimo aroma, que brotan por doquiera, ante nuestro paso. Sin estos anticipos del cielo, la existencia sería insoportable. Pero, hay que advertir, que estas delicias no son, como digo, más que anticipos, dedadas de miel de la sabrosísima colmena, que, allá, en lo infinito, aguarda, cual opiparo banquete, a los miserables mortales.

La felicidad consiste, en reducir los deseos a un justo medio. No es el vestido de un gigante apropiado a un enano. Pero, la insaciabilidad del hombre, ha ido desde la satisfacción, hasta el exceso. De cada goce, ha sacado un vicio. No se contenta con el amor, y busca la voluptuosidad; no se recrea con la alegría del vino, y se hunde en la estupidez de la borrachera; no se complace en la moderada posesión del dinero, y se revuelve en el vértigo de la fiebre de oro; se acomoda a saborear, agradablemente, los manjares, y gusta llegar en sus apetitos, hasta la indigestión; no cree suficientemente aderezada su persona con el traje que viste al cuerpo, y todos los días tortura su

imaginación, inventando nuevos caprichos.

De suerte que, Dios puso en la tierra, muchas cosas buenas, con- que hacer más llevadera la carga de las penalidades. Más, el hombre, con su aliento, lo ha corrompido todo. ¿Como cerrar los ojos, a las bellezas que nos rodean? ¿Las enu- mero? Necesitaria saber contar las arenas de los mares, las estrellas de los cielos, las flores de los cam- pos. Todo el universo está lleno de hermosura. Si, existe la felicidad en la tierra. Y el secreto, no está en poder encontrarla, sino en no hacer de la vida un infierno.

FRANLASSVE

26 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

EL OTOÑO DE LA VIDA

El otoño, avanza a pasos de gigante. Voy a llevaros, al lecho de los moribundos. No os asustéis. No retrocedáis, Por cada alcoba en que veáis derramar lágrimas sinceras, contareis cien, en las que el gozo más íntimo, se disimula bajo un semblante artificiosamente compungido. La muerte se ceba ahora, con frecuencia, en los enfermos crónicos, en aquellos mortales, desahuciados de toda esperanza mundana.

El corazón ha venido apretándonos, hasta el ahogo, por espacio de largos años; el pulmón ha ido horadándose, sin hallar ningún hilo mágico que le zurza; la máquina corporal ha caminado, perdiendo a cada paso, un resorte. No hay remedio. No hay salvación. No hay otro desenlace que la tumba. Pues bien; el otoño con sus bruscos cambios atmosféricos, aporta para estos desconsolados supremos, el bálsamo admirable del olvido eterno.

Y aún en torno de ciertos moribundos, también suele ser festejado el otoño, con secreto aplauso. No hay sitio donde reoche más la risa, como alrededor de la cama mortuoria de un rico. Los herederos de un poderoso, contemplan con satisfacción la caída de las hojas. ¿Si caerá también *el viejo*? Y casi siempre cae; y el viento, que arremolina en los bosques, los perdidos despojos de los vegetales, acostumbra acarrear igualmente, hacia las gavetas parciales de los individuos de una familia, los desperdigados restos del caudal de un progenitor opulento.

Si. El otoño merece alabanza. No mas el pobre llora su reinado. Su orfandad en esta época, es una orfandad doble. Al quedarse sin padres, se queda sin el amor y con la miseria. No lo dudeis, el otoño, si no es tan brillante como la primavera, no por eso deja de presentar rasgos interesantes. Todavía no es he hablado del amor, de las pasiones nacidas en esa edad, en que acibaradas las empalagosas ilusiones primeras, en que las doradas flores de los sueños vaparosos han perdido sus hojas y en que tras las

esperanzas mentidas llega la realidad sólida, el corazón busca dulzuras reconcentradas, discretas, inmediatas

El calavera, a los treinta años, después de sus locuras juveniles, se formaliza, cambia el casino por el hogar, la jorgía por el descanso, el capricho de una hora por el lazo eterno. Y la muchacha coqueta, viendo que en su frente se insinúan las arrugas, y en sus ojos se amortigua la luz, y las canas alborean en sus cabellos, abandona su altivez de diosa de la belleza, y se humaniza, doblando su cuello y abriendo sus brazos, a la última adoración que le ofrece, como fruto maduro, el otoño de su vida.

FRANLASSVE

27 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

HISTORIA DE UN POETA

Aquí teneis unas páginas, que bien pudieran formar un cuento. No las encontré entre los papeles de ningún deán, ni siquiera junto al breviario de cura alguno de aldea. Tampoco he empleado mucho mayor ardor en buscarlas y hacer de ellas una *impresión*. Constituyendo un regular puñado de cuartillas, estaban encima de una mesa de casa de huéspedes. ¡Daba lástima ver el mamotreto!

Sucio, arrugado, polvoriento, mostraba a trechos humosas coronillas de esperma, como de haber servido de apagador de bujías. Yo no os pido lágrimas para el héroe de la historia. ¡No merece compasión! ¡Si supiérais su fin!... Pero leed y convendréis conmigo en que este mundo, tiene un poco de risible.

Dice el poeta en su dietario: «¡Cómo pesa Madrid sobre mi alma! ¡Qué losa de plomo es la soledad! Huésped descontento de estrecho camaranchón, mi cuarto destartala-

do y obscuro, me parece el osario de un cementerio. El frío del Guadarrama penetra mis vértebras; el frío del desengaño hiela mi corazón. ¿Qué vine a hacer aquí? ¿Por qué huí de mi aldea, donde una naranja no me era negada para mi alimento?

¡Oh dioses inmortales! Sepan ustedes que me ha traído a esta cúspide de España, el sol tropical de la gloria. Pero ¡qué horribles detalles tienen las cosas grandes! Los que creí ojos luminosos de un astro, vistos de cerca son abismos. Aquí nadie lee versos; aquí nadie sueña con la virgen Poesía. No se conoce aquí otro idolo, que la realidad vestida de seda. No puedo hablar ya de mis poemas. Todos me tienen por loco que merece compasión.

Amase la novela de adulterio, el drama de frases gordas, la sátira que tiene en su punta un insulto. Los misterios sacratísimos del alma, solo despiertan en este pueblo de intereses materiales, una sonrisa de burla; solo provocan un encogimiento de hombros. ¡Oh! Mi frente estalla. No puede seguir esto así. ¡Si yo tuviera valor, si yo me atre-

viera a cortar con mi frente el paso a una balala»

El héroe de esta historia, está ya curado de su enfermedad de gloria, No pocos sinsabores, sin embargo, tuvo que sufrir antes. Pero no es posible desterrar un padecimiento, sea físico, sea moral, sin grandes tentativas, muchas de ellas dolorosas. Cansado, por fin, de experimentar pesares y torturas inútiles, ladeado de la carretera por donde hacen todos el viaje de la vida, decidióse a dejar las espinas y las zanjas, marchando en pacífica diligencia, bien arrellenado en almohadones y sobre un camino liso y alfombrado de menuda arenilla.

Quiero decir, que el desesperado de todas las cosas, el soñador de la muerte, el furibundo de la inmortalidad, el maldiciente del amor, tuvo a bien casarse, después de vendidos libros y quemadas cuartillas. Sí, señores; se casó; y no con la Fama, sino con una mujercita frescota y rolliza, vivaracha y rozagante, que tenía dinero. ¿No os decía que no merecía piedad? No la merece el ingrato. Ha preferido engordar como un gañán, a morir de ti-

sis, ese simpático mal del genio ignorado, sobre el lecho de un hospital.

FRANLASSVE

29 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

El Waterloo de Don Juan

Nadie ha contado la última aventura de don Juan, de aquél don Juan famoso, seductor de mujeres, apaleador de rivales, terror de padres y maridos. En su vida consagrada al amor, jamás había sufrido una derrota. Apuesto, valeroso, gallardo, algo petardista, elegante y dicharachero, no había mujer libre de sus redes, ni había lugar vedado a sus audacias.

Con tal que fuera hermosa y apetecible, no había habido mujer que él no deseára, sin importarle nada su linaje, ya noble, ya plebeyo. De este modo, dejó deslizar agradable-

mente su juventud, sin atender que la juventud, como toda edad, esta sometida al tiempo, y con él pasa, y con él se marchita, y con él se hunde para siempre, en los abismos de la nada.

De aventura en aventura, de orgía en orgía, de victoria en victoria, habíase olvidado de ésta lección de la experiencia, y no había advertido, que ya su rostro se arrugaba, blanqueaba su barba, tendía a la calvicie su cabeza, y sus piernas no sostenían airoosamente, al andar, su antes garbosísima persona. Pero aquella mañana, al levantarse don Juan, y verse en el espejo, notó en su rostro los estragos de los años.

—¡Nó!—exclamó con ira.—No he de dejarme vencer por tan poca cosa. El exterior del edificio aparece arruinado. Pero, ¿para qué sirve el arte? Me pondré como nuevo. El fondo, el interior aún permanece sólido. Aún siento en mi pecho, ardores de conquistas amorosas. ¡Aún sigo siendo don Juan!

Y poniendo manos a la obra de acicalarse y aderezarse, tomó una pastilla de cosmético, y empezó a ennegrecerse el cano cabello. Cuan-

do don Juan concluyó de vestirse, fué en busca de un nuevo amor. No iba muy satisfecho de su juventud postiza, confeccionada con menjures de perfumeria. Y, ¿cuál era el imán de su nueva aventura? Una operaria de la Industria Malagueña. Y allá, en la salida de la fábrica, se apostó como cualquier enamorado, ansioso, petulante, desafiando a todos con la vista.

Al fin, salieron infinitas muchachas de bellísima presencia. Cruzaron frente a don, sin hacer de él, el menor caso.

—¡Oigan, rosas tempranas!—balbució el seductor a cabo de largo trecho, y casi sacando de cansancio la lengua.—¿No se han fijado ustedes, en que va persiguiéndolas un hombre que las adora?

Las muchachas no contestaron nada. Miráronle desdeñosamente, y sonrieron con burla. Algo mal parado quedó don Juan; pero insistió en su empresa y apelando a estratagemas de sus buenos tiempos, se acercó a una de ellas, e intentó pasarle un brazo por el talle. Entonces la chica, enfurecida, alargó el brazo, y le soltó un bofetón, que le hizo vacilar un instante.

—¡Háse visto el vejestoriol! ¿Si creerá, que porque se pinta el pelo, se ván a prender de él las muchachas?

No insistió más don Juan. Bajó la cabeza, y se retiró corrido, pensando:

—¡Acabó mi tiempo! ¡Esta será mi última aventura! ¡Ha llegado mi Waterloo!

FRANLASSVE

30 de Octubre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

LA MANSIÓN DE

LOS MUERTOS

Es el día de Difuntos. El afecto, o la obligación, mandan a los camposantos, adornos conmemorativos, que decoren las sepulturas. Se han blanqueado los muros, se han pintado los marcos de las puertecillas de los nichos, se han limpiado los cristales, se adaptan cirios y faroles en el suelo, en las paredes, en las fosas. Se cuelgan coronas en los mausoleos, se instalan angelitos de porcelana en los panteones. Flores y luces animan, con sus matices y sus resplandores, los lugares donde se hospeda el interminable desconsuelo. La mansión del luto se engalana para su fiesta.

No todos los muertos tienen quién les ponga lámparas o guirnaldas a la puerta. Empolvados, arañosos, llenos de yerbas parásitas, aparecen entonces sus huecos, obstando sarcásticamente quizá, una

inscripción en que proclaman las pompas mundanas del difunto. Se mira con pena su abandono. Se filosofa acerca de la inconstancia de la esposa, del marido, del hijo, del hermano, del amante o amigo. Pero experimentase cierto gozo, no encontrando una tumba, olvidada por una madre.

Largo tiempo, sin embargo, hacía que lo había estado la de una niña. Desde que murió y fué depositada en su nicho, nadie la había visitado, ningunos ojos derramaron rocío de llanto, en las rosas que crecieron a sus pies. El nido de aquella mariposa muerta, yacía en un rincón helado y lúgubre, sin otra melancólica belleza, que su epitáfio en letras de oro, diciendo el nombre de la niña y enumerando los siete años que vivió en el mundo.

¿No tenía madre la niña? Sí. Pero hasta el año a que se refiere la historia, fué como si no la hubiera tenido. La vida del gran mundo, las fiestas brillantes, los bailes y galanteos, tuvieron el corazón maternal en vértigo enloquecedor. Fué preciso, que la mujer mundana perdiera todos sus placeres, quedándose sólo con sus penas. Su fortuna se desvaneció, como humo que so-

pla el viento. Sin alhajas, sin riquezas, sin seres queridos, vióse hundida en la soledad espantosa de la miseria.

Entonces su pensamiento, se volvió hacia la pobre niña de siete años, que dormía en el cementerio. Arrodillóse delante del nicho, y, llorosa, dejó caer la cabeza sobre el mármol.

—Sí, ya sé, ya sé quien llama; no puede ser sino mi madre.

La mujer oyó una voz débil que hablaba así en la tumba. Aquella voz era—¡bien lo conocía!—la de su niña. Irguióse espantada, miró fijamente la losa, y sus ojos penetraron, con ávida mirada, por entre las grietas abiertas con el calor del estío, en la capa de yeso que adhería la piedra a la pared. Detrás solo vió oscuridad; pero, aproximando el rostro, rozó sus mejillas, como el hálito de una respiración.

Algo que estallaba en su pecho sintió la mujer. No imaginó que aquella voz que salía de una tumba, pudiera ser la voz de su conciencia. Creyó que su hija, era realmente la que había hablado. No tuvo en cuenta, los largos años que hacía, que su niña estaba muerta.

Quiso gritar, pedir socorro. Y se oyó como un bostezo y un suspiro. No pudo resistir más la madre.

—¡Mi hija está viva!—gritó corriendo a un lado y otro.

Más, no anduvo mucho. A los pocos pasos cayó, sobre la tierra húmeda y movediza del cementerio. Inútilmente se le administraron auxilios, para volverla en sí. La madre había ido a ver a su hija, a contarle, con la voz de los muertos, las acciones de los vivos.

FRANLASSVE

1.º de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

¡EL 2 DE NOVIEMBRE!

La Iglesia Católica, celebra hoy, la Conmemoración de los Fieles Difuntos. He visitado los cementerios, y un sepulturero me ha dicho, que los muertos hablan, en voz muy baja, muy triste, temblorosa y suave, como el rumor de la brisa entre los cipréses. Y no es que los sepultureros sean hombres de imaginación, que den por real lo que no existe, ni crean en visiones sobrenaturales, sino que desempeñan su fúnebre oficio con despreocupada conciencia. Espectadores perpétuos de la muerte, quieren ser actores en el espectáculo de la vida.

Entre otros sucedidos, me contó el sepulturero, que un año, entre el grupo de visitantes, destacábase la figura de una mujer joven aún, alta, seca, de rostro cadavérico, con una tos seca y constante, que denotaba bien a las claras, la tisis que roía sus pulmones, sin que nadie pudiera expulsarla de allí. Después de recorrer las sombrías calles de sauces, las desiertas ga-

lerias, en cuyas paredes se alinean las lápidas, se detuvo ante una zanja, hacia mucho tiempo abandonada.

Cayó de hinojos ante la sepultura abandonada y se echó de bruces sobre ella. Hacía largo tiempo que la mujer permanecía inmóvil. Creía sentir un bienestar y un reposo interiores, solo comparables al que produce el dulce abrigo del maternal regazo, en las dichosas horas de nuestra inquieta y alegrísima infancia. Aquella mujer escuchaba temblando de miedo, una voz que le decía bajo, muy bajo:

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido al fin! ¡Estaba aquí tan sola! Como no conocí a nadie más que a ti en el mundo, no tengo ningún amigo en estos lugares. Verdad es, que algunas noches de luna, vienen a hacerme compañía, unos niños con alas; con ellos canto y río; nos embriagamos con perlas de agua, que cogemos en los cálices de las violetas; nos damos besos en la frente. Pero luego, cuando llega la aurora, se van, no sé dónde, allá, muy alto, por cima del sol. Siempre quieren subirme con ellos; pero no pueden con-

migo. Dicen que peso mucho. Ya ves tú, ¡qué ingratos! ¡Si parezco una hoja de rosa seca!... Viéndome sola me pongo muy triste.

Pálida, desencajada, sobrecogida de pavor, escuchaba aquella mujer. —Cuéntame—siguió la voz—Dime si papá continúa amándote como antes, cuando yo estaba a vuestro lado. A cada momento te tomaba en sus brazos; por cualquier cosa que hacías, te besaba las manos con un ardor! Te llamaba santa y hermosa. ¡Qué contenta me ponía yo! Dime si mi hermana se ha casado con aquel príncipe tan rico y tan guapo, con que ella soñaba. Bien sé que ni papá, ni tú, ni mi hermana, me querían. Nunca me dijeron ustedes una palabra cariñosa. ¡Cuánto sufría en silencio! No me quejaba y os quería. Pero ¡habéis sido tan crueles! Vamos, dime, ¿por qué me habéis encerrado aquí? Yo no merecía estar siempre durmiendo, acostada toda una noche, como cuando me castigabas, por jugar demasiado a las muñecas.

La voz se había entristecido formulando estas preguntas y recuerdos. Su madre, que la oía sin perder sílaba, experimentó una ternu-

ra inmensa, ante los inocentes reproches de su hija. Pensó contestarle, declararle la verdad de su situación, la ruina de la casa, el deshonor de su hermana, el envilecimiento del padre, su propia desgracia. Pero sus palabras se ahogaron en su garganta. Un vómito de sangre seguido de un desvanecimiento, le hizo caer en tierra, para no levantarse más.

...Allá, muy alto, por cima de las nubes, aparecieron unos niños alados, que, la niña muerta enviaba, como mensajeros del perdón, que Dios concedía a la madre, para que pudiera penetrar en la mansión de los justos.

FRANLASSVE

2 Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

El llanto de las flores

Al pasar esta mañana, junto a los rosales del Parque, la señorita a quién acompañaba, me dijo, señalándome unas rosas:

—¿No parece, que esas flores, están llorando?

—Y lloran en efecto.

—¿Y por qué lloran las flores?

—¿Por qué lloras tú? Eres bella, eres joven, eres feliz. Y, sin embargo, en ocasiones, por ignorada causa, las violetas de tus ojos, se cubren de rocío. ¿Es que te acuerdas, del tiempo en que eras ángel? ¿Es que te has dejado, algún amor en el cielo? Lo desconozco, aunque presumo de tí que eres, como toda mujer hermosa y sensible, una desterrada en la tierra. Y ahora, vas a saber por qué lloran las flores.

Lloran, de verse solas y olvidadas por la noche, en medio de este Parque, donde entre las sombras son asaltadas, jellas tan inocentes, tan tímidas, tan indefensas! por mil dientes traidores, por mil devora-

dores insectos, que roen sus corazoncitos, dulce como la miel, y blando como la cera. ¿No te parece, que hay hombres que hacen lo mismo?

Lloran también las flores porque, allá de noche, sus sedosas y perfumadas mejillas, no se coloran bajo el pincel maravilloso de la luz del día. Las flores no quieren ser feas. La que nace deforme se oculta. La que nace pequeña se multiplica, se reúne en grupos, como las estrellas en constelaciones. Las flores desean ser bellas, bellísimas; y cuando lo son, buscan los lugares más visibles, donde puedan ser adoradas. ¿No imaginas, que hay mujeres que hacen lo propio?

¡Pobres florecillas! ¡Siempre de noche llorando! La arrugada frente doblan hacia el suelo, apenas las tinieblas se extienden sobre la tierra. Y así permanecen, pálidas, abatidas, espirantes. Y lloran sin consuelo; y sus lágrimas amenazan ahogarlas; y su dolor, dolor mudo, como todos los grandes dolores, dijérase que está divorciado de la esperanza. Pero la esperanza, la alegría, y las dichas renacen con el sol en el Oriente.

Y tras el llanto, las simplecillas flores, al ver a su amante, el sol, sonríen, ébrias de ventura, y se reaniman, y se engalanan, como enamoradas esposas que esperan la llegada y las caricias del hombre idolatrado. Entonces, los hilos de lágrimas son convertidos, por el amor, en collares de diamantes.

FRANLASSVE

3 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La riqueza de España

No porque ahora se halle despojado de sus galas primaverales, debe olvidarse el campo. En silencio, cubierto de misteriosa tristeza, entregado a la lenta gestación de los frutos, almacenando sávia para los tiempos bonacibles, reclama, aún en el tiempo despiadado, nuestra

atención. Dejando por un momento el aturdidor espectáculo de las ciudades, dediquémosle un recuerdo.

Es cosa sabida. Nadie necesita esforzarse en demostrar, la importancia que la agricultura reviste, para el sostenimiento de la vida de las naciones. Todos los pueblos del mundo, aún aquellos menos protegidos por el suelo, tienen como base principal de su riqueza, el cultivo de los campos. Hay escritores, que afirman, que la única verdadera fuente de prosperidad pública, es la agricultura. Y no es extraño; porque las producciones de la tierra, son las que significan realmente creación, aumento, cosas nuevas, a diferencia de la industria, que se encarga solamente de transformar las primeras materias.

El campo y las faenas que con él se relacionan, merecen, pues, nuestra diligente atención, siendo como es, aquél, el venero más rico de España. El campo lo es todo: es la vida universal, es la paz del alma, es la salud del cuerpo, es el pan de las familias, es el inagotable filón, de donde los Estados toman recursos, para el sostenimiento de las cargas públicas.

No, no podemos desatender nada de lo que atañe al campo. Por eso conviene que no se le olvide, y de vez en cuando, ya que no con frecuencia, interesa que la pluma le dedique algunas palabras. Más el campo, en este desdichado país, no obstante de ser lo que es, o sea patrimonio más pingüe de los españoles, no está rodeado de todos los cuidados que se merece. Aquí, aunque parezca mentira, al cabo de tantos siglos de ser España, una nación poblada de habitantes esencialmente agricultores, todavía existen terrenos eriales, y aún aquellos mismos terrenos que se vienen cultivando, no lo están con el esmero apetecido.

Poseemos en nuestro territorio, montes abruptos y campiñas dilatadas, ríos de linfa copiosa y fértil, dehesas frondosísimas para pastos de ganado, tierras abonadas para la producción de los árboles frutales y de las flores. Y, sin embargo, en nada de esto, por causas complejas, algunas de las cuales se han de enumerar aquí, somos los primeros del mundo.

¿Quieren saber esas causas? Mañana, Dios mediante, se dirán.

4 de Noviembre

FRANLASSVE

UNA IMPRESIÓN DIARIA

"COMO DECÍAMOS AYER..."

Vamos a decir las causas, por las que no somos los primeros en el mundo. Gáñanos en pintorescas perspectivas, Suiza; aventájanos en ganados, la América meridional; supérannos en campos de cereales, las inmensas planicies de la Rusia; va delante de nosotros, en jardinería, Francia, que, a la verdad, cuando se la recorre, parece que se cruza vergél perpétuo. Esta es la realidad de las cosas. Sería un falso patriotismo, ocultarnos a nosotros propios nuestras deficiencias; deficiencias debidas, más a nuestras incúria, que a los beneficios positivos que podrían recogerse, de nuestro variadísimo y hermoso suelo.

Débese en parte nuestro atraso, a la desidia misma de los agricultores, que no siguen los progresos modernos con aquella solicitud, con aquél tino, con aquél desinterés, que fuera deseable. Claro está, que nadie pide que ciertos adelantos se acepten a ciegas, sino que se aquilaten, por medio de la práctica, y sólo se empleen cuando ya haya

desmostrado la experiencia, que son en absoluto provechosos.

Pero no hay que aferrarse eternamente a la rutina; hay que acoger con espíritu abierto, todos los inventos que coadyuvan a la más fácil conservación, y al más eficaz desarrollo de la vida de los campos. Es forzoso que el agricultor estudie sin descanso, día y noche, todo aquello que pueda ser más útil para su predio: las semillas, los abonos, la maquinaria. Es menester que no tenga fija la vista sólo en las tradiciones antiguas, en los consejos del empirismo; antes bien, favorécele seguir las innovaciones emanadas, de una ciencia más perfecta.

Pero no toda la culpa ha de pesa, sobre los débiles hombros del infortunado agricultor. Ya encima soporta, más que otro contribuyente alguno, los enormes gastos del Estado. Y ya que el Estado no se acuerda del agricultor, sino para contar con él, en los casos apurados de la Hacienda pública, bien debiera recordarlo también para auxiliarse, aliviándole de tan inmensa pesadumbre.

Debiera suministrarle medios gratuitos, para facilitarle sus ensayos

ensayos que, como todo aquello que por primera vez se lleva a la realidad, no siempre son naturalmente prósperos. Mucho pueden hacer nuestros Gobiernos, por el florecimiento de este ramo de riqueza; y aquí donde hay dinero para todo, debería haberlo hartó, para fomentar el engrandecimiento de la agricultura española, que podría ser, de ese modo, una potencia, y que, por las razones antedichas, arrastra una existencia sin pujanza, embarazosa, casi miserable... Es menester amar al campo. Es forzoso no abandonarle a sus propias fuerzas. El campo es la Naturaleza, siempre viva y creadora, que solo reclama del hombre su cooperación inteligente, para mostrarse con toda feracidad y lozanía.

Y mañana diremos lo que rinde el campo.

FRANLASSVE

5 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Lo que rinde el campo

El campo rinde centuplicado, el trabajo que se le consagra; es tan agradecido, que no bien recibe la protección de la mano del hombre, cuando ya se manifiesta fecundo, generoso, dócil a la obediencia de su señor y dueño. Con efecto, la labor del hombre, halla constantemente en el campo, una materia preparada donde ejercer su dominio. El hombre con su inteligencia y su perseverancia, llega hasta efectuar las empresas, más, al parecer, imposibles.

Él tuerce el cauce de los ríos; él hace brotar flores, donde antes había espinas; él perfecciona, merced a los injertos y al cruzamiento de las especies, la calidad de los frutos; él contrarresta las adversas condiciones de un clima, acumulando elementos propicios al ideal que persigue; él, en suma, llega hasta cambiar de naturaleza, a la Naturaleza misma. ¿Qué más puede pedirle al campo?

El campo es hermano del hom-

bre; un hermano pródigo, que nunca niega los tesoros de su seno, a aquél trabajador que con afán verdadero, solicita sus dones. El campo es nuestra vida. ¿Qué serían las ciudades sin el campo? El campo no solo es arca de dinero, sino que es el oxígeno del pulmón, el recreo de los ojos, el encanto del espíritu. El campo es, además, purificador de costumbres. Allí, a su regazo amoroso, acudimos, para fortalecernos, todos los que luchamos en el torbellino vertiginoso y corrompido, de las grandes poblaciones.

Si, hay que quererle, hay que protegerle, hay que no olvidarle. Grande es una nación por su poder militar, por sus artistas, por sus sabios. Pero no se reconoce grandeza posible, si la base más fuerte de la riqueza de los pueblos, esto es, la agricultura, no es todo lo sólida, todo lo vasta, todo lo profunda, que es debido. El campo, además, nos acerca a Dios. Como no hay nada que oculte el cielo, se le ve a éste por todas partes.

En él nacen y viven y se ostentan, mil cosas hermosas. Los pájaros, las flores, los manantiales. Una casita en el campo, es el sueño de todo corazón puro. La mujer bella,

es amada donde quiera. Pero, ¿en qué lugar suenan mejor las palabras tiernas, como en el campo, cuando los amantes se hallan rodeados de silencio, acariciados por la brisa, libres de toda mirada inoportuna? Yo, señores, desearía, por última morada, un hoyo en el campo, a la sombra de un árbol, alfombrada la piedra, que cubriera los despojos mortales, con corolas silvestres, en cuyos cálices, al beber miel las mariposas, depositáran un beso dulce, suave, aéreo, como un suspiro.

FRANLASSVE

6 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Viaje improvisado

El sábado, recibí un telegrama, que decía así: «Te necesito urgentísimamente. Te espero primer tren.—Paco.»

Doblé el telegrama y busqué en mi memoria, la persona que correspondiese al patronímico Paco. ¿Quién sería Paco? En el borroso cuadro de los recuerdos de mi juventud, cuadro laberíntico, como el de una batalla, se fué destacando hasta precisarse, la figura de Paco Xoo. Mi condiscipulo Paco Xoo, a quien dejé de ver hacia diez años.

El recuerdo del más atrabiliario bohemio de todos mis compañeros, reavivó en mí las emociones alegres, con esa melancólica alegría del placer pretérito, que tiene en nuestra alma mucha luz, pero luz del sol poniente, roja al agonizar. Llegué a la estación y tomé asiento en un coche de primera. Cuando el tren empezaba a marchar, entró un guardia municipal, arrojó sus bártulos al coche y saltó al estribo. Una vez en el compartimiento, lo halló ocupado por varios viajeros, que han raptado con sus maletas, plaid, cestas y sombreras, todas las rejillas,

El guardia, después de una ojeada a las rejillas, se dispone a abrir hueco para sus bártulos. Sin pedir venia, ni cuidarse de nada, aparta, tira, apabulla; con los brazos en al-

to, está junto a un viajero mal encarado, tocándole con las rodillas.

—Me hará usted el favor de no aplastarme la sombrera.

—Tengo derecho a un lugar en la rejilla.

—Se pide.

—No tengo que pedir lo que me corresponde.

—Pero se tiene educación. ¡Eh, eh!... ¡que va usted a machacar mi termos!...

El hombre ha ido a levantarse; una mano del guardia, posándose en su hombro, le ha hundido en el asiento.

—Déje. Yo lo arreglaré todo.

—Para eso no hace falta pegar.

—No señor—contesta el guardia sonriendo—. Si hubiera hecho falta, ya le hubiese pegado.

—¿A mi? Pues, ea, ahora digo yo...

El guardia sin alterarse, baja el brazo derecho, lo arquea, inflige al viajero una seca, castañeante bofetada, y continúa impávido su faena en la rejilla. El ultrajado quedándose quieto, inmovilizado, por un supremo terror; habia comprendido que el guardia, si rechistaba, lo destrozaría. El guardia se sentó, sacó un cigarro, lo relió cuidadosa-

mente, lo encendió, fumó, sopló el humo, y dijo por fin:

—Bueno, pues a quien se le diga, que yo soy un guardia encargado de corregir las faltas ortográficas, en carteles y muestras anunciadoras, soltará una carcajada mefistofélica. Pues sí, señores. Y no crean que es fácil conseguir una plaza. Hay que ver lo que exigen en las oposiciones: certificado de buena conducta, no haber sido concejal en la vida, saber Esperanto, que es la lengua universal, y conocer toda clase de adoquines.

—Oiga, guardia, me han dicho que ya se ha arreglado eso, de la circulación y velocidad de los automóviles, y que el transeunte puede circular, con seguridad, por las calles.

—Sí, con seguridad...

—Vaya hombre.

—Con seguridad... de que no vuelve con bien a su casa. Ahora los autos llevan anuncios de las Funerarias debajo de los coches, para que los atropellados puedan leer cómodamente, qué funeraria les conviene más.

Entra el revisor; y el guardia que se ha fijado en un anuncio que hay

en el coche, le dice:

—Voy a imponerle una multa a la Compañía, por admitir anuncios con faltas ortográficas.

—¿Cual?

¡Esel ¡Que dice ahil

El letrero consabido decía: «Brochas p.^a afeitar».

—Brochas para afeitar.

—¡No señor! Ahí dice: Brochas «pa» afeitar.

—Resonó una carcajada general, y el guardia, amoscado, cambió de departamento, en la próxima estación.

FRANLASSVE

8 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La marcha de los reclutas

Juan está enamorado de Lola. Juan es un mozo valiente y Lola una muchacha hermosa. Juan no comprendía la vida, sino al lado de

Lola. Juan es soldado. El día siguiente es el plazo en que ha de incorporarse a su batallón. La noche antes se despide, por la reja de la ventana, de su amada.

—Eres un ingrato—le dice Lola en acento de reproche.—Eres un ingrato, pues pagas mi amor con tu desvío.

—Te seguiré adorando siempre —le replica ardientemente su amante.—Si me marchó es porque me llevan. Tus ojos estarán eternamente ante mis ojos. Tu voz, esa voz que ha sonado de continuo para mí, sonará en mi oído constantemente, hasta en medio del fragor de los combates. Viviré lejos de ti, porque nos divide la distancia, pero alentará contigo, porque nos unirá un mismo pensamiento.

—Obras son amores—contesta irónicamente Lola.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Digo que nunca faltan palabras a los enamorados falsos. Los verdaderos lo prueban con hechos.

—¿Qué deseas?

—Sé desertor.

Juan enmudeció largo rato. Una batalla espantosa se libraba en su espíritu. Si no hubiera tenido de-

lante a Lola, cuyo aliento, bañando de cerca su rostro en una ola de voluptuosidad, le embriagaba, y cuyas miradas, penetrando hasta lo más recóndito de su sér, le enloquecían, hubiera sido fuerte, y habría obedecido las imperiosas demandas del deber. Pero allí, ante aquella reja entretejida de flores, frente a aquella hermosa mujer, en la que se cifraban todas las venturas soñadas para ser realizadas en la tierra; Juan cedió, como cede, y se desvia, y se hunde la onda de un torrente contra el frágil junco, que encuentra en su orilla.

Cuando a la otra noche, a deshora, Juan se presentó a Lola, ya declarado prófugo, su novia le recibió con ceño adusto.

—E es un cobarde—le dijo—. Ninguna mujer vale lo que la patria. Cuando ésta peligra, todo debe desdeñarse por ella. Sin patria no hay amor, ni hogar, ni familia, ni dicha alguna. Te pedí el sacrificio de tu honor, para probar tu temple. Veo que no eres de acero, sino de débil caña. ¡Te desprecio!

Y cerrando de golpe la ventana, corrió a llorar su desengaño, a un rincón de su alcolba.

9 de Noviembre de 1926

FRANLASSVE

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Nido completo

La señora de la casa bosteza. Hay momentos en que el cuerpo de la hermosa mujer se agita entre las flexibles rejillas de bejuco de la mecedora, y entonces adoptan sus ojos negros, entornados, una expresión de fastidio, y sus labios rosáceos, entreabiertos, un mohín de aburrimiento. Y en la cara de la deidad se dibuja una vez y otra la fea muéca del bostezo.

Pasea la vista por la habitación. Es un aposento donde apenas cabe ya un mueble, una silla, un cuadro. Su marido, que la adora con una adoración que, en el transcurso de diez años, no se ha entibiado ni un solo día, ni un solo momento; adoración que, si se ha transformado con el tiempo, que todo lo muda, ha sido como se transforma la planta en flor, y la flor en fruto; adoración, primero delirante, después tierna, últimamente celestial; su marido pasa casi entero el día en sus negocios y en su oficina. La dueña de la casa no tiene hijos, está sola y bosteza.

Es rica, hermosa e idolatrada; pero se aburre. ¿Es dichosa? ¿Es desgraciada? Es lo uno y lo otro. Sólo bostezan los felices; pero sólo se bosteza cuando lo que se posee no satisface. ¿Qué hacer? La señora de la casa se viste y sale a la calle. Su gallardía y su elegancia van arrancando por todas partes exclamaciones de admiración, requiebros almirabados, fugaces declaraciones amorosas. Pero, ¡está tan acostumbrada a este faláz incienso, a estos pérfidos halagos! Ya sabe ella a qué sabe la hiel de las lágrimas, que se esconde detrás de la miel de unas palabras que prometen paraísos soñados.

No hace caso de nada. Los primeros piropos, no obstante, le causan vaga turbación. Su corazón late más deprisa. Un colorcillo de rosa matiza súbitamente sus mejillas. Sus ojos se inclinan al suelo. Más, dominadas estas impresiones, a las que siempre ha respondido inconscientemente su naturaleza, las frases galantes que escucha le producen disgusto. No ignora el egoísmo del hombre. Ha observado que se arrodilla ante la mujer, de quién hace después su víctima. Y ella no

quiere soportar tiranías. En su casa es reina y diosa. ¿Para qué buscar fuera esclavitudes y vilezas?

Pero, aún en medio del bullicio de las calles, continuaba abrumándola el fastidio. Los escaparates de las tiendas le distraían algo. He ahí una afición que no se extinguía en ella. Cada vez que tornaba a su casa, traíase alguna novedad. Ella llamaba a esto «hacer su nido». Su nido era su hogar. No ofreciéndole ningún aliciente el mundo, deseaba vivir como la perla: encerrada en su concha. Se proponía que su casa fuese un estuche. ¿No había de guardarla a ella? ¿Y no era ella una joya? Pero, ¡caso extraño! Aquel día, mientras contemplaba los escaparates de las tiendas, bostezaba. No dejó de advertirlo, y se alarmó muchísimo. ¿Estaría gravemente enferma? Tomó un coche y partió a la carrera hacia su casa.

De pronto se oyó un grito desgarrador, un grito de niño; y se detuvo el carruaje. La gente se aglomeró en torno ¿Qué ocurría? Una pobre niña de cuatro años había sido atropellada. Se apeó presurosamente la señora y fué a reconocerla. No había lesión afortunadamente; todo ello no había sido más

que el susto de la caída. Pero la niña lloraba sin consuelo. La señora le enjugó con cariño el llanto, la abrazó, la besó y la llevó a su coche. La chiquilla era monísima, y al verse agasajada por aquella señora, sonrió dulcemente.

Entonces, respondiendo a mil preguntas que la señora le hacía, contó la pequeñuela que era huérfana, sin padre ni madre. Había vivido hasta aquel día con una tía suya, una viejecita, que había muerto la noche anterior. Y la niña despedida de la sala que habitaba, se había lanzado al mundo, por esas calles de Dios, a pedir limosna, a ver si encontraba a alguna mujer que quisiera ser su madre. Aquella tarde cuando volvió su marido, ella, con una voz de ángel, con una de esas voces que deben resonar en el cielo, le dijo:

—Ya no tenía nada que traer a nuestro nido, y he traído esto.

Y dejó entre sus brazos a la niña huérfana y desamparada, recogida de en medio del arroyo. El marido, sin poder reprimir su emoción, murmuró entonces:

—Ya estará completo nuestro nido.

10 de Noviembre

FRANLASSVE

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La solterona

Era un primor a los quince años.
Había fulguraciones purísimas
en sus ojos, murmullos melodiosos
en su voz, perfumes primaverales
en sus labios.

Parecia hermana de las flores, de
los pájaros, de las estrellas.

La delicadeza de su cuerpo era
tal, que creyérase roto bajo un
beso.

Todos la adoraban.

Y ella, ella recibía con embria-
guez divina el culto universal a su
belleza.

¿A quién concedería su amor?
Siendo tratada como a una diosa,
sólo a un Dios podía entregarse.
Ningún hombre, por hermoso que
fuera, realizaba su sueño.

Así es que pasó su juventud so-
ñando quimeras.

Murió su padre, murieron sus
años risueños, y empezó la edad de
las lágrimas, de las arrugas, de las
desilusiones.

Quedó sola en el mundo, sola con su fantástica esperanza.

Cuando volvió a la realidad, ya era vieja.

Por primera vez le dijo la verdad su espejo.

Y ajada, rechoncha, descolorida, trocada la ideal sílfide en vulgar patrona de huéspedes, se encerró en su hogar con una muchacha y un perro.

Y allí pasa la vida la solterona, sentada ante la mesa del comedor, consagrada a su última pasión, la gula, ella, que a sus quince años, cuando era un primor, se alimentaba solo del humo dorado que la admiración tributaba a su culto.

FRANLASSVE

11 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La poesía

Para el inspirado poeta,
D. Carlos Valverde.

Soy un beso que el sol da en el alma; tengo por cuna el cerebro; si la nieve corona las montañas, allí permanezco siempre como aletargado gusano; si las rosas brillan en los jardines, si en los ojos de las mujeres hermosas, el amor tiende el velo húmedo del éxtasis, salgo a la luz, me convierto en mariposa, y subo al cielo.

Mirad ese joven en cuyo labio superior apenas se dibuja la sombra del bozo, huyendo de las fiestas en que estalla, como un cohete de chispas luminosas, la chispeante alegría de sus camaradas. Díjese que el mundo es invisible para él. Todas sus dichas o sus penas dentro las lleva. ¿Llora desdenes de ingrata mozuela? Aún no. ¿Goza delicias de amada leal? Aún no. Regocijado o triste, sueña conmigo.

Soy para él como un beso que el sol diera en el alma.

Una vez que ha sentido mi caricia divina, no reclameis de ese joven, que se ocupe en miserias de la tierra, Soy la absoluta dueña de su pensamiento. Por una inspiración mía daría su vida. Y la da, y se entrega a mí, y a mí sus suspiros vienen, y afluye en torrentes su ardiente y rica sangre para prestarme existencia. Si hasta que no me conoció, anduvo, ahora, cuando me ofrece asilo en su sér, le empujo para que se levante y vuele. Él me arrulla, me mece, me abriga. No me extraño; tengo por cuna su cerebro.

No siempre ¡ay! el favorito de las celestes musas puede volverme ángel. La vida es ruda, el desaliento grande, los caminos pedregosos, las esperanzas vanas, las pasiones traidoras, la muerte cierta. Mil tentaciones asaltan la frente juvenil; manos de marfil, manos de hadas, le prenden por los cabellos, simulando acariciar sus bucles. En una de esas súbitas tempestades que truenan en el alma, sumiéndola en mares de hielo, o arrastrándola hacia abismos de lodo, soy de pronto olvidada, relegada en un rincón de

los oscuros antros del cerebro, mi cuna. La primavera que es cuando yo florezco, no sonríe. La nieve corona los montes, y allí, en mi encierro, permanezco siempre como aletargado gusano.

¡Dichosa yo si acierto a elegir por nido un seno ardiente, puro, amoroso! Ya no temo la ingratitud, ni el abandono. Ni la miseria, ni la obscuridad, ni el desdén, serán bastantes para el que me ama me desame, me reniegue, me burle. No daré a mi fiel amante riquezas, honores, placeres, tales como se cotizan en la bolsa de las ambiciones vulgares. Pero le hago opulento de sueños, sueños aéreos, llenos de visiones como sólo pueden tenerlas los dioses. Entonces brillan para mí las rosas en los jardines, en los ojos de las mujeres hermosas, el amor tiende el velo húmedo del éxtasis, y yo salgo a la luz, me convierto en mariposa, y subo al cielo.

FRANLASSVE

12 de Noviembre de 1926

LA

POESÍA

Al ingenioso y docto «Franlassve».

El culto cronista que ameniza e ilustra este DIARIO con el seudónimo de «Franlassve», me dedica en el número del viernes pasado un precioso artículo titulado «La Poesía», tan lleno de ella, que si en verso lo hiciera no le resultara con tal brillantez y donosura de estilo.

Habla por su boca, o mejor, por su pluma la Poesía, y dijérase al leer la profundidad del concepto y la belleza de la forma, que es la misma diosa la que exterioriza su sentir y su pensar; la que se dirige a nosotros con galana frase para poner de relieve, y al alcance de nuestros sentidos, toda la magnificencia de su ser.

Si la Poesía hablara hablaría así, pero desgraciadamente sería entendida y apreciada de pocos, porque en estos tiempos positivistas que atravesamos, la vil materia, la ri-

queza y los goces mundanos tienen ganada el alma de los más—no dije de los mejores—y atentos a las pompas y vanidades de esta vida ponen sordina a otras más puras exquisiteces que ni comprenden ni quieren comprender.

Allá ellos: por mi parte puedo decir que en mi ya larga existencia todo y todos, unas veces por mi culpa, otras por culpa ajena y muchas por la fuerza de las circunstancias, me han proporcionado sinsabores y amarguras, solo la Poesía ha sido mi fiel compañera y jamás me dió el menor disgusto.

Con ser diosa, acude a mi reclamo con humildad de esclava en el momento en que la invoco; se aviene a todos mis gustos; se acomoda a todas las formas en que quiero emplearla, ora elevando el pensamiento a Dios, pulse la lira épica para cantar dignamente la grandeza de la Divinidad, ora palpitando el corazón a impulso del amor patrio, entone un himno a España y a sus glorias; ora regocijada la mente por circunstancias del momento, acuda al tono festivo y aún al epigramático para satirizar las costumbres modernas, dignas, por lo indignas muchas de ellas, de la

más pintoresca crítica.

No, la Poesía nunca me dió un disgusto: al contrario, ha sido siempre el lenitivo de mis males, mi habitual ocupación en ratos adversos, mi entretenimiento en horas ociosas y mi dulce trabajo en todo tiempo.

Rendí siempre culto a la Poesía clásica, la que nos legaron los insignes vates de nuestro siglo de oro y aun del pasado siglo, y hoy le rindo más culto que antes porque la veo desamparada y maltrecha por gente advenediza que pretende asaltar la sagrada cumbre del Parnaso con alas de águila, cuando apenas puede arrastrarse por la falda de aquel monte con pesadez de galápago.

Por eso, porque siempre fui entusiasta y devoto de la Poesía, porque siempre cultivé la forma poética en su pristina y clásica pureza, he agradecido de todo corazón la dedicatoria que con benévola frase y laudable acierto me hace de su inspirado artículo «Franlassve», a través de cuya frase cualquiera lee el nombre y apellidos de un notable escritor.

Y queriendo yo corresponder a su fineza, termino dedicándole una

microscópica poesía, que formulo
en este momento y pudiera titular
«Ley de vida».

Vivir es sufrir,
Vivir es gozar,
Vivir es reir,
Vivir es llorar.
Tal es, a mi ver,
La ley del vivir:
¡Y empieza al nacer!
¡Y acaba al morir!

CARLOS VALVERDE

UNA IMPRESIÓN DIARIA

LA CARTA PERDIDA

«Querido Pepe: Ya estoy cansa-
da de que sólo me eches piropos.
Necesito otra cosa. Tiempo es ya
de que te cases conmigo. Tú dices
que mis labios son corales; mis
dientes, piñones mondados; mis
mejillas, rosas mi cuello, un lirio
de alabastro. Y no lo dudo. Cuan-
do tú lo dices, verdad será. Dices
también que poseo la gracia de
toda Andalucía; la gallardía de

una palmera, la sublime serenidad de un cielo malagueño, el majestuoso andar de una diosa; la mansa ternura de una tortolilla.

Y tampoco lo dudo. Cuando tú lo dices, verdad será. Asimismo me dices que soy un modelo de virtud. Eso, como comprendes, ni tú ni yo debemos dudarlo. Pero en lo que sí abrigo una duda enorme, es en que te decidas a ser pronto mi esposo. Yo trino de rabia. ¿No sabes? Para la próxima primavera, se casan Victoria, Maria del Carmen, Rosario, Loló y Maria Luisa. ¡Todas se casan! ¡Asómbrate! ¡Se casa hasta Conchita! ¿La recuerdas? Tiene todos los defectos y ninguna perfección.

Es coja, tuerta, manca, chata, pelona, chismosa, sucia y pobre. Pues bien; se casa este mónstruo. Y yo, yo que soy como tú dices, una rosita de la mañana, ¿he de quedar solitaria en mi jardín, consumiendo en balde mi belleza y mi perfume? Te equivocas, Pepe. Quiero, ordeno y mando que vayamos al altar muy pronto. Conque, Pepe, ¡a casarse tocan! ¡Cuanto te adoro! Pon tus labios aquí, donde escribe su nombre tu, «Trini».

De en medio de la calle recog
días pasados esta carta. Era un pa-
pel perdido. Su destino lo llevaba
ya al carro de la Policía Urbana. Yo
le di un rinconcillo en mi cartera.
¿Quién es Pepe? ¿Quién es Trini?
No lo sé. ¿Qué anuncia este escri-
ta? ¿Augura, en lontananza, más
o menos cercana, una tragedia, un
idilio, un sainete? ¡Misterio, hondo
como un pozo! Lo que está averi-
guado es que, al refrescar la tem-
peratura, las niñas casaderas se
vuelven ¡caramba! muy apremian-
tes.

FRANLASSVE

15 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

PASION

» Vivir es sufrir »

Su frente, aún no coronada por la nieve de la vejez, pero ya cruzada por los surcos de punzantes dolores; su frente, bajo la cuál sólo anidaron pensamientos de suprema pureza, sintió las abrasadoras mordeduras de la corona de espinas.

Su pecho, desnudo como la verdad; arca donde se guardaron los más castos sentimientos que nacen, como las ilusiones doradas, en la angélica edad del niño, manó sangre bajo la punta de traidora lanzada.

Sus labios, que aprendieron la ciencia de las abejas, quienes pasan la vida convirtiendo las flores, esas cosas tan bellas, en cera y miel, esas cosas tan exquisitas; sus labios, de donde no salieron sino tiernas palabras de idilios, cantos armoniosos de

pájaros enamorados, sublimes y rítmicas expresiones de versos de poetas, dulzuras de idolatrías inefables; sus labios se contrajeron tristemente al contacto del amargor de la hiel.

Fué largo su calvario, sangrientas sus caídas, abrumadora su cruz. Y el nuevo mártir no era un Dios. Era no más que un hombre. No tenía por esperanza el cielo. Pues su cielo, si es que algún cielo llegó a soñar, como premio de sus torturas, aparecía siempre velado por nubes sombrías, dispuesto a lanzar rayos destructores. Un cielo sin gasas azules, sin sol y sin estrellas, ¿es un cielo? No diré quién es el mártir, ni tampoco quién es el verdugo. No puedo decir sus nombres. Pero el verdugo es una mujer, y el mártir es quién la adoró como un fanático, pero sin consuelo. ¿No habrá nunca para él un Sábado de Gloria.

FRANLASSVE

16 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La declaración

«Vivir es gozar»

Pepito Roldana es un estudiante, a quién su padre ha enviado a Madrid a estudiar leyes. Le ha señalado una pensión decente, que le permite alojarse en casa de huéspedes con principio y vino, costearse de vez en cuando una butaca de teatro, pagar alguna partida de billar fracasada, fumar tabaco no del todo humilde, sin apurar las colillas, y cenar dos o tres veces a la semana, en El Colonial.

Claro está, pues se sobreentiende con lo expuesto, que Pepito goza del inmenso privilegio de tener aún viva y activa a su madre, porque la bolsa paterna, siempre bastante cerrada para los muchachos, no se aflojaría, abriéndose hasta tocar en esferas que ninguna relación tienen con los estudios, sin la ternura, la solicitud y la elocuencia materna.

—¿Estudias muchas leyes?—le pregunta invariablemente su padre en todas las cartas, en que le gira unas pesetas.

—Si, padre—contesta Pepito también con frase estereotipada.—Estudio todas las leyes, divinas y humanas.

Y no miente. Os aseguro que dice la verdad a su padre, aunque os parezca algo sobrenatural y extraordinaria semejante práctica en un hijo, y, por añadidura, estudiante. Pero, ¿quereis saber las leyes divinas y humanas que Pepito estudia con tanta aplicación y tantísimo provecho? Leyes son, sí; y leyes divinas y humanas; pero ni son estrictamente las leyes dictadas por Dios al hombre, ni tampoco las promulgadas por los soberanos terrestres para norma de las sociedades.

Las leyes que estudia Pepito son las leyes del amor, que a la verdad, ni pueden ser más divinas, ni pueden ser más humanas. Pepito ha sentido su incontestable efecto una noche, durante una función de cinematógrafo. Sentada a su lado ha tenido, por espacio de una hora, a una muchacha encantadora, a una de esas señoritas madrileñas, o, aunque provincianas, aclimatadas perfectamente a la corte, que son un dechado de gracia, de corrección, de buen gusto. Una de

esas jóvenes encantadoras, en las que no es posible pensar sin tener envidia a los antropófagos.

Aquella noche se limitó a seguirla, a mirarla, a murmurar entre dientes palabras de admiración apasionada y a sorprender el paradero de la que ya imaginaba dueña absoluta de su albedrío. Y, como es lógico, aquella misma noche, ya en su cuarto, en vez de hojear a Heinecio, se consagró a borrar plieguecillos de papel de cartas, para escribir una a su ya furiosamente adorada. Pero una cosa es saber lo que se entiende por Ley Falcida, y otra expresarse en términos que una mujer comprenda y corresponda. ¡Cuánto le pesó a Pepito haber desdeñado los versos, como ocupación inútil, sándia, y hasta bochornosa!

Pero, la primera carta de amor no surgía. Mil pensamientos confusos de felicidad, de zozobra, de temor, de esperanza, se agolpaban en su cabeza, zumbando como un enjambre, hasta que concluyeron por aturdirle, marearle y hundirle en un abismo de tristeza. Entonces tomó una resolución desesperada. Y agarrando la pluma por última vez, escribió a su amada: «La quie-

ro como un burro». Y firmó. Luego se la entregó por la calle, en medio de las más inefables emociones. ¿Qué la ha contestado la joven? No lo sé. Pero si la réplica ha de corresponder a la demanda, ya adivinais vosotros la respuesta.

FRANLASSVE

17 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

BODA MADRILEÑA

“Vivir, es reir”

La alegría les empujaba por la calle. Iban en larga fila, los hombres detrás, delante las mujeres, hablandose a voces, de un extremo a otro de aquella serpiente humana, en cuya cabeza se agitaban los sedosos pañuelos de Manila, verdes, amarillos, blancos, de ellas, y a cuya cola se arrastraba la apiñada procesión de ellos, vestidos de obscuro. Enroscábase la cadena en las

esquinas, cortábase el paso de los coches, volviendo a ligarse a poco trecho, deteniéndose los delanteros, aligerando la marcha los rezagados.

Evitaban maquinalmente las miradas de los curiosos, que se paraban en corros para presenciar el desfile. Éste producía en los transeuntes impresión de interés; los ojos buscaban entre la bulliciosa caravana una persona, la heroína de la fiesta. Y cuando la descubrían, esponjada en sus ropas nupciales, temblorosa y avergonzada, continuaban su camino, recalentando ideas pícaras, dejando correr por los labios sonrisas maliciosas.

—¡Ahl... Una boda... ¿Cuál es la novia?.... ¡Vaya una hembra!.... ¡Quién fuera el novio!... A estas frases, pronunciadas aquí y allá por los distintos espectadores de la escena callejera, salidas de diferentes bocas, ya manchadas de fango, ya ardientes de codicia, seguían las comunicativas carcajadas, los intencionados empujones de hombros, que marcan el sarcástico criterio de todo público que se divierte. La comitiva penetró lentamente en un café, mirando a todos lados, indecisa sobre el lugar de su insta-

lación.

Sorda gritería, de la que se destacaban las voces aflautadas de las mujeres, acompañaba a aquellas evoluciones de multitud que busca sitio de acomodo. Chillaban los muchachos, encaramándose en las sillas, pateando los divanes. Bromeaban los convidados, pellizcándose, agarrándose de un brazo, abriéndose camino a empujones. Decrecía por momentos la chillería. De pronto se enredaba, subiendo de tono, cuando cruzaba el aire un fuerte vocejón, pronunciando una frase picante, que hacia terminar la regocijada karaúnda en risotadas breves, agudas como gritos de pájaro.

Se oyeron varias palmadas. Un mozo salió de la cocina, azotándole el mandil las piernas, echándose al hombro el trapo de limpieza. El padrino contó los asistentes, puesto de pie, inclinado sobre la multitud, con el dedo índice extendido, marcando cada uno que enumeraba con una raya en el aire. Nadie quería quedar fuera de la cuenta. Todos avanzaban el busto, ansiosos de ser vistos, entre la confusión de las agrupaciones. Cualquier incidente, chico o grande, era recibido con risas.

Hubo luego un silencio. Los chocolates humearon delante de los convidados. Los dedos cogían el pan con manteca o los bizcochos, zambulléndolos en la roja y aromática masa. Las bocas sonaron con chasquidos de glotonería, con rechupeteos de deleite. Los labios se pusieron lustrosos con la pringue de las tostadas. La desmembración de un bizcocho, empapado en chocolate, era causa de chuscos comentarios. Las servilletitas, retorcidas entre las uñas, mariposeaban sobre los trajes negros.

Y la picardia embozada, uniéndose al franco contento, espoleaba aquella fiesta de himeneo, aún en los instantes en que afectaba adormirse de glotona satisfacción.

FRANLASSVE

18 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

EL PERDÓN

“Vivir es llorar”

Muchos años, muchísimos; llevaba de llorarle perdido. Un siglo de dolor, de hastío, de despecho. Venía Rosario a cada momento retorciéndose de desesperación las blancas manos; y cuando sus labios, de ordinario rosáceos y frescos, ahora de ira amarga, secos y descoloridos, formulaban, en desgarrados gritos aquella pregunta, que se arrancaba de las entrañas; «¿Por qué me abandonó, pero por qué, aquél ingrato? No había en su conciencia una voz que le respondiera: «Porque eres fea, desleal, intratable».

No era en verdad, nada de esto. ¡Fea! No conocí hembra más guapa. Era hermosa, como quiera que se la mirase, semejante a esas estatuas que guardan, desde todos los puntos de vista, la armonía de sus líneas, el maravilloso hechizo de sus contornos. ¿Desleal? Nadie, ni la envidia femenina, ni la lengua

de las mujeres rivales, lengua que tiene filo de hacha de verdugo, se atrevió a rasguñar la pulida fama de Rosario. Eduardo, su pérfido marido, jamás pudo declararse a sí mismo hostigado por la punzante idea de una sospecha traidora.

Pertenecía Rosario a la raza de heroicas mujeres, en las que el sacrificio es cosa natural: amó al solo hombre a quién entregó su mano en el templo y su corazón en el hogar, y le amó castamente, idealizando la realidad de la vida conyugal, deshojando flores divinas en su hogar doméstico. Pero ¡como le pagó su esposol

—¿Ignoras que tu marido no te ama ya?—le preguntaban. Lo sé,—contestaba sencillamente.—¿Y no se te enciende la sangre?—Si, alguna chispa salta a veces en mi alma. Más el ardor que produjo un conato de indignación, es llama al fin que aviva mis sentimientos caritativos. ¡Hay tantas desgraciadas, tantas infelices que sufren más que yo! El infortunio sólo puede ser comprendido por el infortunio. Si por un lado soy desdichada, por otro soy dichosa, y lo soy, porque puedo entender el lenguaje de la

desventura. Quién ríe, no hermana con el que llora. En cambio, las lágrimas siempre fueron perlas gemelas, nacidas en un mismo mar: en el mar de la amargura.

Rosario, tenía la mano abierta a todo socorro. Un día fué enviada, por la asociación benéfica de que formaba parte, a visitar una sala, donde cierta mujer desventurada yacía enferma y miserable. En un jergón de lienzo, agujereado, de paja podrida, extendido en el suelo, veíase una mujer de aspecto cadavérico, arrebujaada sólo en las harapientas ropas que mal cubrían su cuerpo demacrado. No había en todo el zaquizami otro mueble que una silla viejísima, y en su roto asiento un cántaro con agua, y un mendrugo recortado en un extremo por los dientes, indicio de que el hambre había puesto allí su boca.

Acercóse Rosario a la enferma, y con palabras de consuelo dióle el socorro que la llevaba. ¡Qué hermosa debe haber sido esta joven!—pensó Rosario. Alzó la vista. En la pared, sobre la cabecera, un retrato había despertado su curiosidad desde que entró en la sala. Fijóse en él y ahogó un grito. ¡Era el retrato de Eduardo, su esposol La casera

que había observado a la señora, quiso satisfacer su curiosidad.

—¡Es el retrato del amante! —dijo

—¡Un mal hombre!

La enferma hasta entonces había permanecido silenciosa. Al oír llamar a su amante con aquel denigrante calificativo, se incorporó en su camastrajo y formuló breves y ahogadas palabras de protesta, con toda la ira que le permitían sus desfallecidas fuerzas. Rosario quedó estupefacta.

—¿Luego le ama esa mujer, a pesar del abandono en que la tiene?

—pensó con un poquito de celos.—

¡Y yo, que me jactaba de ser una heroína del sufrimiento! ¡Esta infeliz es más desgraciada que yo! La protegeré, la salvaré, la haré feliz, haré porque continúen para ella los días dichosos... ¡Y la perdonó! Y se declaró en sus adentros su más diligente protectora. En Rosario, el perdón era el último placer; placer divino que sobrenadaba en el naufragio de todas sus ilusiones.

FRANLASSVE

20 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

EL IDEAL MUERTO

«Tal es, a mi ver,
La ley del vivir:»

Yo tenía un amigo poeta. Un día me dijo casi llorando:

—No me hables. Hoy he sufrido una desilusión enorme. Estoy muerto. El ideal se acaba. Todo es prosa. Prosa vulgar y rastrera... ¡Hasta las mujeres!

Los ojos se le saltaban de las órbitas. Temblábanle los labios. Al andar tropezaba, como si de pronto se hubiera quedado sin vista. Estaba lívido. Respiraba con dificultad. Sus nervios experimentaban una tensión grandísima. Dijérase que se había vuelto loco.

¡Calma!—le dije con cariño.—Puesto que se trata de una mujer, ¿quién es ella?

Mi amigo pareció serenarse un poco. Y su semblante, fiel espejo en él de sus sentimientos, pasó rápidamente de la cólera a la manse- dumbre. Creyérase entonces su rostro un rostro en éxtasis.

—¿Conoces a X^{ooo}?—me preguntó con ansiedad.

—¿La poetisa?

—Sí.

—He oído hablar de ella, pero no la conozco.

—Si no la has visto, si no la has hablado, si no la has amado, jamás podrás comprenderme.

—Muchas gracias—le repuse, riendo.—Habla, no obstante y ya veremos.

Andando, andando, hubimos de llegar a una calle, cuyo nombre no hace al caso.

—Aquí vivía—dijo el poeta deteniéndose ante un caserón destaralado.—Aquí la conocí y amé. Un piso cuarto, amueblado con modestia. En las paredes, estampas, cuadros de labores de colegio, viejos retratos de familia. Por las habitaciones, muebles deslustrados, baratos, sillas de enea, butacas de percal rameado, mesas de pino. Pero, ¡tan limpio todo! ¡Y un perfume! Estaba yo allí como en la gloria. Por todas partes había flores. X no podía pasar sin ellas. Su ventana, particularmente, aquella ventana que caía al jardín del palacio inmediato; jardín a la antigua, con árboles que suben hasta las tejas, y

que daban fresca sombra a la ventana de X; aquella ventana era poema de aromas, de colores y de cantos,

Nunca faltaba allí música de pajarillos. ¡Cuántas noches me he embelesado yo en aquel sitio, junto los dos, casi respirando yo su aliento, escuchando los ruiseñores, contemplando la argentada y silenciosa marcha de la luna por el cielo adorándola a ella, a la niña divina; como un cristiano adora a la Virgen!

Te compadezco — me dijo — porque no has oído a X recitar sus versos. Sus poesías no remedaban ninguna escuela. Eran ella misma, Eran pedacitos de su corazón, giros de su alma, suspiros de su pecho, besos de su boca. Cuando de pie, veladas las pupilas de ternura, acompasando con su mano de nieve las cadencias rítmicas, cantaba, más que recitaba, aquellas íntimas confesiones de su espíritu, yo, fuera de mí, arrebatado a superiores regiones, postrábame de rodillas y besaba el borde de su vestido.

«Te idolatro», le decía desfalleciendo de placer. «Tuyo; seré tuyo toda la vida». Ella me miraba con inefable dulzura, y me alzaba del

suelo. Luego movía la cabeza tristemente, murmurando. «Eres un loco. Ya te he dicho que no puedo ser de nadie. Mi amor no es de este mundo. He de permanecer siempre soltera». ¡Y la ingrata... se ha casado... con un tabernerol Y no es eso lo más malo. Mi sílfide, mi huri, mi musa, la del talle de junco... se ha puesto gorda. No me preguntes... Gloria, fortuna, dicha, amistad... Todo me ha faltado. El amor era mi ilusión última. La transformación de X concluye conmigo.

Cuando vi a X, quedé estupefacto. No vi jamás mujer más hermosa, ni más risueña, ni más adecuada a su puesto.

—Decidídamen e — me dije — X no ha nacido para poetisa, sino para tabernera. ¡Pobre poeta amigol... ¿Por qué no tomar las mujeres como son o como ellas quieren ser?

FRANLASSVE

22 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

El alma del violín

«¡Y empieza al nacer!
¡Y acaba al morir!»

—No. No soy una cosa inanimada. Fórmame madera y cuerdas. Pero hay algo en las fibras que componen mi organismo, que escapa al análisis de los sabios. Yo soy, ¡oh, señores, que no más os fijais en la apariencia de los objetos! soy, por lo menos, la cuna breve y elegante, que, como incomparable tesoro, guarda y encierra un alma, a la manera que un estuche encierra y guarda una joya.

Y esa alma, que dentro de mí llevo, tened en cuenta que no es un alma vulgar, una de esas almas que toman habitación en cualquier parte, sino un alma superiorísima que no hallando por nido ningún seno de ángel, al ser desterrada a este miserable mundo, iba, errante y llorosa, volando, y buscó en mí, sedienta de belleza, de amor y de

armonía, el mágico palacio que le sirviera de mansión encantada,

Yo, a pesar de ser tantas las tristezas de la tierra, que en mis entrañas sonoras tienen eco tiernísimo, yo voy a las fiestas, donde relampaguea el oro y revolotea la risa. Voy solo o acompañado. Y con la melodiosa flauta, con el arpa conmovedora, componiendo un dulcísimo coro, alzo triunfante la amorosa canción que vagamente murmuran por lo bajo los seres que sufren el ansia de lo infinito. Esa canción es el canto del alma, de la que soy como marco, y que, al olvidar los caminos del cielo, posóse en mí.

Es un espíritu que, aunque a veces parezca mudo, nunca permanece dormido. Cuando el arte no evoca su auxilio, cuando yo estoy por mi pobre dueño tal vez olvidado en un rincón, dijérase que ha muerto. Pero no. Es que, cuando calla, sueña. Sueña mucho, sí. Sueña con todo lo que hay de hermoso en la vida: la voz de los pájaros, el incienso de las flores, la danza aérea de las mariposas, el cuerpo virginal de las muchachas de quince años.

Pero, aún entonces mismo, deja

todos sus sueños divinos, si el vibrante arco acaricia con un beso mis cuerdas, y el ardiente artista me estrecha entre sus brazos. Me estremezco, en esos momentos, de alegría. Jamás entre amantes hubo dicha comparable a la nuestra. El alma que en mí reside, cercana al oído de mi dueño, le cuenta sus penas delicadísimas, sus refinadísimos pesares, sus sutilísimos sentimientos de nostalgia implacable,

Por eso, sin duda, lloro más que río. Quizá, también por eso, mi figura es la de un ataúd pequeño. Delirios, quimeras, fantasías... De todo eso me nutro. Pero todas esas creaciones de la imaginación, semejantes a las notas, son ondas fugitivas, esplendores de un instante. Apenas nacen, mueren. «Ley de vida».

FRANLASSVE

23 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Noviembre acaba

Noviembre es un mes triste. Es el mes en que las pocas flores que quedan en el campo, doblan sus cabecitas empalidecidas, y exhalan su último suspiro perfumado. Es el mes en que las lenguas de los pájaros cantores se paralizan, dejando a los bosques, despojados de hojas, silenciosos. Es un mes traidor. Finge a veces invierno. Finge a veces primavera. Tiene nubes y flores. Es la despedida melancólica del año, que, después de haber brillado con las ardientes lozanas del estío, camina tétricamente hacia la tumba.

¡Pobre pájaro perdido! ¡Pobre ruiseñor que andas vagando en invierno! ¿Qué buscas? Ya no es tiempo de nidos. Un nido es tan raro encontrar entre las nieves, como una flor sobre los volcanes. ¡Desahuciado de la esperanza! Todo lo que era hermosura para ti, ha huido. Tus cantos desmayados se desvanecen sin eco por el espacio.

En balde entonas trovas. Las um-
brias de los pantanos, las concavi-
dades de las rocas peladas, los ca-
ñaverales segados, te responden con
risas burlonas, nadie te escucha.
¡Ni hasta el cielo! Allá duerme en
lo alto, envuelto en su manta de
bruma.

Ha sido tu destino cruel. Porque
con ala ligera te elevaste, remon-
tándote a las alturas, no tuviste
compañera en la tierra. El amor
tranquilo te fué vedado. Te lo dis-
putaron hasta tus hermanos. El
amor, que es ley natural, tesoro de
que dispone la más miserable po-
breza del mundo, siempre que esta
pobreza sea rica en juventud y her-
mosura; el amor, que tiene las dul-
zuras suaves del aliento en que ba-
ñan a las áuras sutiles las flores
perfumadas; el amor, que es el rayo
de ardores que torna el desmayo
aletargado del insecto, en vida
amorosa y fecunda.

El amor, que puede compararse
a un don celeste, por las divinas
delicias de que es océano sin fon-
do; a la nube, que puede ser iris o
tempestad, pero siempre una cosa
alta y libre; a la fértil linfa, que, na-
cida entre las estériles rocas, sube

rauda y pujante del seno de la tierra, y circula, abriéndose calle por los campos, marchando entre las filas de los verdes centinelas de los arbustos y las plantas que la saludan, como a una reina a su paso triunfante; te fué, trovador alado, en concurso de rivales denegado, por otro de mejor pico, de plumaje más vistoso o más rico.

¡Pobre ruiseñor! No pregones más en son blando tus tristezas. Muda tu canto en silbido de reptil o en rugido de fiera. Suspende tu melodía hasta que un nuevo amanecer ilumine al mundo; hasta que en esa rama escueta, en ese hogar desierto en que ahora posas los pies, las hojas, que simbolizan la vida, nazcan, convirtiendo los cementerios vegetales en bosques frondosos; hasta que el espacio se pueble de belleza, y no suenen a fúnebres endechas los cantos primaverales.

¿Por qué has de cantar tú? Nadie te oiría. Esta época es un mes de Noviembre perpétuo, en que las flores, como las ilusiones, se hielan; los cantores, como las esperanzas, están mudos, y los sentimientos nobles, como los hijos desconocidos, nacen para morir sin amor y sin nombre. Pero consuélate. No

vives tan solitario. También los poetas de esta edad son, como tú, otros tantos ruisenores de invierno. El sol está muerto, y su cadáver insepulto flota, helado por el vacío, en este agonizante mes de Noviembre.

FRANLASSVE

24 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Los húngaros

¡Qué hermosos y pintorescos son los alrededores de esta Málaga ideal! Cuando cansado mi cerebro por el trabajo, y ávidos mis pulmones de un poco de oxígeno, salí a pasear por las afueras, mi espíritu se extasió en la contemplación de los campos cubiertos de manchones verdes, los árboles despojados de su fronda, el arroyo entonando su rítmica canción en el umbroso y

tresco seno de su cauce, donde las ninfas viven, las mañanas y las tardes nacen y mueren en esplendurosos crepúsculos otoñales de violeta y arrebol.

Y cuando más absorto estaba en la contemplación, pasó junto a mí, una pareja de *húngaros*. Ella radiante de belleza y pletórica de vida, con su negra cabellera suelta, su pañuelo rameado, que dejaba casi al descubierto los abultados pechos, sus ojos negros y grandes como las profundidades del abismo, anchas caderas y una falda corta que indiscreta, permite ver hasta la mitad, soberbia y bien torneada pantorrilla, y al lado su macho, un mocetón fornido de rostro atezado, de arrogante presencia.

Cogidos de la mano, regresaban de la ciudad, y seguramente iban en busca de descanso, dentro de la *tienda* del compañero, nido de amores de la bohemia pareja. Al verlos, sentí por ellos gran simpatía; mi pecho fatigado por la irrespirable atmósfera del café, y mis ojos hartos de contemplar ridículas vestimentas impuestas por la moda, bufonescos saludos e hipócritas sonrisas, de las cloróticas niñas y afeminados pollos que discurren

por calles y paseos, sentí ante aquella pareja, a go así como una oleada de vida, de alegría, que hacía revivir mi alma y circular la sangre con mayor rapidez por mis venas.

Y sentí inmensa envidia de él, porque gozará de los zarpazos y caricias de aquella hembra, todo amor, toda verdad, mirándose en aquellos negros ojos y besando aquella fresca boca; y gran lástima de mí, al pensar que, a mi regreso a la ciudad, solo he de encontrar la insulsa conversación de maniqués vivientes, y la punta de unos dedos enguantados, que se apoyarán en mi mano con fingido recato, al hacer las grotescas contorsiones de un saludo, o una despedida. Son las dos humanidades, la fuerte y hermosa, donde en sublime matrimonio, van unidos los vicios y las virtudes; y la otra, la enclenque y raquítica, donde en repugnante concubinato, se lanzan la depravación y la hipocresía.

Las últimas tonalidades del día, recogíanse amorosamente en la nube rojiza, que ocultaba el ocaso del sol, bañando de rojo matiz las azuladas aguas del mar. Todo convergía en aquellos instantes a la en-

trada de la ciudad, iluminada por focos eléctricos que dibujaban sobre el pavimento, grandes discos luminosos, por los que atravesaban multitud de trabajadores, con sus músculos vencidos, pero cantando a media voz, sentidas malagueñas, matizadas con el más puro estilo.

A mi izquierda, divisábase *Martiricos*, con sus esqueléticos árboles en lontananza, bosquejando algo así, como un rebaño compacto, que camina con paso tardo y torpe, hacia el establo. ¡Qué hermosos y pintorescos son, los alrededores de esta Málaga incomparable, a la hora del crepúsculo otoñal!

FRANLASSVE

25 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

UN CRIMEN

Por las enarenadas calles del Parque, bordeadas de árboles, perfumadas de flores, iluminadas de sol, alegradas de cantos de pájaros, dos surcos, no muy profundos, largos y estrechos, se trazaban por el piso blando, húmedo y crujiente. Eran los surcos dos líneas que corrían paralelas. A trecho se deslizaban juntas, muy juntas; a trechos se separaban como enfadadas una de otra,

En ocasiones se enlazaban como en un abrazo; otras veces llegaban rápidamente a tocarse como el revoloteo de dos labios que rozan trémulos y furtivos otros labios. El agua juguetona y cristalina que resbalaba a un lado y otro de las arboledas por los canalillos de riego, habían ido repitiendo un diálogo, la conversación apasionada de un doncel y una señorita.

—¡Amparito, no me amas!—decía él.

—Tú eres, Manolo, quien nunca

me has amado—respondía ella.

—¿Yo no amarle? Desde que te vi, has sido tú mi único sueño. Para mí no han existido el día y la noche, esa separación que hace del tiempo la gente vulgar. Todas las horas son para mí iguales. Todas, a ti, están dedicadas. Nunca te veo ausente de mi pensamiento. Mis palabras, para mi Amparito son; lo mismo que mis ideas; lo mismo que mi vida entera. ¿No es esto amar-te?

—No; porque lo dices, El verdadero amor es mudo.

—Callaré si a ti te place, Dejaré los vocablos, siempre imperfectos. Pero... labios que no hablan necesitan besar.

Aquí las dos líneas dibujadas sobre la arena se apartaban enfurecidas. A poco rato tornaban a acercarse, a unirse.

—Dame esa prueba de amor—decía el mancebo.

—¿Cual?—replicaba la joven.

—Un beso.

—¡Qué atrevidos sois los hombres!

—Sí; somos muy malvados.

—Sois unos criminales.

Aquí, se suspendían los surcos. Abriase al lado un bosquecillo. So-

bre la yerba veíanse grabadas las pisadas de un hombre y una mujer. Huellas de ancha suela y huellas de tacones menuditos. Y un juez, de severa moral, al pasar por allí, hubiera tomado las dos líneas paralelas, los rastros de las ruedas de las dos bicicletas, por la pista de un crimen.]

Un crimen, sí: pero un crimen dulcísimo de amor, del que todos los hombres bien nacidos aspiran a ser feos.

FRANLASSVE

26 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

¿Para qué sirve tener corazón?

En Aranjuez, tuve un amigo, que no podía ver una desgracia sin hablandársele las entrañas, sin humedecersele los ojos, sin olvidarse de sí mismo, yendo en socorro del des-

venturado. Al sembrar el bien, no pensaba en la cosecha de la ingratitud, sino en la flor de su conciencia satisfecha. Así como otros se complacen en hacer daño, él gozaba en repartir beneficios. Era tierno, débil, generoso. Y aún cuando la perversidad humana le había dado constantemente terribles lecciones, ninguna le servía de escarmiento.

Pasó toda su vida consagrado al trabajo, y llegó a la muerte rodeado de miseria. Eligió por esposa una mujer adorada, y ésta mujer le fué infiel. No perdonó para sus hijos ningún sacrificio, y los hijos, apenas fueron grandes, le abandonaron. Todos sus compañeros se le pusieron delante en su carrera, y sin embargo, él valía más que todos. Recibía las injusticias de la suerte con sonrisas, no echando la culpa a nadie, recriminándose a sí mismo. Su existencia habría sido un martirio espantoso, si en su frente el picotazo de las espinas no le hubiera dejado una agradable impresión de besos.

¡Pobre amigo! Un día terminó su voluntario viacrucis. Puso fin a sus días arrojándose al río Tajo. Más hasta en la muerte le persiguió la

crueldad. El río le ahogó en su seno, y después, cuando aquel noble ser no era más que una cosa deforme, lo expulsó a una orilla. Y aún aquí, lo recibió algo que tenía con el hombre desdichado no poca semejanza. El cadáver apareció enredado entre unos juncos. Los juncos, tan frágiles como dóciles, tan inofensivos, cuya médula tan blanda los llena totalmente habían acogido en sus brazos al infortunado suicida, de corazón tan grande y tan sensible. ¡Misteriosa atracción de la Naturaleza! ¡Luminosa solución del enigma del destino! Aquel hombre había nacido para ser junco. De los juncos obtuvo en la tierra la primera caricia.

¡Oh, amigos, que aún caminais por este valle de engaños, de infamias y de tormentos! A semejanza del soldado que, en el combate, se despoja de todo lo que le estorba, si en la batalla de la vida os sirve el corazón de impedimento, no tengais piedad con él. Recortadlo hasta reducirlo al tamaño de una ave llana. No hagais caso de sus dolores, no escuchéis sus gritos, no mireis la sangre que pierda. Cercenad en él todo lo que tenga en dema-

sía. Si lo amputais por completo mejor será. Os alegrareis luego. Observareis cuán ligeros caminais sin corazón por los senderos de la vida.

FRANLASSVE

27 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

LA RISA DEL CONEJO

¡Qué agradable es vivir! Cuánto se goza—en medio de este mundo bullanguero,—que al son de la guitarra y el pandero—creyéndose feliz canta y retoza!—Van y vienen las horas y los días,—y a cada nueva aurora—que el horizonte dora,—nuevas vienen también las agonías—para el que triste sus desdichas llora.—Y aún con afán profundo—queremos prolongar el breve plazo—de la existencia que nos ata al mundo—con tan estrecho lazo!

Pero, no, que deliro--injusto condenando la existencia—como lazo fatal. Doquier que miro—hallo una flor de embriagadora esencia,—una flor de vivísimos colores—que azota el huracán en sus furorres.—Allí del tierno amor la fresca rosa—marchita el labio con impuro aliento,—para que, en vez de aroma, preste al viento—hojas sin rosicler la flor hermosa.—Aquí de la amistad brota y me encanta—otra fragante rosa peregrina,—que hue-lla con su planta—el que la nombra santa—al paso que inconstante la extermina.

Más allá... pero qué. ¿ya no recuerdo—que es forzoso reir para que ría—el loco mundo, que parece cuerdo—y me espera risueño en este día?—¡Oh, si, ríamos! que la suerte avara—da sus favores a subido precio,—y si un punto a mis penas me entregara—el mundo me llamára,—escarneciendo mis angustias, necio.—Ríamos; ¿y qué hacer? ¿No lo hacen todos,—y no exigen de mi que les fomenté—su buen humor con sátira mordiente—en varios metros y de varios modos?

¡Vaya! Truene el tambor y acuda el mundo—a ver el cuadro que

mi pluma traza,— mientras mi murria escondi en lo profundo—del corazón, que el mundo despedaza.— Venga y mire en mis labios—la risa retozar. ¡Cuánta alegría—aparento sentir! Qué bien expreso—la tranquila expansión del alma mía,—acostumbrada a perdonar agravios,— con todo el amor que a mi existir profeso.—¿Que reis ver con rimada vestidura—la envidia, el odio, la feroz venganza—derramando en la tierra la amargura,—en los pechos matando la esperanza,—a los hombres robando la aventura—y alzando en el inmenso torbellino— la voz tonante de su afán mezquino?

No, renunciad a verlos, y embriagados—en risueña ilusión, danzad contentos—al son de los alegres instrumentos—que apagan acordados—de tristes corazones los lamentos.—Suenen el pandero, pues; la bota venga,—y de bellas visiones el halago—olvide sus pesares quien los tenga—en el mágico edén que pinta el trago.— La dicha es ilusión, fantasma leve—que en nuestro anhelo sin descanso gira,—y que nos muestra, por instante breve,—con rostro de verdad lo que es mentira.

Sólo un bien hay real; el bien que nace—del bien que al desgraciado se dispensa,—bien que si al que lo obtiene satisface, con bien al que lo otorga recompensa.—Riamos, pues, que el tiempo me precisa—y con mi murria a batallar me alejo.—¡Hay momentos, par diez, en que mi risa—se parece a «la risa del conejo»!

FRANLASSVE

30 de Noviembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

LA CORISTA

Nota errante que va de teatro en teatro; rui señor que canta de noche, cuando canta, y no en todas las estaciones; muchacha que se pone postizos para parecer moza robusta, o mujer que se achica para igualarse a una niña; la corista mudando a cada hora de traje, es cifra y compendio de las profesiones inseguras,

efímeras. ¿Acaso es profesión, la profesión de corista? No; es un hueco que la mujer, desahuciada de la fortuna, llena, a falta de ocupación mejor. Es «uno de los modos de vivir que no dan de vivir».

El éxito de la mayoría de las zarzuelas contemporáneas se debe a la corista. Cuando se presenta en las tablas, formando un regocijado grupo con sus compañeras, se avivan todas las miradas, sonrien todos los labios, se regocijan todas las almas. Hasta dijérase que se animan más las «baterías» y hay más luz en el teatro. Y es que la corista, al cabo y fin, representa la juventud, la gracia, la vida, como la rosa, más o menos brillante y perfumada, representa siempre la primavera.

La corista suele proceder de buena familia. En su origen casi siempre hubo abundancia. Si escudriñais en su seno y le mereceis estimación y confianza, pronto os descubrirá una historia secreta, su historia; historia

que se confunde con la leyenda. Apenas hay muchacha de éstas que no se haya mecido en cuna de márfil y oro. Pero en los traqueteos de la existencia el márfil se rompió y se destiñó el oro, sólo quedando en el cerebro de la mujer desilusiones negras.

Más la corista canta, canta y canta. Ríe y se divierte, y revolotea como la cigarra, en medio de los ardores del estio de las pasiones, sin pensar en las crueldades del invierno de los desengaños.

FRANLASSVE

1 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

El año viejo

Muchas cosas nos anuncian que el año toca a su término. Pero, entre todas ellas, hay dos que inspiran particular curiosidad. Me refiero a los *almanaques* y a los *nacimientos*. Cuando estos aparecen al público, nuestra existencia se halla cerca de apuntarse un número más en la cuenta de sus años. Yo no conozco nada tan sugestivo, ni que haga pensar tanto, como un almanaque.

Es el tiempo, que no cesa en su carrera, reglamentado día por día. Es un pedazo de eternidad, encerrado en un libro. Es una cuenta de nuestra vida que va caminando, con sumas incesantes, hacia la muerte. Tiene, indudablemente, un almanaque, mucho de tétrico. Siempre nos está hablando de cosas perecederas. Por eso, quizá, suelen aparecer los almanaques rodeados de atractivos y adornos.

Se les suele hacer pequeñitos para que quepan en una cartera y lle-

varlos siempre consigo. Se les colocan apéndices utilísimos para romper la monotonía de su tradicional texto. Se les respalda, si es en forma de *taco*, de amenos juegos de ingenio. Se les planta, en fin, sobre un cuadro risueño para que alegren nuestras habitaciones. A veces, se les convierte en un volumen artístico, con dibujos y versos, para que sirvan de recreo y de ornato.

En suma se nos dora la amarguísima píldora de la vida. Porque no hay nada tan acerbo, tan repulsivo, tan sombrío, como ese eterno testigo de nuestra existencia. El almanaque y el reloj son dos huéspedes importunos e indiscretos, que debíamos desterrar de nuestras casas. Constantemente nos están marcando la hora y el día en que vivimos. Sólo en crueldad, puede comparársele el espejo. El espejo nos dice por la mañana, al levantarnos, la verdad de nuestras arrugas y de nuestras canas.

Los tres artefactos nos marcan las desilusiones, las debilidades, las flaquezas. El almanaque, el reloj y el espejo debieron ser inventados por la envidia. Pero no para todos es el almanaque motivo de melan-

colias o desesperaciones. Los jóvenes, al repasar sus hojas, hallan doquiera pretextos de venturas. Cada fecha sólo dice para ellos: *¡Esperanza!* Todos los días son fiesta. Las estaciones todas están llenas de placeres. Para la juventud no hay invierno. El amor reúne suficientes calores para derretir todos los hielos. Cuando el sol de la ilusión brilla en el cielo del espíritu, no hay vendavales que destruyan las flores que nacen en los vergéles de la fantasía. Para los quince Abri-les, el terminarse un año y empezar otro nuevo no es más que un aumento de felicidades...

FRANLASSVE

4 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

CANTATA DE INVIERNO

Ya el año toca a su fin, cansado y triste. Ya es viejo Ya de nieve, cual de canas la frente del anciano, se coronan las alturas. Todo es soledad, silencio y muerte, en la ensombrecida Naturaleza. ¿Dónde están los canoros pajarillos, que eran el hechizo de los bosques? Emigraron, volaron hacia climas más piadosos, en que reine la feliz primavera. ¿Dónde brotan las perfumadas flores, regocijo de los fecundos campos? Marchitadas, reducidas a polvo, a escoria inútil, han tornado a perderse en el regazo en que fueron engendradas.

Y el sol, el áureo sol, divino aliento de vida universal, aunque en Málaga está oculto breves instantes, aparece en estos cortos días, pálido, fosco, inac-

cesible, frío, igual que si se hubiera divorciado de su amada, la tierra. Ved el campo; es un infinito cementerio. Por eso, de allí se retira el hombre, y busca, en el hogar, caliente abrigo. El hogar, que en estío es una cárcel estrecha y displicente, atesora, con el invernal influjo, inefables seducciones.

¿Quién carece de un techo que cobije y resguarde? No lo tienen todos. Aunque sea perfidia abominable del destino, hay mortales más míseros que obscura almaña, a quienes siempre el cielo, para su afán, ofrece una guarida. El invierno por eso, sufre el odio del mendigo. En otras estaciones más benignas, puede una piedra servir de almohada, y de sustento un puñado de fruta. ¡Cómo place entonces vivir al aire libre! No reclama el cuerpo más vestiduras que aquellas que requiere la decencia.

La desnudez y el hambre, esos constantes compañeros del pobre, hallan, en ese tiempo, remedio fácil, satisfacción cumpli-

da Más, ahora, cuando rige el tiempo cruel con su aciago cetro, entrad en las viviendas tenebrosas. Presto allí el invierno se traslada. No es compasivo, sino impasible y duro como el hielo. Y, desposando al frío con la miseria, da por hijos, como hijos del averno, negras calamidades. La energía más potente, ante él, muere cobarde. Si él pasa, todo se paraliza: la flor y la bondad. Por único motor, aceptan los corazones el egoísmo, inspirando obras nefandas.

Tan solo se sonríe el poderoso. Y es porque, para su destemplanza, tiene lumbre; succulento manjar, si desfallece; ropas para sus miembros regalados. No importa que los vientos azoten los cristales de su espléndida morada, ni importa que la escarcha continuada haga intransitable los caminos. Sus tesoros burlarán las crudezas del tiempo despiadado, convirtiendo en deleite sus horrores, ufano gozando mullido lecho y confortable estancia, Más, para el

desgraciado, por suerte suya, no es perdurable el invierno. Aunque destruye, destruye en apariencia, pues, aunque oculta, vive y late la savia que germinará de nuevo al retorno de la radiante y amorosa primavera.

Pero ¡ay del caminante, que impulsado por la fatalidad busca un asilo, sin encontrarlo, cuando sorda ruge su infernal cólera! ¡Más le valiera no haber nacido en este mezquino mundo!

FRANLASSVE

6 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

EL PABELLON ESPAÑOL

No ha faltado esta mañana un rayo de sol...; un rayo del sol que alumbró en Lepanto o reverberó sobre el Garellano. que ha venido a rielar en las aguas del Puerto, a jugar por entre las flores del Parque. a quebrarse en las aceras

cuchillas de los infantes, a envolver en nimbos de luz los colores de la enseña bendita, que en la Plaza de la Constitución se alzaba gallarda.

A las once y cuarenta y cinco minutos, las fuerzas de la guarnición tomaban posiciones, en los puntos que previamente les habían designado. Un cuarto de hora después, en el preciso momento en que las campanas de todos los templos, elevaban a la Patrona de las Españas la salutación angélica, hendía los aires la nota vibrante de una corneta. Iba a comenzar el incruento sacrificio. Enorme muchedumbre de todas las clases sociales llenaban por completo el templo del Sagrado Corazón.

Allí, presente a nuestra mirada, entre el altar y el pueblo, enhiesto ante el Ara Santa, rendido ante la Hostia consagrada, recuerdo y esperanza, emblema y símbolo de un pueblo que fué, aliento de un pueblo que debe serlo a poco que quiera, llevaba todavía calor al alma el sol de doce siglos, eclipsado en el Guadalete por la luna agarena; resplandeciente en las Navas de Tolosa; en su zenit al pasar por encima de Granada; esplendoroso en Pa-

via, radiante en San Quintín, soberbio en Otumba, fundiendo unas veces los hielos del Escalda y las nieves de los Andes, cayendo otras sobre las arenas de Orán, caldeando el estro del poeta y el cerebro del hombre de ciencia, posándose maravillado sobre las torres del Escorial, timbre de una raza, ejecutoria de un pueblo y broche de un libro.

Y como si ese sol no bastara un día para dar calor a una corona, quiso otro, y en su carrera a través de la parábola gigantesca que trazara un imperio, sobre continentes y sobre mares, todavía quiso hacer satélite suyo al sol de los Incas, para que su luz refleja, invirtiendo el movimiento sideral, viniese a alumbrar a la madre España desde las mesetas del Perú. Después... se cerró el ciclo de su dominio: su órbita quedó tronchada por el huracán de los tristes destinos.

Otro toque de corneta anunció el augusto instante de alzar. Rindiéronse las armas que estaban presentadas; se inclinó la bandera ante el Sacramento; doblaron los soldados la rodilla, batieron marcha real músicas y bandas, y aquel cortísimo lapso de tiempo, al ver como

todo se humillaba ante el cuerpo y la sangre de Cristo, elevados por la mano del sacerdote, parece que el ángel de la esperanza aleteó en el corazón de los creyentes, de los que aman a España con amor entrañable, de los que hacen de estas dos grandes ideas, Religión y Patria, escudo contra la adversidad, fortísima palanca de heroísmos, fuente inagotable de virtudes cívicas, base única de regeneración, formidable ariete de estímulos y arrestos, piedra en que se consuman los más grandes sacrificios, idea que impulsa pensamiento que eleva, sentimiento que dignifica...

Terminó el incruento sacrificio y desfilaron las fuerzas. Si hemos de ser grandes otra vez, saludemos a la bandera y saludemos a la espada, y formemos con ambas la Cruz que tremoló un día sobre el pueblo, en cuyos dominios el sol no llegó a ocultarse. Como malagueños, como españoles, ansiamos que sea para ese pabellón bendito, el día de hoy, en que ha sido colocado entre el Ara Santa y el pueblo, entre el Dios de los Ejércitos y los soldados de la Patria, día inefable de gloriosa *Resurrección*.

8 de Diciembre de 1926 FRANLASSVE

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Crueldad del frío

No siempre los optimistas pronósticos de los astrónomos tienen realización; el buen tiempo se queda muchas veces en el almanaque. A desmentir su honrada palabra salen las pieles y las plumas. Las bufandas y los edredones hacen sentir sus necesidades en nuestro cuello y a los pies de la cama. Echarse a la calle sin llevar tapada la nariz con un envoltorio de pelo, es como hacer un viaje a la Siberia. Meterse entre sábanas y no soportar en las piernas el confortante peso de un monte de pluma, es igual a embanastarse entre nieve a uso de pescado.

No es esto decir que aquí, en nuestro clima, domine con imperio absoluto ese agente despótico de los polos, que amorata las

manos, aduerme la sangre y paraliza la acción de los nervios. Pero es indiscutible que experimentamos estos fenómenos del frío.

Los espectáculos de teatros y cines son casi los únicos que hacen llevadera la vida invernal en Málaga. La Naturaleza guarda los suyos para otros países. La nieve, por ejemplo, vuela, con sus alas de mariposa nacarada, de nuestra ciudad. En balde el Norte deja escapar de noche sus «vientecillos» de pulmonía. Ni las aguas se hielan, ni los tejados se cubren de cristal blanco. No podemos, ni por raro azar, darnos el gustazo de presenciar un paisaje noruego, «d'après nature».

Los trineos siguen siendo para nosotros como armatostes mitológicos, que solo vemos pintados, a semejanza de aquel terrible carro de los truenos, de cuyas ruedas, navegando como hélices en las nubes, salía la tempestad, en que iba Júpiter con látigo de rayos en la mano.

Sentimos algo así como una nostalgia de nieve. Es forzoso resignarse, pues, con los espectáculos artificiales que ofrecen los dioses empresarios. Quédense por allá los témpanos que sepultan al viajero; las cacerías de lobos en que adiestran su ferocidad los príncipes extrajeros. Hay la ventaja de no hundirse hasta las rodillas en nieve, ni correr el riesgo de romperse de un resbalón el espinazo.

FRANLASSVE

9 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Nacimientos

No deja de ser un consuelo, en medio de las aflicciones presentes ver que en los escaparates de las tiendas, aparecen, poniéndose a la venta, para regocijo de los niños,

los *Nacimientos* de corcho pintado, precursores de la fiesta secular del natalicio del Hijo de Dios. No pasa el tiempo por estos encantadores artefactos. Allí se ven los mismos pastores de barro cocido, las mismas estrellas de talco, los mismos riscos formados de papel de estraza, los mismos riachuelos confeccionados con pedacillos de espejo.

Y en torno de estos tradicionales juguetes se nota el mismo regocijo y la misma sorpresa de la infancia, para la que la vida todavía no puede extender ante los ojos sombras tristísimas, sino horizontes sonrosados. Todo esto, para las almas, que ya han avanzado bastante en el camino de abrojos de la existencia, ofrece singular encanto. Tiene algo de placer que se experimenta al volver a leer un libro que nos deleitó antaño en extremo. Es una página que se abre ante nosotros, siempre cándida y pura, hablándonos, con eternas palabras, de inocencia no perdida, de fé risueña, de esperanza virginal que no ha sufrido el roedor contacto del desencanto.

Para los niños, los sugestivos es-

plendores que rodean la Nochebuena, todo es contento y algazara. Zumba la zambomba, repiquetea la pandereta, y los tiernos corazoncillos de los muchachos bailan de gusto en el pecho. Es para ellos Navidad, la fiesta del júbilo gigantesco, con comidas opíparas y con asuetos libérrimos. Es en verdad su fiesta. Para las personas que ya peinan canas, suele ser también algo hermoso. Suele ser una reminiscencia melancólica, un retroceso agradable en la jornada terrenal; un nuevo rejuvenecimiento; un descanso refrigerante en medio de las arideces de las penas.

Por eso, todos, chicos y grandes, contemplamos con embeleso los *Nacimientos*. En las caras que aún no tienen barbas, despiertan una ilusión de dicha presente; en las mejillas, ya cubiertas de pelo nevado, resucitan la dulzura de un pasado delicioso. Y en todos, en todos los que no han marchitado la hermosa flor de las creencias, esas toscas representaciones de la Navidad de Jesús, ponen en conmoción el alma con el recuerdo, algo divino, celestial, gratisimo, que ya habíase olvidado.

10 de Diciembre de 1926 FRANLASSVE

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Empiezan las vacaciones

Los trenes cruzan, rápidos como centellas, sus caminos férreos, atestados de gente. La nieve que cubre los rieles salta en cristalinas explosiones bajo las ruedas del vagón. La atmosfera, fría, parece calentada por el vaho de fuego de la locomotora. Es cruel la estación, pero el viajero no repara en ello. Ya pensativo, ya sonriente, corre, corre enfundado en su abrigo, hacia el hogar donde se conserva, después del tiempo, de la ausencia y de los desengaños, una chispa de amor, una llamarada, siempre viva, en el pecho querido.

La Nochebuena es la noche en que el hijo piensa en su madre lejana; la hermana, en el hermano perdido; el aventurero sin casa, en el techo que cobijó su cuna. El egoísmo se derrite al calor de los tizones de la chimenea. Todas las distancias se acercan. En estrecho abrazo, se olvidan los rencores, la indiferencia, las venganzas, las culpas.

Cuando, alrededor de la mesa, después de regocijada comida, se levanta la copa con el vino del brindis, solo hay una voz para contestar: la voz del cariño.

En la Nochebuena se celebra el nacimiento de Dios y la reconciliación del hombre. Es una fiesta divina y una solemnidad de familia. Los niños la adoran porque en sus alcobas se levantan altares con figurillas de barro. Los hombres la desean porque en sus corazones, áridos y desecados por la edad, puede caer la frescura de un beso, la flor de una caricia, anheladas durante el triste desierto de la vida.

Los trenes, entre tanto, cruzan, rápidos como centellas sus caminos férreos, atestados de gente. El hijo pródigo, cansado de aventuras, con la hiel del desengaño en los labios, vuelve al hogar paterno, descubriéndose la frente en sus umbrales como a la entrada de un templo. El esposo que surcó los mares entre olas de tempestad y ahogo de ambiciones, acaso tan pobre como marchó a otras comarcas que le fascinaran mágicamente un momento con el brillo de su oro escondido, regresa gozoso a los

brazos de la esposa, con un cielo en el alma para sus hijos.

Todos los vagabundos de la vida, todos los pasajeros del mundo, todos los ausenten de nuestros afectos, se acuerdan en esta época que todavía tienen en la tierra un ser que participe de la propia satisfacción. Con el traqueteo del tren sueña una musiquilla agradable a los oídos del viajero, que parece murmurarle:

—¡Anda! ¡Anda! La felicidad te espera. Búscala en el hogar que abandonaste cuando hombre, donde soñaste cuando niño.

FRANLASSVE

11 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Sinfonías de Diciembre

La Lotería.—El sorteo por excelencia es el de Navidad. La ilusión que los millones del premio gordo despierta en todos los cerebros ambiciosos, conforta en algún modo la aspereza del invierno. Yo soy un sueño dorado que está arrullando al pobre durante un año. Por eso vengo a ser, de este modo, algo así como una justicia que se espera. ¿Habéis sido desafortunados en vuestras empresas? Aún os queda un número maravilloso. ¡El de la suerte! Luego, para las crudezas invernales, se necesita mucho dinero. Y nunca mejor puede ir a vuestras manos.

La habitación del pobre.—Si quereis pintar un cuadro que reproduzca mi imagen, derramad sobre mí todos los colores más negros. Si quereis formar una sinfonia que traduzca fielmente mis miserias, verted en torno mio las notas más lamentables. Soy el lugar donde se llora. Soy el refugio de todos los naufragos de la vida. Asilo elevado

por cima de las habitaciones donde se desarrolla la existencia gozosa, estoy muy cercana al cielo, para que los pobres que en mi se albergan, al perecer, tengan sus almas que recorrer poco camino.

En mi interior se retuerce la desesperación. Podrá ser taller del genio, como el pesebre fué la cuna de Cristo. Pero siempre soy mansión de tristeza. Envían hasta mí las sociedades sus restos. ¡Espuma turbia que flota un momento antes de desaparecer en los abismos! Aunque existo durante todo el año, sin embargo, en invierno es cuando aparezco con aspecto terrible.

En mí residen el lecho sin mantas, el hogar sin lumbre, la ventana sin vidrios, la noche sin luz, la boca sin pan, el cuerpo sin ropas. Venid, venid a mí. en invierno, los poderosos de la tierra. Con el espectáculo que presenciéis, aprenderán vuestros ojos a llorar, si vuestro corazón ha dado la piedad al olvido.

FRANLASSVE

14 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Los sueños de ahora

La Nochebuena fascina desde que empezó el mes. Quién, soñando con la lotería; quién, en las dos pagas de sueldo; quién, en el banquete con que ha de regodear las tripas; quién, en el aguinaldo con que ha de regocijar el bolsillo; todos, cada uno por un concepto, o por varios, o por todos a la vez, tienen fija la vista en ese día y en esa noche. solemnes en los anales de las almas cristianas y de los cuerpos epicúreos.

El que lleva jugado algo a la lotería, suspira por el premio gordo; el que anda rebañando sin tregua, aquí y allá para nivelar el presupuesto de su casa, siempre en *áficit*, se alegra por anticipado ante la perspectiva de doble mesada, aunque después se roa los codos, como no deja de suceder; el que pasó ayuno de toda pitanza extraordinaria el año, se lame de gusto, barriuntando un opíparo atracón de convite; el que, en fin, exhaustos todos los medios de pedir, necesita

un recurso, en cierto modo, legal, de satisfacer su desvergüenza, brinca de gozo, enumerando en su imaginación las bolsas hacia las que ha de tender la mano.

Fortuna improvisada, fiesta del hogar, gula gigantesca, pedigüeñería descarada... a todo esto sirve de capa la Nochebuena. Para muchos, los escaparates de las tiendas de comestibles son, durante estos días, su pesadilla. Trátase de festejar el nacimiento de Jesús comiendo lo mejor posible. La flaca humanidad anhela recibir a Dios con la panza llena. Cada escaparate de ultramarinos, de confitería, de almacén de licores, es una tentación.

Hay sistemas planetarios de quesos, rojos, amarillos, blancos, jaspeados. Hay bien surtidas baterías de botellas en pie, tumbadas, cayéndose, impacientes todas por disparar de su seno la fundida metralla de la borrachera. Hay carnes de cuantos bichos digeribles ha puesto a contribución la gula. Hay, en fin, todo ese océano de cosas gustosas, cuyos anuncios llenan ahora en los periódicos las cuartas planas. Y del escaparate a la cocina,

de aquí a la mesa, y de ésta al estómago, las ricas vituallas siguen un camino triunfal en casa del opulento.

FRANLASSVE

15 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Feiices y desgraciados

I

¡Que soledad tan grande hay en torno de aquel viejo!. Ha llegado a los sesenta años y no ha querido formar una familia. Temeroso de las opresoras ligaduras conyugales, dejó correr libre su existencia, saboreando mieles sin hieles, no deteniéndose sino donde había flores. Cuando la sangre circulaba, llena de ardores, por su cuerpo, y abrían las ilusiones las alas en su alma. y el sombrío horizonte de la vejez aparecía infinitamente lejano, el placer fué la sola norma de sus pasos.

No pensó nunca que faltaría alguna vez de su mano la copa de la alegría. Pero cana tras cana, arruga tras arruga, desengaño tras desengaño, llegó la edad provecta, y con ella, el frío de los afectos, la tristeza insondable, la soledad infinita. Vive con una ama gruñona, despótica, exigente. Va a cenar, en su desolado comedor, la cena de Nochebuena, sin regocijo, en silencio, casi con lágrimas en los ojos.

Y, abandonando la mesa, se retirará a su dormitorio, donde aburríéndose igualmente, no sabiendo que hacer, se meterá en la cama, desde la que, no pudiendo atraer el sueño, escuchará entre suspiros, el bullicioso estruendo de las calles, por las que el pueblo va pasando, sin acordarse de su pobreza, su júbilo, siendo más feliz entre sus harapos que el viejo solterón rico entre la pluma y la seda su lecho.

II

—Quiero cenar esta noche con toda la familia--dijo el obrero, ya anciano, que cuenta con numerosos nietos. Y, en efecto, todos sus descendientes se reúnen aquella santa noche en su casa, y alrededor de su mesa, donde, si no hay abun-

dancia, hay tranquilidad y amor. Acaso para que no se carezca de torrón, ha habido que empeñar alguna prenda. Pero ¡no importa! Lo esencial es vivir, y vivir alegre, y festejar las grandes solemnidades.

Corre el vino desde las botellas hasta los vasos, y desde los vasos a las bocas. Suena entretanto, con trepidante zumbido, el pandero; lanza a compás su ronca voz la zambomba; no se cansan las gargantas de cantar villancicos, y el entusiasmo crece y crece, y los hombres se sienten más mozos, y y las mujeres se vuelven más locuaces, y los niños, aunque avanza la noche, no experimentan sueño. Cuando ya se acerca el alba y las luces empiezan a amortiguarse, aún continúa la algazara en la casa del obrero.

En fin, hay que separarse. Algunos tienen que trabajar al día siguiente, y se despiden entre besos y abrazos deseándose muchas venturas hasta otra Nochebuena. El abuelo mueve melancólicamente la cabeza y exclama:

— ¡Quien sabe si será esta la última en que me vea entre vosotros!.

Pero, en fin, ya la presente la hemos pasado contentos.

FRANLASSVE

16 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Felices y desgraciados

III

Hace año y medio que se unieron sus corazones ante los altares. El amor les ha dado un hijo, un niño precioso. El trabajo, la inteligencia, les ha proporcionado alguna fortuna. Han cenado teniendo a su mesa varios amigos íntimos. El clásico pescado ha ofrecido su deliciosa carne a los comensales, dentro de la prolongada «tartera», henchida de apetitosa salsa. Se ha cenado rica y gustosamente. La ventura más completa ha reinado durante el tradicional banquete.

Más, la mayor felicidad ha sido para la madre. Después de cada plato, no ha creído que seriale de provecho lo que comía, si no devoraba a besos a su hijo. Y labios con labios, la madrecita besa y besa aquella boca de rosa, y quisiera transmitir en aquel cuerpo, al que ha dado su sange, su alma. ¡Que hermosa es la Nochebuena transcurrida de este modo! Los amigos han regalado al niño diversos juguetillos. Y aunque todavía por su tierna edad no es capaz de recrearse con los atractivos que ofrece a las imaginaciones infantiles un «Nacimiento», allí sobre una mesa, se ha instalado un precioso risco de cartón y corcho, con su portal de Belén, sus Reyes Magos, su estrella de rabo, sus pastores y ovejas, todo en miniatura.

Se habla del porvenir del niño. ¿Qué será? ¿Un artista aplaudido? ¿Un caudillo victorioso? ¿Un industrial opulento? ¿Un sabio famoso? Se hacen conjeturas, se emiten opiniones en torno de aquella cuna, de aquel ser tan bello y tan frágil, y hasta confusamente aparece el temor de que aquella incipiente carrera humana, pudiera terminar

en algo triste y doloroso. Cristo, cuyo nacimiento se celebra esa noche, ¿no murió en un patíbulo? Pero la madre no quiere afligirse. Destierra toda idea negra. Y exclama, volviendo a sus apasionadas caricias:

—No deseo que sea mi hijo, sino mi hijo del alma, siempre a mi lado, para que, cuando yo sea vieja, me coja en brazos y me meza, y me aduerma, como yo hago con él ahora.

FRANLASSVE

17 de Diciembre de 1926

Bibliografía

Hugo Leube.—«Málaga. Los malagueños y sus costumbres, vistos por un alemán».—Un volumen de 39 páginas, de 19 x 13.—1926. Imprenta Zambrana. Málaga.

Con estilo brillante, vivo y conmovedor, nos pinta Hugo Leube lo que en realidad es Málaga, no como la presentan los publicistas ex-

tranjeros. Desfilan como cintas cinematográficas, seductoras descripciones de la Caleta, Avenida de Píes, Limonar, de las playas con la salida del copo, Balneario del Carmen, Miraflores de El Palo, La Cala, y de los jardines de la Concepción y El Retiro.

Los relatos de las verbenas, fiestas de carnaval y Semana Santa, están hechos con un verismo tal, que el autor nos hace sentir la complacencia que experimentamos en la lectura de escenas vividas; su lenguaje florido, sus imágenes, sus apóstrofes a los que creen en la incultura de Málaga, sus plácidas exclamaciones, sus transiciones bruscas, y más que nada una gran imparcialidad al juzgar los sentimientos caritativos y hospitalarios de los malagueños, y una profunda sinceridad, son las cualidades más salientes del narrador.

Mucho se ha escrito sobre este tema por propios y extraños, y aunque es cierto que el asunto se presta a variedad infinita de consideraciones, Hugo Leube ha logrado sabiamente, reunir lo rigurosamente cierto y hacer nuevas reflexiones sobre este asunto en un libro muy

pequeño y que sin restricciones de ninguna clase recomendamos.

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Felices y desgraciados

IV

—Señoras y caballeros, una limosna por Dios a ésta pobre mujer, que no tiene que comer esta noche.

Vieja, achacosa, harapienta, va por calles y plazas deteniéndose en cada esquina y ante cada transeunte. Su voz, al formular su petición de socorro, tiene temblores de llanto. Es muy desgraciada; carece de pan, de hogar, de abrigo. Y, en esa noche de universal alegría, ella es más infortunada que nunca, pues con su miseria presente viene a pesar, sobre su espíritu acongojadísimo, su pasado venturoso.

Además, el espectáculo del regocijo ajeno, aunque no despierta en ella la envidia, imprime una acusación desconsoladora en extremo: la sensación de su incomparable abandono. ¡Qué años aquellos de su juventud, en que su cuerpo, lleno de belleza, iba cubierto de lujosas telas; en que su estómago estaba siempre ahito de escogidos alimentos; en que las joyas más preciadas ornaban su cuello, sus manos, sus orejas!

¿Es posible que todo eso haya pasado para siempre? Si. Huyó con su hermosura. Y habiendo derrochado sus riquezas a par que sus gracias, ya en la vejez no le resta más que la vergüenza y el quebranto. Pero, es al fin un ser humano, y como tal, está dotado de sensibilidad. Por eso, en esta noche, en que todo el mundo se divierte, ella sufre, sufre horriblemente; y casi, entre sus súplicas lacrimosas sale envuelta una amenaba o una maldición.

¿Qué cena le espera? No lo sabe. Quizá el hambre. En fin; a fuerza de rogar y de rehuir la presencia de los guardias que pueden detenerla, ha reunido un poco de cobre. Y la

antigua muchacha que cenaba en la Nochebuena en los mejores «restaurantes» malagueños, se entra ahora humildemente en un figón, y deslizándose como una sombra, toma asiento junto a una mesa mugrienta, y pide en tono vergonzante:

— ¡Una ración de sopa de rapel

FRANLASSVE

18 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La hora de la alegría

Los muchachos zancajeaban por las calles, aporreando con sordos estampidos los panderos; redoblando graciosamente en los tambores; haciendo hablar, en voz ronca, a las zambombas; gritando en tonillos aflautados coplas y villancicos al son de aquel estruendo. En estos momentos los niños sin padres son como ángeles desterrados del cielo y de la tierra.

No ven en sus manos los juguetes vistosos, gloria de la infancia. Carecen de mesa donde sentarse en ronda jubilosa, recibiendo un abrazo por cada monería. Es el instante en que abren realmente los ojos a su orfandad, abriéndolos para derramar lágrimas. La Nochebuena de los huérfanos infantiles es la noche del infierno de los ángeles. Más la Nochebuena está consagrada por la tradición como noche santa de la humanidad. En ella las desgracias simulan tener una tregua.

Todas las puertas se ponen de par en par para dar el paso al amigo, al pariente, al hombre con quien nos unía algún lazo, que se creyó roto. La mano del mendigo encuentra, con más frecuencia que en otra época del año, la mano que socorre. La pobreza suele echarse esta noche en su capa de miseria un empujando de hartura. No todas las delicias de las tiendas de ultramarinos van a parar al estómago del ahito. El hambriento puede una vez cada año dejar de coscurrar el pan duro y saborear el mazapán.

El tendero, con su magnífico escaparate y su surtidísima tienda, es la golosina, la seducción, el talis-

mán de todos los mortales. En su maravilloso dominio se encuentran todas las jerarquías que rigen la gula. Cada región envía su producto riquísimo, alineándose codeándose la aceituna con el queso, el Jerez con el Champagne, el faisán con la sardina, la dulzona mantecada con el picante pepinillo.

Todo e lo viene vestido de gala, en brillantes botellas de cristal, en tarros de lustrosa porcelana, con flecos de papeles de colores. El sueño pantagruélico de Jauja tiene relidad estos días en cualquiera de esas tiendas, ampavesadas de succulentos comestibles, frecuentadas en tiempo normal de criados y sirvientas y ahora vitadas por damas y caballeros de lo más encopetado.

FRANLASSVE

20 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La cena de Nochebuena

Ya se está pensando en ella. Se visitan las tiendas de comestibles, escogiendo provisiones. Regodease de antemano el estómago con los sabrosos y abundantes manjares. Prepáranse las almas para el regocijo. Se busca y se atesora, con más ansia que nunca, el dinero. Es menester celebrar a todo trance la gran fiesta de la glotonería, Todo parece dispuesto al magno júbilo. Los empleados reciben sus pagas más pronto.

El comercio se anima extraordinariamente, poniendo toda su inventiva en el anuncio y en el escaparate. La lotería exhibe su mágica perspectiva de fortunas fabulosas. Toda la tierra se conmueve, se agita, hace ostentación de sus productos. El mar envía sus pescados; el campo sus aves; los huertos sus frutas; las bodegas sus vinos. Dijérase que para la cena de Nochebuena no hay bastante comida en el mundo,

Mas, no en vano, en esa noche se conmemora el nacimiento de Cristo. No es una fiesta solo de la boca; lo es también del corazón. El espíritu se vuelve al pasado, y recuerda seres queridos, y, tal vez, lejanos. En el pecho mas esteril para la caridad, retoñan ciertas blanduras que, extendiéndose hacia los ojos, amagan resolverse en lágrimas. Como un ángel enviado del cielo, la piedad abre sus alas, penetra en los hogares, inspira, en todos los ánimos, dulces sentimientos.

Se mide la mesa del comedor y resulta estrecha para los comensales. Hay que contar con los parientes olvidados, con los amigos sin familia. Hay que pactar la paz con nuestros mismos enemigos, mientras se trincha el pescado de Nochebuena y se adereza el pavo de Pascua. Quien en esa noche santa, cuando zumban las zambombas, sonajean las panderetas y se cantan los alegres villancicos, guarda la mas leve espina de rencor en el seno?

FRANLASSVE

21 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Si no les toca la lotería..

Mis vecinitas, hechiceras muchachas, que son el embeleso de sus padres, la admiración de sus novios, la delicia de cuantos ojos las contemplan, me han dicho esta mañana, que de no tocarles un premio gordo en la lotería, quisieran convertirse en flores. Y ¿qué flores? Porque hay tantas flores en la tierra como estrellas en el cielo. No me ha suministrado esta estadística perfumada y luminosa ningún botánico ni astrónomo. Estas cosas solo pueden ser adivinadas por la poesía que anota en un libro de oro, por medio de armonías y de imágenes, todo aquello que escapa a la ciencia humana. Pues bien, decidme: ¿qué flor ambicionais ser cada una, en el caso de no tocaros la lotería?

Y me respondió Conchita, que es soberbiamente hermosa, locamente alegre y febrilmente apasionada.

—Yo me moriría por ser rosa. No hay flor como esta. Es la reina de los jardines. Ante ella palidecen todas. Es una flor completa. Son de seda sus hojas, su matiz es un encanto de la vista. Su perfume llega hasta el alma. Pocas rosas mueren de viejas. Las mariposas las reconocen a distancia y las eligen para sus besos. Las fuentes extienden bajo ellas sus más puros cristales para que les sirvan de espejos. Los pájaros junto a ellas se posan para que sean sus cantos más inspirados.

—Si—repliqué.—Pero tienen espinas las rosas.

María Luisa, que es una joven delicada, soñadora, ideal, tomó a su vez la palabra:

—Yo anhelaría ser siempreviva. La siempreviva es como el alma, que nunca muere. Ella es el símbolo de la constancia, de la fidelidad, de la compasión. Las otras flores, las flores más espléndidas, se marchitan al cabo, se cansan de exhibir su vana hermosura, mientras que la siempreviva continúa perenne, imperturbable, bajo el azote de los vientos y la asolación de las lluvias.

—Sí— contesté.—Pero la siempreviva tiene la tristeza por perfume.

Carmela, que es una niña angelical, humilde, candorosa, emitió su opinión finalmente:

—Yo me contentaría con ser violeta. Sé que la violeta es la flor más modesta que se conoce. Su timidez es tan extremada que, aunque enamorada del sol, como todas las flores, apenas se atreve a asomar su cabeza por entre las yerbas que le rodean. Permanece recluida en el rincón donde nace. En cambio su aroma es tan penetrante, tan exquisito, tan puro, que por él se le descubre a distancia. Semejante a la virtud verdadera, no necesita de ningún atractivo para ser, en su pequeñez, dulcemente seductora.

—Si — repuse.—La violeta no tiene espinas y tiene perfume. Es una flor adorable.—Y añadí luego:—Muy linda es la rosa; más una mujer que fuera como la rosa, flor tan espléndida como efímera, desgarraría el corazón que se clavara en sus espinas. Muy tierna es la siempreviva más una mujer que se pareciera a la siempreviva, flor que se consagra a la religión de las ideas supraterrrenales, asfixiaría de angus-

tia al alma que se enlazara con ella. La violeta, en cambio, tan sencilla como hechicera, tan espiritual como pegada al suelo, es la flor que debía servir de modelo a las mujeres. Y... ¡Dios quiera que os toque el «gordo!»

FRANLASSVE

22 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

EL ARBOL DE NOEL

Fecha terrible es la de Navidad. La caridad, que se despierta indudablemente en tal día, rociando aquí y allá actos generosos, ha sido al fin bastardeada, provocando abusos deplorables. Con la hermosa aparición de la Nochebuena vienen dos fantasmiones, asombro y pasmo del mundo civilizado. Son aquellos el Regalo y el Aguinaldo. La Pascua, más que por otros

indicios, se señala por la innumerable cantidad de peticiones, en todos los tonos y en todas las formas, que asedian al pudiente. No pocas indigestiones de Nochebuena reconocen por causa el próximo zarranqueo que los pedigüños preparan al bolsillo del prójimo.

Un encanto ofrecen, con todo, nuestras costumbres en esta época; encanto destinado a los niños. El árbol de Noel mirase ya armado con sus frutos de juguetes en las casas ricas. A su sombra, mocitos y mujercitas distinguidos, hacen su entrada en la sociedad y celebran su primer baile.

Adanes y Evas en miniatura empiezan a hablar el lenguaje de la galantería bajo este árbol de un nuevo paraíso. En este Edén, tapizado de alfombras e iluminado de arañas, rien y charlan los niños junto al árbol de Noel, sin temor a la serpiente. La manzana para ellos son los confites; acaso el demonio sea la nodriza. Pero están defendidos por una legión de ángeles, tan denodados como amantes: ¡sus madres!

FRANLASSVE

23 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

La Natividad

Nadie olvida que esta noche se celebra un hermoso suceso. Allá en Judea, muchos siglos há, vino al mundo, teniendo por cuna un pesebre, el Redentor de los hombres. Arrojóle a aquel abandonado rincón la ingratitud humana. Pero, como el enviado divino llegaba con una misión sublime, con la misión de salvar al género humano, su aparición no debía pasar inadvertida.

Y los pastores de las cercanías acuden, con sus homenajes, a postrarse ante el grandioso niño; y los reyes de lejanas comarcas se encaminan hacia el modesto establo, convertido desde aquel momento en sagrado templo, y reconocen en el recién nacido al monarca de los monarcas, al soberano de la tierra y de los cielos. Si; regocíjense los mortales en esta noche bendita.

Lancen al viento sus cantos de alegría. Ha descendido a este mezquino suelo el Mensajero de la paz.

Desde esa hora el hombre no será esclavo de nadie más que de su conciencia. Llénense los platos de manjares; rebosen las copas de vino; enciéndanse todas las luces. Es menester recibir dignamente al celestial huesped que nos trae la ventura del alma.

Hay que pensar, con todo, en la vida. ¡Una oración a los muertos! Después un recuerdo a los vivos. No es lícito que el poderoso en esta noche cubra los manteles de su comedor con ricas viandas para su solo regodeo. Es menester que haga participar de sus placcres a los necesitados. Y así suele suceder, por fortuna. La cena de la Natividad, fiesta del espíritu, tanto como de los sentidos, ablanda los corazones.

No hay nadie que no sueñe, mientras come, en que comen todos. Podrán los árboles, semejantes a esqueletos, estremecerse tristemente con el frío soplo del viento invernal; podrá el firmamento aparecer sombrío con sus estrellas apagadas, tras los tupidos velos de las brumas. Pero, allá, en las familias, hay calor, hay luz, hay cariño. No, no deben darse al olvido en esta

noche, durante la cena, a los infelices, a los desheredados, a los hambrientos.

Llegue la limosna al corralón, a los hospitales. Bajo Dios, todos los hombres son hermanos. Porque nada hay tan desconsolador, para el pobre corazón humano, como considerar que se está afligido cuando todos ríen, que se está moribundo cuando todos viven, que se está solo cuando todos se encuentran acompañados.

Cenemos, sí, opíparamente esta noche ya que así lo requiere la costumbre. Pero preguntémonos antes del primer bocado: ¿Conozco alguien que padezca hambre, que se quede solitario, que sufra mientras yo gozo? Si en la respuesta permanece tranquila nuestra conciencia, acerquemos ávidamente los platos, bebamos hasta la embriaguez, cantemos hasta que la voz salga ronca de la garganta.

¡Cena de Natividad! ¡Cena de amor y de júbilo! ¡Cena de expansión y hartazgo! ¡Qué deliciosa eres efectuada en medio de personas queridas! ¡Qué amarga, que cruel, que indigesta, en medio del sibarismo del egoísta, de la penuria del

indigente, de la soledad del olvidado!

FRANLASSVE

25 de Diciembre de 1926

Bibliografía

Julio Bernácer.—«La novela innovelable».—Editorial Caro Raggio.—Madrid.—Un volumen en 4.º XII.—295 páginas.

No conocemos al autor de esta novela, pero ha sido tan intensa la emoción que nos ha producido la lectura, que vamos a escribir unas cuartillas hablando de ella. Porque novelas escribe ya todo el mundo, menos los novelistas; pero una como «La novela innovelable», no. Hay en sus páginas tanta ternura, tanta vida, tanta sensibilidad y tanta noble inspiración, que al leer sus páginas no tenemos más remedio que decir que en el señor Bernácer hay un artista, un gran ar-

rista que puede hacer obras no a la nueva usanza, sino a la de los grandes escritores que nunca convirtieron la literatura en vil oficio entre celestinesco y pornográfico.

Saltando los límites de la discreción queremos opinar de los escritores en general, y esto, que en otro momento, dicho por un hombre ignorado, podía parecer avilantez o locura, hoy no lo es. Es este un momento en que en todos los sectores de la vida nacional lo que se precisa son voces desconocidas gritos estentóreos que salgan de vidas ignoradas, rojas con la llama de algún ideal.

Nuestra literatura sonroja. Dentro de ella hay un número de nombres ilustres tan corto, que bastaría un renglón para abarcarlos. En cambio, sería interminable la lista de *despreocupados* que medran al amparo de esta complaciente matrona. Porque hay quien, a despecho de ayunos y de privaciones, va a la literatura con el alma encendida como se va al encuentro de la primera novia; que este arte diabólico tiene el tono imperativo de la llamada de un hijo. Pero hay quien va a ella, como podían ir a matar el hambre con lo que caiga.

Los tales abortan a diario esperpentos, a los que llaman novelas realistas, y si la policía les sale al paso, invocan que, en un país en donde se ha escrito «La Celestina», es un escarnio prohibir esta clase de literatura. Tienen el cinismo de proclamar que esto es como *aquello*.

Doblemos la hoja, entremos en materia y saturemonos de romanticismo que hay en «La novela in-novelable» que ha tenido la rara habilidad de admirarnos a nosotros, que hace mucho tiempo que no admirábamos nada.

UNA IMPRESIÓN DIARIA

PASARON LAS PASCUAS

Han pasado las Pascuas. Lo que no pasan, son las ilusiones de un compañero mío, que es un bebedor incorregible. El otro día me decía, pleno de entusiasmo: —En estos días, los descendientes de Noé es-

tamos de enhorabuena. ¡Qué hermoso es el vino! Sin él, el hombre sería un pellejo de agua. Con él, es una máquina de energía, un horno de ilusiones.

«Cuando el vino va mezclado con pólvora, produce la gloria militar. Cuando va impregnado de besos, hace sonreír al amor. Cuando va acompañado de succulentas magras, es procreador de salud, de vida, de anchos pechos, donde los pulmones funcionan con cadencia amplia, elástica, poderosa. ¿Qué vino es el mejor? Todos son buenos, menos los malos.

«Blanco o negro; del color del oro o del matiz de la violeta; uno y otro, el Jerez y el Valdepeñas, brillan, con incitante provocación, entre las redondas paredes del cristal de una copa. Donde hay una botella, está la alegría. Cuando un tapón salta, el corazón brinca. Para los oídos de un buen bebedor, no hay salva que resuene con más enardecedor entusiasmo, que el tiroteo de los corchos que oprimen el Champagne en su cárcel de vidrio.

«No es de olvidar tampoco, bien que más democrática y silenciosa,

la esbelta caña de manzanilla, esa azucena de oro verde. En manos de una macarena es un talismán de venturas, un surtidor de gracias, un nido de coplas. ¡Ole ya! ¡Viva el vino! ¿Qué sería el mundo sin él? Un valle de perpétuas tristezas. La alegría del cielo desciende a la uva por medio de los rayos del sol, que maduran el pámpano y endulzan el racimo.

«Si aún no somos felices por completo, es porque todavía hay labios que no pueden en vino aplacar la sed. Aún el vino cuesta dinero. Aún no corre como agua de las fuentes. El día en que el vino llene nuestras tinajas, expulsando de ellas el líquido de Torremolinos, ya no será entonces un sueño imposible la dicha terrestre. La tierra será un paraíso.»

Por desgracia para mi compañero de oficina, no le ha tocado un céntimo a la lotería, ni ha habido paga extraordinaria, ni Matatías que le preste; de suerte que ha sido irrealizable su paraíso soñado.

FRANLASSVE

27 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

EL BRASERO

Ayer, contra mi costumbre, me vi precisado a encender el brasero. Con el paso temblón de una enferma, mi gata venía a calentar su colgante vientre de vieja junto a la brasa. El fuego traía el sueño. Y la silenciosa compañera de mis noches invernales, se lamía, entornaba los ojos verdes, arrullaba con cadencioso ronquido, y se enroscaba sobre la tarima. Parecía entonces una bola de lana.

Mis pies recibían también el agradable vaho de los carbones encendidos... Cuando una cúspide de blanca ceniza cubría y sofocaba la lumbre, con la punta de la pluma, conque yo describía escenas primaverales, rasgaba la deleznable corteza, y el cisco enrojecido se abría como una granada.

Una ola de ardores subía por las plantas y congestionaba las piernas. Todo estaba cerrado, todo; puertas y balcones. Y yo suspiraba por el cielo azul, por los árboles

con flores, por las calles bulliciosas. La edad con sus achaques, el trabajo con sus tiranías, me tenían prisionero en mi hogar. ¿Puede ser alegre un hogar que es una cárcel?

El calor del brasero no llega al alma. No hay brasero que caliente si no hay fuego en el corazón. Pero ¡oh dichal Esta mañana, al salir, recibí un beso en la frente. Era el sol. Y al medio día, al entrar, recibí otro beso. Era mi hija. Ya, para mí pueden apagar todos los braseros del mundo. Aún puedo vivir otra primavera por que tengo quien me quiera.

FRANLASSVE

28 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

Los compadres

Como resto de usanzas patriarcales, todavía se hacen las cédulas de compadres para Año Nuevo. Son estas como una lotería del amor, o, expresándonos con más propiedad, del matrimonio. La suerte decide quien ha de ser novio o novia. Escritos los nombres en éstas cédulas, dobladas y zarandeadas en un sombrero, la mano ciega (todas lo son) del azar, forma muchas veces un enlace conyugal que empezó en juego.

Antes los novios tenían gran fé en estos sorteos. Verdad es que se hacía lo posible porque cada cual *cayera* con su prometida. La industria de tales papelitos estaba en boga entonces; ahora se lamenta del exigüo consumo de su producto. Alrededor de una bien calentada camilla, reuníase la clase media en estas noches de frío, consagrandó toda su atención a tan importante niñería.

A cada papeleta que se desplegaba, hermosas caras de muchachas se empurpuraban o se tenían del color del marfil, según que las animase el amor gozoso y pudibundo o el despecho y zozobra del no acierto. Filas de perlas lucían cuando la casualidad constituía una pareja grotesca. Sobre todo, si el agraciado era buen mozo y su compañera no bonita. La ley era terminante; el galán tenía que comprar dulces a su dama.

Yo se de muchas solteronas, desdentadas o tuertas, o con otros alifafes, que en sus cuarenta años solo han vivido estas noches. El tiempo restante permanecía para ellas olvidado y muerto, como transcurrido en una tumba. Ya también va cayendo en desuso esta ilusión engañosa del amor. Pronto será piadoso matar a las viejas que no se han casado ni aún en juego, para consolarlas del tormento en que las sume la nostalgia del edén vislumbrado y no poseído.

FRANLASSVE

29 de Diciembre de 1926

UNA IMPRESIÓN DIARIA

EL "FRÍO," EN MÁLAGA

Apenas el ánimo la lectura de la Prensa. Sin duda el cielo, que ama la paz, que lanza sonrisas de amor, que se complace en verter todas sus más cristalinas claridades sobre las lobregueces terrenales, ha fruncido el ceño ante los rencores malsanos de los hombres, y ha desplegado cuantos recursos están a su alcance para evitar la nefanda injusticia humana.

A unos pueblos envía lluvias pertinaces, que enfangan los caminos, haciéndolos intransitables; a otros, vientos furiosísimos, que estremecen árboles, edificios, el suelo mismo que sirve de base a los pies, alzando trombas de arena que sepultan a los caminantes; días parecidos a terribles noches de invierno, y noches semejantes a eternidades caliginosas de infierno.

En otros puntos, cae la nieve tranquila, lenta, silenciosa. Cae co-

mo una buena obra. Creyérase que, al caer, sonríe. Es, en efecto, una vasta sonrisa, una sonrisa cándida, una claridad congelada, una lluvia de ideas virginales que vienen de las regiones más cercanas a Dios, trayendo al mundo divinos ejemplos de pureza y de hermosura. Cae la nieve, poniendo, en las casas, techumbres de armiño, como si tratara de purificarlas.

Cae la nieve, salpicando los árboles, ahora desnudos y esqueletados bajo la bárbara mano del tiempo crudísimo, con millares de copos, que recuerdan las albisimas floraciones primaverales; cae la nieve sobre las altas torres, festoneando las campanas de bronce con guirnaldas de cristal; cae, en fin, la nieve sobre el bajo suelo, sobre el pavimento de las calles.

Afortunadamente para nosotros, en Málaga, no secede nada de esto. Mientras en unas poblaciones, la columna termométrica desciende doce grados bajo cero, la nuestra no se acerca al cero. Acontece, a veces, que el invierno malagueño está preñado de traiciones. Las nubes suelen formar una coalición en contra del sol. Así es que resultan vanas sus promesas de luz, todas las

dedadas de buen tiempo que da la atmósfera.

Como mujer casquivana, esta cambia de propósitos, de rumbo, de color, de traje, de estado de calórico. Apenas se vistió de azul, cuando con un soplo de viento rasga sus cendales y cúbrese con manto de luto. Pasa de frío a calor y viceversa, y con la misma rapidez con que manda sus miradas a amantes diversos. En tales circunstancias no es posible averiguar en qué mes se está.

Los cambios atmosféricos borran de repente el cuadro que se tenía delante. Donde por la mañana había un haz de luz, a las pocas horas se encuentra un montón de sombras. El horizonte, en esta época de vacilación barométrica, es una especie de lienzo de figuras chinescas, en que la realidad mas bella se metamorfosea en un fantasma de forme. En resumen; si en Málaga sentimos el «frío», no es porque en realidad lo hace, sino porque vestimos en pleno invierno, las telas ligeras que en otras partes usan en primavera y otoño.

FRANLASSVE

30 de Diciembre de 1926

Una impresión diaria

EL AÑO NUEVO

Hoy termina el año viejo y mañana empieza el nuevo. No nace entre flores. Como hijo de madre pobre, no le da la Naturaleza cuna de azucenas, ni pañales de rosas. Carece cuando abre los ojos, de pájaros que le canten el himno del alba. Los campos, a su venida, están sepultados en la escarcha, siendo las sábanas de su lecho como un sudario de muerto.

Siente frío y nostalgia de cielos azules. Empieza, pues, con todos los síntomas de corta vida. Esqueletado, como los árboles; sin hermosura, como los prados; sin aire vivificado por la luz, como la atmósfera, es de repulsivo aspecto, exento de garantías de salud. Sin embargo, ¿quién no festeja su llegada?

Los desgraciados, esto es, todos los hombres, pues nadie posee una capa de felicidad sin remiendos de miseria, visten de gala sus esperanzas cuando se aproxima un año nuevo. El horizonte del porvenir es el amplio lienzo donde la ilusión pinta sus cuadros. Sin esta perspectiva de bonanza, matarian en un minuto los terrores de las tempestades del mundo.

Pero la magia de lo desconocido, del país inexplorado, del tiempo futuro, hiche de miel virgen la copa, cuyo fondo amargaban las heces de los infortunios pasados. Un año que nace, es como una pena que muere, como un día de sol que extiende su alegre manto de oro sobre las tristes sombras de la noche. Suele ser el año entrante peor que el que se vá.

Mas cuando anuncia su arribo a las playas de la vida con trompeteos y golosinas, parece como que en sus manos el bálsamo de la existencia dichosa, de las fortunas rápidas, de las prosperidades bien arraigadas, de los amores comprendidos. Tal vez por eso los primeros días de Enero son recibidos con festejos y saluciones, con músicas y regalos. Es un paso más que da

el hombre en el camino intermina-
ble de lo eterno.

FRANLASSVE

31 de Diciembre de 1926

